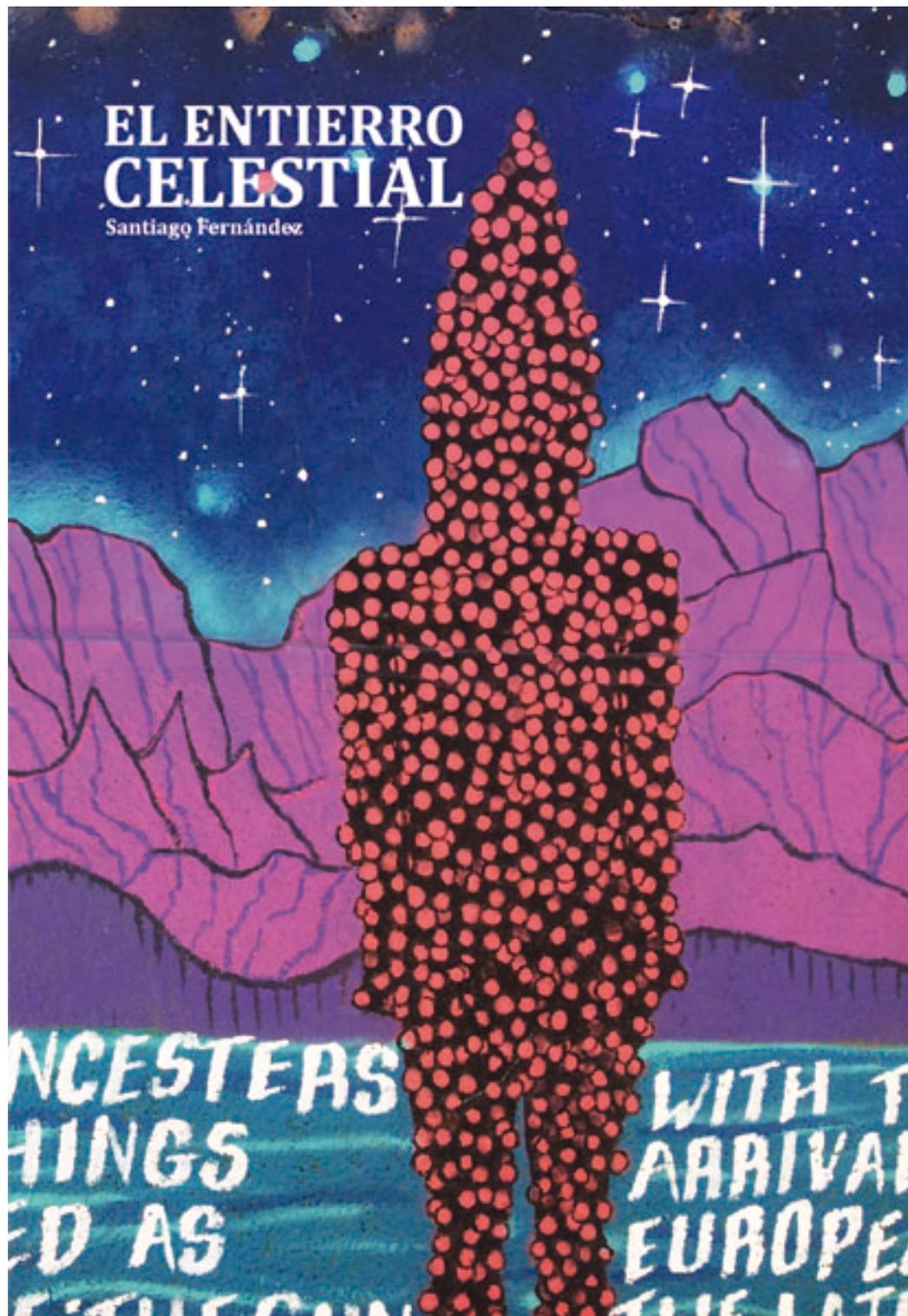


EL ENTIERRO CELESTIAL

Santiago Fernández

ANCESTERS
THINGS
ED AS
THE SUN

WITH THE
ARRIVAL
EUROPE
THE LATE





El entierro celestial









El entierro celestial

Copyright

Título del libro: El entierro celestial

Autor: Santiago Fernández

2019

2019 © Santiago Fernández

www.diltoro.com
Zürich - Schweiz

DERECHOS DE AUTOR.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.











“A la vista de estos templos, el espíritu se siente abrumado, la imaginación desbordada; miramos, admiramos y, cautivos del respeto, permanecemos en silencio; imposible encontrar las palabras para describir una obra arquitectónica que quizás no tenga, que quizás no tuvo, nada equivalente sobre la tierra”.

HENRI MOUHOT, descubridor de los templos de Angkor Wat 1861







Prólogo

“London y frío”. Esta introducción pudiese haber servido como prefacio de un libro de autoayuda, aunque dado el viaje, lo es de mi viaje. He deseado utilizarla como introducción de este particular periplo. La perspicaz idea surge de la intervención literaria de mi gran amigohermanotodo Iñaki. En el momento en que apresura su salida no tiene conocimiento alguno de este proyecto. La frase aparece en una de nuestras rutinarias conversaciones que, durante los últimos coletazos de este viaje, mantenemos. Durante esas fechas estoy dando forma al prólogo de este nuevo proyecto y decido no delegar en otra persona semejante ardua tarea, aunque resulte de lo más habitual.

Es así como surge la idea de adaptar “London y frío” como prelude de este prólogo, empezando la casa por el tejado, situando al lector en los albores finales de este viaje. En el momento en que tocaba a su fin. Cuando realmente sucedió. En ese mismo instante en que la figura del viajero se desvanece y, en ocasiones, de nuevo y por causas ajenas, vuelve a SER viajero.

Prefiero identificarme con la figura del observador que con la del viajero. Resulta más fiel a mi persona ya que desde ella, interpretando otro papel, puedo relatar esta aventura cuya duración ha sido de 62 jornadas y su desenlace han marcado un antes y un después en mi persona. 62 días tras los que su fin encalla con un tipo de viaje distinto, otra realidad. Es en esta realidad – de nuevo en Zürich – donde decido propiciar mi propio entierro celestial, abandonar ese cuerpo físico, aunque se trate de una manera alegórica de desgarrar un pasado, para ofrecerme abiertamente a nuevos acontecimientos, al siguiente episodio de los que conforman mi existencia.

Este inicio, este empezar a caminar con el que he querido abrir este prólogo, forma parte de unos acontecimientos acaecidos en la etapa final del viaje que, por si mismos, desvelan la trama final y el significado de este trabajo.







Agradecimientos

A mi querida Alva, a mi compañera de viaje y amada Anita, a mi Tata, a mis padres y hermanos. Al indestructible de mi tío Carlos. A mi sobrina Giovanna, que vino al mundo durante el viaje y a mi ahijada Alicia que también lo hizo por esas mismas fechas. A mis eternos amigos Dani, Juanin, Iñaki y Jorge que en muchas ocasiones, con sus frecuentes y estelares intervenciones en nuestro particular chat, han conseguido arrancarme alguna que otra sonrisa de complicidad.

A Carlitos, grande donde los haya y a su querida y amada Silvia, que tanto me ha ayudado con la maquetación de este libro. A Javi, Peppo, Ezequiel y Fabi por soportarme desde la distancia durante este tiempo y, por supuesto, desde lo más cercano, a muy corta distancia, cuando nos reunimos habitualmente en Zürich. A Matías – al que casi olvido – y que ejerce, de forma vitalicia, la Presidencia de nuestra congregación de amigos en la ciudad de Zürich. A Dani Gutiérrez por su empuje.

A Jair y Nico, amigos también de la ciudad de Zürich pero que, por diferentes circunstancias, nos volvimos a encontrar durante el viaje y nos acogieron calurosamente en Chile y Argentina, respectivamente. Infinitas gracias por su grandiosa generosidad y paciencia. Tampoco debo olvidarme de sus respectivas familias que tan gentilmente nos recibieron.

No debo olvidar a Raquel, ni a Tamara, ni a las pequeñas Alfonsina, Noemí y Flora. Tampoco a Olivia, Coti y Sonsoles.

Con mi más absoluto y sincero cariño: Monika, Alma y Michael. A mis padres adoptivos aquí, en Suiza: Irmí y Godi. Y a Rico, con el que de vez en cuando compartimos nuestras aventuras y desventuras en el Blockhus.





Podría extender la lista de agradecimientos al resto de personas que han hecho un poco más feliz mi viaje – nuestro viaje – y que no figuran entre estas líneas, pero que quedan iluminadas en algunos de los episodios de este relato.

Para finalizar, mi sincero agradecimiento a todos aquellos seres, en algunos casos semidioses, que no aparecen en la historia pero que, desde la distancia, ejercieron como nuestros angelitos de la guarda velando por nosotros en cada momento.

Gracias de corazón a todas las personas que han hecho posible esta aventura, mágica, pero al mismo tiempo, real.

Santi









Introducción

A veces queremos enterrar a un muerto sin estar muerto. En otras ocasiones, sin quererlo, enterramos a un vivo, queriéndolo. Éste podría resultar el caso, mi caso. Vivo pero muerto, agonizando. Herido de muerte y pidiendo, desde lo más profundo un gesto divino, o tal vez un milagro o un simple guiño majestuoso, que desde algún lugar pueda descifrar mis gritos y me permita seguir respirando y, al mismo tiempo, seguir soñando. Entonces, circunnaveguemos el globo.

“No hay momento de mayor dicha en cualquier peregrinaje que el comienzo del mismo”

CHARLES DADLEY WARNER







Circunnavegando la tierra

Vayamos primeramente a ver que nos dice el diccionario de la lengua española (RAE) sobre el significado de tal vocablo. Circunnavegar, del latín *circumnavigāre*. 1. tr. Navegar alrededor de algún lugar. 2. tr. Dicho de un buque: Dar la vuelta al mundo.

62 jornadas para circunnavegar el globo. La idea romántica de hacerlo y las escalas.

No pretendo distraer al lector con una historia enrevesada y típicamente romántica en la que explicar los motivos que me llevaron a circunnavegar el globo. Trataré de ir al grano. Las primeras propuestas nunca contemplaron esa posibilidad – la circunnavegación-, pero, dados los diferentes puntos de interés para visitar y otros parámetros relacionados con el tiempo, decidimos dar forma a la vuelta terráquea. Así fue cómo cristalizó la idea, aunque debo decir que siempre anidó en mi cabeza la idea de dar ese giro. Tal vez por encontrarle un punto simbólico a mi propio SER. Pero vamos a dejar este episodio aquí. De momento.

En septiembre de 2017 se pone en marcha el proyecto, aunque no es hasta el primer día de 2018 que asumo que todo esto va en serio. Cuatro meses para comunicar las intenciones a diferentes familiares, amigos, informar de ellas en nuestros respectivos y rutinarios trabajos, vacunarse contra todo lo imposible, burocratizar la partida con permisos de estancia, visas y papeleo gubernamental y administrativo.





Santiago Fernández

Alquilar temporalmente el apartamento resultará otra de las cruzadas. Por suerte, en el último momento, una chica polaca, Viva Polonia y Viva Juan Pablo II!, se instalará en nuestro hogar y, de esta forma, financiará parte del viaje.

Evacuados esos trámites, la organización y reserva de vuelos nos obligó a concretar algunas estancias durante la ruta, lugares de interés y todo ese compendio febril de asuntos que surgen y que uno debe cerrar antes de partir. Sarna con gusto no pica.





Las escalas y el destino

Zürich – Bangkok (vía aérea)
Bangkok - Hanoi (transporte público: autobuses y tren)
Hanoi – Bangkok (vía aérea)
Bangkok – Auckland (vía aérea)
Auckland – Santiago de Chile (vía aérea)
Santiago de Chile – Buenos Aires (transporte público: autobuses)
Buenos Aires – Londres (vía aérea)
Londres – Zürich (vía aérea).

Un total de 46.079 Kilómetros los recorridos
en todo tipo de tracción.

Una posible opción – a la que, personalmente, les convido – es la de comprar un décimo de lotería para el Sorteo extraordinario de Navidad que se celebra el 22 de diciembre de 2018. Nº 46.079

Tienten a la suerte

(En el momento que realizamos las pertinentes correcciones de este libro el primer premio del sorteo de Navidad, que deja 680 millones en 170 series, se distribuye por todas las provincias menos cuatro y Ceuta y Melilla. El numero premiado ha resultado ser el 03347).

Seguiremos tentando a la suerte.

<http://diltoro.com/46079-2/>







PARTE 1

Sudeste Asiático.
Un punto de partida. Rumbo hacia el Este.







01.01.2018, un día soleado en Zürich. La partida, y no precisamente de naipes.

Un día soleado en Zürich demuestra la excepcionalidad del momento..... Hostia! Esto se mueve, esto va en serio.

Despegamos y sigo con mi festejo a base de ibuprofeno. Cada ocho horas, disciplinado, ingiero pirulas para bajar la inflamación de uno de mis oídos. A doparse y a volar amigos!!

Hagamos los deberes mientras uno vuela. Tratemos de recabar información sobre Bangkok en una de las revistas que la aerolínea pone a disposición de sus pasajeros. Pongámonos en manos de los diseños de Dios.

Recopilo, pues, información turística y otros datos de interés en el último momento. Les daré algunos ejemplos muy elementales que repesco durante la travesía y que serán de utilidad para ubicarme en el contexto que se avecina: un cálculo de posible interés, 1:30. Un franco suizo aproximadamente 30 Baths. Algunos lugares que la revista sugiere que sean visitados: Western side of the river, Jam Factory, Llong 1919, Pak Klong Talat....

Como es de esperar, enseguida me disperso con tanta variedad de artículos y fotos contenidos en esta publicación de carácter modernete y grafismo domesticado. Entre algunas de las cosas que me llaman la atención, que para nada mantienen relación directa con mi viaje, son las ideas que el autor Richard Sennet introduce en su discurso, el cual defiende y describe al Artesano moderno como una persona que realiza su labor con entrega y pasión, aunque no necesariamente con sus manos.

Primer garrotazo del viaje: todavía sin pisar tierra y ya se me advierte, de una manera críptica, de todo lo que está por venir. Empiezo a tomar consciencia.





Bangkok. Escala, escalón para alcanzar el cielo.

Quería amanecer y no lo hacía. Querría haber plasmado los primeros escarceos en el papel de un cuaderno de viaje, haber comenzado ya contando y descontando mis primeras impresiones sobre la ciudad de Bangkok, sus gentes, sus calles, sus barrios y la visita al palacio de un rey malo, y todas esas cosas, pero tales palabras, que insisto en escribir y reescribir una y otra vez, por muy esmeradas y prolijas que resulten, las siento incapacitadas para empapelar una realidad y describir, en su totalidad, el momento, la experiencia del viaje. Las palabras desfigurarán una figura y, en escasas ocasiones, conseguirán traducir lo que significan olores e imágenes, estados emocionales por los que transita el autor y otros lenguajes individuales que perfilan la realidad y que busco dibujar con mis palabras.

De todos modos voy a persuadir esta idea y dejar que, a partir del presente instante, las palabras empiecen a caminar y a viajar por sí solas, a guiarlas con pericia tratando de enfocar, un poco más, la presunta realidad de este viaje y, así, aproximarme a las diferentes situaciones con el mayor de los esmeros. Voy a apuntar, de paso, que en mi viaje – el viaje, el no viaje – aparecerán una serie de pensamientos que, expedidos a fognazos y adornados con sueños y divagaciones de índole personal, dibujarán también esta icónica experiencia.

Es así como trato de dar comienzo a pintar este recorrido, empotrado en una de las sillas de un restaurantito de la ciudad de Bangkok, situado en su barrio chino, donde empiezo a esbozar las primeras palabras que, con extremada prudencia, más sin ningún tipo de pudor, el SER que llevo dentro me susurra. Creo empezar a conocerlo. Después de cuarenta y ocho años pegado tras de mí, podría describirlo como un SER cachondo pero noble, rebelde por naturaleza y, a veces, un tanto temeroso. Pero dejemos ya en paz a mi angelito y volvamos al barrio chino de Bangkok.

Nos habíamos quedado sentados en un restaurantito en el que, seguramente, hace mucho calor; tomando una bebida refrescan-





te dorada y espumosa. Debo andar todavía medio embobado por el jet lag, medio entusiasmado, embriagado del todo con los millones de colores, objetos y rostros achinados – por no decir asiáticos – que, desde hace un par de días, atiborran visualmente mi peregrinaje por estas tierras.

En medio de esa embriaguez creo haber tomado uno o dos barcos para llegar hasta este lugar, un clásico rotulado de calles que se definen por productos y oficios. Desde el empotrado de mi silla consigo entrever una de las calles que más me llama la atención: la calle de los sacos.

En este momento debo escuchar esa vocecita de la que les hablaba antes, que trata, insistentemente, de recordarme una escena que se produjo ayer en uno de los autobuses cuando una señora, ya mayor, tuvo que levantarse de su asiento para cederlo a dos monjes budistas. Me mordí la lengua. También – la vocecita de la que les hablo – quería recordarme otra de las escenas donde otros monjes extraían dinero de un cajero automático. He sentido como una especie de misticismo moribundo... Aunque también he tenido otra experiencia no menos mística que la de los monjes: la de haberme cortado el pelo y arreglado mi barba en una peluquería. Puro trance. Pero volvamos a la calle de los sacos y dejemos de transcribir lo que me dictan esa vocecita de la que les hablo.

Supongo que detrás de cada saco hay una historia. En este caso, millones de fábulas aglutinadas en un callejón sin salida. Sacos de todo formato habido y por haber, empaquetados dentro de otros sacos, de infinidad de formas, colores y materiales. Miles o millones de sacos apilados los unos con los otros y los otros con los de más allá. Devorados por su propia voracidad. Sacos y más sacos. Los hay hasta de humo. Se presenta ante mí el primer retrato hiperrealista de esta sociedad profundamente budista y que muestra sin descaro el lado más terrenal: negocio, dinero y oferta de sexo de una manera indiscriminada. Proseguí mi paseo con destino incierto. Una vez más la calle y sus insospechados festivos de color, cacharrería digital,





retromecánica en general, comidas, gentes -de nuevo- con rasgos achinados y algunos turistas, descolocados en la propia efervescencia y voracidad consumista del barrio. Todo lo imaginable que uno desee comprar puede hacerlo en este santuario del consumo. Traten de imaginarlo sin poder imaginarlo. Esto es el barrio chino de Bangkok.

Regreso al hotel en un bus público, el 58 creo recordar. Pero no me hagan mucho caso, aunque si alguno de Ustedes no ha visitado esta ciudad les recomiendo encarecidamente que se suban a uno de estos vehículos y se pierdan, y que además lo hagan de una manera desordenada por la ciudad. Siempre podrán volver al punto de partida por un puñado de Baths. Salten de bus a bus, como el juego de la oca pero más movidito.

Y ahora me gustaría continuar con la historia o resumen de estos tres días en la ciudad, o tal vez con alguna frase rimbombante que diera comienzo así: la historia que a continuación les relato, posiblemente sea una de las historias mas bellas jamás contadas. Por ejemplo... Pero no va a ser así. Estoy convocado a una reunión a las 18:00 en el hotel donde estamos hospedados. Hoy nos reunimos el grupo que conforma nuestro viaje a través de Camboya y que finalizará en el Sur de Vietnam. Diez días de desenfreno cultural y paciencia para soportar algunos de sus componentes, o participantes. Prefiero utilizar este último término, como si de un Reality Show se tratara. Debo frenar estas líneas y acomodarme en la piscinita del hotel que tiene montada en su azotea. Como casi siempre, llegaré tarde al evento que organiza Intrepid Travel. Luego hay montada una cenita-ritual pachanguera para que los participantes nos vayamos conociendo y confraternizando. Un show para mi desmedido, aunque Anita - mi compañera de viaje y pareja - volverá de nuevo a mostrarme una de sus virtudes, la virtud del saber estar sin estarlo...

Camboya. Cruzando su frontera a pie y no a nado.

Hoy es hoy y no es ayer. Amanece, que no es poco. Un rayo de sol estalla. Se trata del pistoletazo de salida.





Arrancamos en un microbús desde el centro de la ciudad con destino a Camboya. Allí debemos alcanzar la ciudad de Siem Reap. Por delante un trecho de cuatrocientos kilómetros y el plus de tener que cruzar la frontera a pie, con todo lo que esta movidita folklórica significa.

Pero rebobinemos. Nos encontramos en el barrio de Banglumphu, desde donde hemos organizado todos los pertrechos para nuestra partida, amén de haber descansado y visitado la ciudad durante tres días. También nos hemos preparado mentalmente para lidiar con los otros participantes del tripshow. Atrás dejamos el Gran Palacio de Bangkok, la mochilera y turística calle Khaosan en su fase nocturna, el templo de Wat Arun, y otros lugares que, ahora mismo, no recuerdo. Y, por supuesto, mi bien amado barrio de Banglumphu, desde donde partimos.

Vuelven a repetirse los saludos de rigor y el intercambio de nombres y nacionalidades. Trámites que creía cumplidos anoche. Que manía con querer saber de dónde viene uno! Tomamos asiento y ya empiezan a formarse los primeros corrillos. El reality está servido: ocho personas con las que viajaremos durante los próximos diez días y con las que deberemos compartir, prácticamente, casi de todo. Nos ponemos en marcha? Allí vamos!!

Casi dos horas irritantes ponen tiempo y estridencia a este destino. Alcanzar Siem Reap. Cada vez el templo de Angkor Wat está más cercano. De hecho, este ha sido uno de los motivos que me han llevado a circunnavegar la esfera. Trascurren los metros y los kilómetros y, con ellos, vuelven al acecho los primeros sablazos de dolor. Desde hace tres semanas arrastro una inflamación en mis oídos. La arrastro ya desde Zúrich y mi doctora me anunció un largo periodo de recuperación.

Pues bien, si a mis ya triturados oídos les sumamos el cacareo incesante, histérico y estridente, de una de las chicas que viajan con nosotros, australiana – por el tema de las nacionalidades que les





comentaba antes -, y con cara de rata medio enferma, da como resultado algo que se asemeja más a una sesión de bondage que a un viaje. El suplicio que supuso tenerla que aguantar durante, por lo menos cien kilómetros, hasta que advertimos la frontera, puso a prueba mi entereza y paciencia.

Por fin podemos dejar los vehículos, dispersar la vibras y estirar las piernas. Debemos bajar, tomar en mano nuestra documentación y efectos más valiosos y evacuar los trámites de entrada al país. Fantástico cruce a pie, los sellitos de rigor, el color de las visas y otra dimensión: algo semejante a un búfalo con el ojete forrado de luces estroboscópicas.

Perdonen Ustedes por este desliz, provocado a conciencia. Les explico: Acabamos de cruzar la frontera a pie, supongo que una de las más pobres del sudeste asiático y, quizás, del globo. Y cuando digo pobre me refiero a la experiencia emocional que siento, además de la obvia pobreza material que el lugar refleja en sus infraestructuras y medios.

Pero volvamos al búfalo y a sus lucecillas en su culete. He querido buscar este símil cargado de delirio y, a propósito, tender un puente entre lo real, lo irreal y lo irracional. Sigo. Minutos antes de redactar estas líneas, nuestro guía ha querido situarnos dentro del marco histórico camboyano y he podido escuchar, a viva voz, el relato, la escalofriante historia de este pueblo en su fase más atroz, la época en la que los jemereros rojos sembraron el terror en cada uno de los rincones del país y, también, la violencia extrema y gratuita con la que doblegaron a su propio pueblo. El camboyano ha sido un pueblo condenado por la propia irracionalidad humana al suplicio, a la muerte y al terror en su historia más reciente. Todavía perduran en su memoria colectiva hechos absolutamente crueles y cargados de un delirio psicótico, pero reales. Lo mismo que nuestro búfalo, al que he presentado anteriormente, aunque éste, contrariamente, está sumido en su pacífica y fiel locura.





Más adelante retomaremos las andanzas criminales de los jemes rojos y su protervo líder, Saloth Sar, más conocido como Pol Pot. Genocida y dictador. Personaje paupérrimo y ruin donde los haya. CRUEL.

Pero antes recorreremos durante tres días los templos de Angkor Wat y será en otro lugar cuando, de nuevo, volvamos a encontrarnos con Pot y alguno de sus míseros y tenebrosos recuerdos.

Continuamos nuestro viaje, ahora en un bus gigante, lo cual es como cambiar de pareja y pillarte una más buenorra. Un bus solo para nosotros hasta que, unas horas más tarde, lleguemos a nuestro punto de destino en Siem Reap. Antes, la correspondiente parada para comer. Mi estómago dice que no a casi todo. Tomo una cerveza con alguna que otra estupidez culinaria.

De nuevo, la maldita cotorra australiana vuelve a la carga. El resto de integrantes del grupo han sido casi reducidos por sus secreciones sónicas. Me gustaría estar en cualquier lugar de la Anatolia más profunda. Pero no, el escenario para el ritual es otro: Camboya. De acuerdo, démosle un tono más amable y menos traumático a estas líneas. A fin de cuentas, que hay de malo en no tener esta fiesta en Anatolia?

Ta Prohm (El templo devorado por la jungla) y otras delicias culturales.

Estoy medio atolondrado. Necesito uno, dos o tres cafés, que no son cafés pero que da igual. La supuesta máquina infernal de refrigeración de la habitación ha puesto a prueba mi paciencia. También algunos que otros olores lo han hecho. Vaya nohecita!

De nuevo en ruta y con ella el primer pepinazo emocional-histórico-cultural: Ta Prohm, un templo jemer construido a finales del siglo XII y ubicado en el complejo de Angkor que será el primero





de los templos que podamos visitar de todo el conjunto. Engullido por la selva tras su abandono durante casi cuatro siglos y vuelto a recuperar a golpes de machete y paciencia, todavía trata de preservar esa atmósfera de ruina abandonada. Cosas que pasan. Una dejadez. Un lugar que en su primera fase fue un monasterio y una universidad para monjes budistas y que, más tarde, adoptó la religión hinduista para, posteriormente, proceder a su destrucción y abandono.

Y es así como puedo describir este complejo que, de sopetón y sin tener ninguna referencia de estas características, se ha presentado ante mi durante esta jornada. Hemos estado de suerte y, aunque suene raro, puedo perjurarles que es del todo cierto. La afluencia de turistas no es considerable por lo que dispongo de tiempo para perderme entre los recovecos y estancias que atesora el lugar. Así, durante esos momentos introspectivos, voy a soñar, a vibrar, algo que pocas veces ocurre: el poder vibrar de emoción.

Otro lugar: Angkor Thom. De templo a templo y tiro porque me toca. Como el juego de la oca, pero a lo bestia. Paramos frente al templo, establecemos hora de reunión y desaparezco, sin atender a razones, corriendo hacia una de las entradas. Llevo conmigo un mapa de la zona y bien seguro que más tarde encontraré a alguno de los miembros del grupo que me informará sobre la hora y el lugar de encuentro para proseguir la marcha.

Accedo al templo por su entrada principal, atravesando un gran terraplén que nos separa de allí. No es época de lluvias y nada hay que impida acercarme al templo mirándole a la cara y sintiendo cada metro su magnífica grandiosidad arquitectónica. Y sus torres!. Siempre las cuatro cabezas formando las torres sobre las que descansa una flor de loto, como una suerte de tapiz celestial. Y las cuatro gopuras de Angkor que acceden a la ciudad, cada una de ellas desde uno de los cuatro puntos cardinales. El foso que rodea la muralla principal tiene 100 metros de ancho, cerca de tres kilómetros de largo y alberga un área de 145.8 hectáreas, la cual se erige como cierre de todo este complejo. Fascinante.





Es hora de partir pero todavía dispongo de algunos minutos para llegar hasta donde nos hemos citado con el resto del grupo. La puntualidad impera y las prisas aconsejan abandonar el lugar, pero prefiero hacerlo poco a poco, dándole la espalda al lugar con respeto, mientras imagino aquellos miles de obreros edificando esta maravilla y a los monjes festejando alguna de las fechas señaladas.

Me deslizo hasta el punto de encuentro y soy el primero en llegar. Creo suponer que el resto de los integrantes siguen extasiados en algún lugar del templo. Ahora es la mía. Mientras no regresen asomaré la nariz en lo que parece un poblado escondido en la espesura del bosque que rodea Angkor Thom. La otra cara del esplendor: pobreza, basura, chozas interpuestas sin sentido, monjes budistas apoltronados en sus hamacas Y una infinidad de perros que ensombrecen mi curiosidad. Debo volver y tomar distancia con los animales. No estoy vacunado contra la rabia y un encontronazo con cualquier animal resultaría mortal. Me retiro unos metros y, desde la distancia, digiero cada uno de los fotogramas del escenario B.

Partimos no antes de la obligada pausa para comer y preparar la siguiente visita: el templo de Banteay Srey. La pausa se traduce en un restaurantito de carretera previamente pactado. Hay dos cartas, la local y la turista. Sin duda. Para comer tenemos cerveza y un arroz desaborido que guarnecen unas costillitas de cerdo desaboridas. Fin del desastre gastronómico. La cerveza me salvó!

Continuamos la ruta para cubrir los pocos kilómetros que nos separan de nuestro próximo destino: Banteay Srey, templo hindú dedicado a Shiva considerado como la obra maestra del arte clásico jemer y, por consiguiente, de obligada visita. De nuevo el babeo correspondiente, incesante. De nuevo me pierdo en el templo.

Fin de la jornada, aunque hoy han organizado un espectáculo de danzas tradicionales de Camboya con buffet libre, copeteo y lo que se tercie. Nos animamos, corre el vino. El grupo parte y deliberamos, los cuatro que quedamos, si seguimos tomando vino: la respuesta es





unánime. Cerraremos el local y tomaremos un Tuk Tuk que nos conduzca de vuelta al hotel. No hay nada como cerrar una jornada cultural con vino y en Tuk Tuk.

Angkor Wat, la joya de la corona. 04:12

“A la vista de estos templos, el espíritu se siente abrumado, la imaginación desbordada; miramos, admiramos y, cautivos del respeto, permanecemos en silencio; imposible encontrar las palabras para describir una obra arquitectónica que quizás no tenga, que quizás no tuvo, nada equivalente sobre la tierra”.

Les suena? Henri Mouhot- descubridor de los templos de Angkor Wat en 1861, aunque, según la revista National Geographic, las primeras noticias que se tuvieron de los templos datan del 1601, año en que un misionero franciscano español daba cuenta en sus diarios de: “una gran ciudad en el reino de Camboya, de muros curiosamente labrados y grandes edificios en ruinas”- describió la contemplación del templo con estas palabras.

Vayamos al templo. Su entrada está custodiada por las Singhas o leones que nos previenen de los espíritus malignos, pero también de otros seres: las Nagas, serpientes multicefálicas que nos acechan durante nuestro paseo por los caminos del templo. Éste, compuesto por 108 torres, presenta la forma de capullo de flor de loto. 108 es el número sagrado en la filosofía yóguica. 108 veces el diámetro de la Luna es la distancia que le separa de la Tierra. La distancia entre la Tierra y el Sol es 108 veces el diámetro del Sol. 108 son las diosas existentes en la mitología hindú, así como 108 son los canales de energía del cuerpo humano. Y así suma y sigue. Cuando se accede por una escalinata, en algunos de los templos de Angkor Wat, es ascendiendo 108 peldaños, o dos tramos de cincuenta y cuatro, o tres tramos de treinta y seis. Un vertiginoso juego de números no escogidos al azar. Y tomando como hilo conductor de esta historia los números, pondré como punto de inicio la hora que marca mi despertador: 04:12. Y les indicaré el motivo:





Siguiendo con los números, acostumbro siempre a programar números en el minutero que no acaben ni en cero ni en cinco. Creo que se trata de una manía. Acostumbro también, a saltar de la cama tal y como suenan los primeros chasquidos del reloj. Aunque en la actualidad dispongo de un teléfono que emite los tonos ya conocidos por todos nosotros pero con una tonadilla muy delicada y parsimoniosa.

Hoy he vuelto a saltar de la cama con ese desairado estilo que me caracteriza, pero con mayor entusiasmo. La noche anterior fue un tanto dura en cuanto a celebraciones, que no venían al caso, pero que embriagaban el espíritu. La resaca y el madrugón se han disipado de inmediato tras saltar de la cama. La emoción de ver amanecer en Angkor Wat me pone en primera posición, en uno de los asientos delanteros que ocupó en un microbus. Allí nos espera, puntual, a las 04:30 de la mañana o de la noche, para trasladarnos hasta la entrada al templo. Llegamos y empieza el festival. Todavía es de noche. Lógico, se trata de ver el amanecer, no? Mi gozo en un pozo. Desembarcamos en el lugar previsto y una maraña de teléfonos móviles ejerciendo de internas nos indican el camino. No hay pérdida. Cientos de ellos discurren por un corredor que atraviesa un puente de plástico. Sí, de plástico, no de madera o piedra sagrada. Desde allí, a unos cientos de metros se encuentra el punto que nos han indicado para disfrutar del espectáculo. Cientos o miles de almas toman posiciones para consumir el momento. Hay afluencia de público. Mi idealización sobre el lugar se desvanece y adquiere otro sentido... Amanece en Angkor Wat y las primeras luces dejan intuir las siluetas escamoteadas de la construcción. El lugar empieza a dejar ver sus verdaderas formas y a insinuar su aspecto colosal y delicado. Se abren las primeras luces, más y más y el lugar queda despojado de cualquier intimidad. Ahora es el momento de fotografiarlo con las primeras luces, de dar barra libre a las selfies y de asaltarlo. El público se disgrega y toma el lugar. Este es el segundo acto de la función. Trato de aplacar mis ganas por adentrarme en el lugar. Debo sentarme, tomar aire y seguir contemplando el lugar. Merece la pena esperar y dejar que el resto de asistentes se difuminen. Yo también formo parte ineludible de esta obra.





Estoy desanimado por algunas de las imágenes que he presenciado hoy. Sacralidad y turismo no van de la mano... El resto es fácil de adivinar: perderse en el lugar, viajar en el tiempo, dejarse maravillarse y empequeñecerse por el portento arquitectónico y sacro del lugar. En el lugar afloran recuerdos pretéritos de mi estancia en otros lugares de una potencia similar: Santiago de Compostela, Castro Caldelas, las pirámides de Giza... Y vuelta a empezar: regreso al punto de encuentro, recogida del personal y el hotel como destino. Ahora debo buscar la soledad en mi habitación. Son casi las 11:00 de la mañana y necesito descansar. Aprovecharé para contestar algunos mensajes que han caído en mi teléfono, tumbarme a la bartola y buscar algunas alternativas que nos distraigan durante el resto del día. Aunque como vamos a ver ahora, nuestro guía ya nos había programado alguna cosa.

Atardece. Un Jeep verde militar, grande y descapotable toma posición en la entrada de nuestro hotel. Parece que será una tarde de paseo y cervecitas. Podré sentirme como una especie de narco campando por la selva. Subimos ocho de las once personas que formamos el grupo. Tres han optado por perderse en la ciudad o encerrarse en la habitación del hotel y toquetearse. Hasta que lleguemos a Vietnam nos tenemos que aguantar sí o sí. Hoy viajan una parejita de británicos que ni chicha ni limoná, un estadounidense medio albanés muy espabilado que hubiese deseado ser mi hijo en otra vida... , un canadiense aburridote que, al parecer, había tenido problemas con el alcohol, una australiana medio chilena ultrasosorra, el otro australiano, Paul- con el que tantas y tantas cervezas ya hemos compartido- y por último, otra británica con aires a lo Kate Middleton en su vertiente más fiestera y sosorra. Un quiero y no puedo infumable. Los otros dos miembros somos la suiza Anita y yo. Por cierto, la australiana cotorrarata hoy no viene. Intuyo que el grupo ha quedado extasiado por el incesante cacareo sónico y la han dejado fuera de juego. Creo que es algo parecido al moving... Cosas que pasan.

Pero volvamos al Jeep y a la fiesta. Cargamos el coche de cervezas y el guía que nos acompaña conecta su teléfono a un bafle -mi amigo argentino diría a un parlante- vía Bluetooth. No vi ningún ca-





ble, sólo cervezas. Lo que sucede a continuación es de imaginar: mu-siqueta, jajaja y cerveza camboyana, lager por cierto. A los pocos ki-lómetros paramos y el guía se abastece de alimentos, sobretodo pan. Pan, un elemento que me desconcierta en este tipo de tablero. . El guía, nuestro guía Chang nos anuncia, así de sopetón, que la excur-sión de hoy trata de aproximarnos a las zonas rurales de Camboya y a la pobreza material que frecuentemente se apodera de estas zonas. A nuestra llegada a la primera aldea, que no tiene que ver nada con una aldea, sino con tres, o quizás cuatro casas muy mal puestas, mi colocón se desvanece. Aparecen algunos niños y se acercan. Sonríen. El asunto está medio preparado. Nuestro guía quería mostrarnos la realidad y aprovechar esa situación para poder dejarles algo de comi-da y que, de paso, los turistas o aprendices de narco pudiesen tomar algunas instantáneas- especialmente genuinas- y después largarse apresuradamente al hotel. No dudo en saltar del Jeep y sacar algu-nas fotografías. A cambio debo repartir pan. El ambiente está enra-recido. No acabo de encajarlo. Decido poner fin a la fiesta y mostrar el funcionamiento de mi cámara a uno de los chavales. Se trata de que él tome las fotos, no yo. Se amontonan sobre el aparato. Pierdo altura, algo fundamental si quieres acercarte a un niño. Se agrupan a mi alrededor y me convierto en uno de ellos. No soy yo. Hay pobreza, sonrisas, muchas sonrisas, ingenuidad, ternura. Estoy al borde del colapso. Estoy senta-do en el suelo, casi estirado y rodeado de almas desnutridas buscando mi mirada, mis sonrisas y el juego desencajado de muecas atolondradas que consigo emitir. Ríen. Ríen sin temor a ser vistos ni a ser juzgados y yo también. Todavía me queda una bala en la recamara para disparar, otro cartucho que consiga sorprender a todas esas criaturas. Alcanzo mi mochila y, perplejo, observo al resto del grupo contemplando incrédulos la situación y les animo a que se sumen y que recorten todo EL papel blanco de mi libreta de viajes. Arrancan uno, dos y tres, y cuatro y no sé... Estoy demasiado entretenido buscando entre mis bolígrafos, que no son pocos, para empezar a dibujar. Dibujo sin precisión. Lanzo trazos sin importar que son. Dibujan, coloreo, colorean, réimos, otros sacan fotos y toquetean la cámara fotográfica. Un alud de afecto hace que salir de esto resulte muy difícil... Debemos partir, otro lugar nos espera. Allí ha queda-do parte de mí y también todos, o casi todos. mis bolígrafos, mi querida





libreta semidestruida y otros muchos y especiales recuerdos. Subimos al Jeep y nos alejamos del lugar, me postro en el punto más alto del vehículo y saludo sin cesar agitando mis manos, con sinceridad. Nos alejamos y todo ese recuerdo se transforma en diminutos puntos que al final se desvanecen y, de nuevo, otra aldea, aunque esta vez mucho mayor, quizás siete u ocho casitas de paja y adobe. Se vuelve a repetir la historia, aunque ahora sin libreta ni bolígrafos ni nada con lo que interactuar. Siempre queda la cámara mágica. Repito el ritual de brindarla, acercarme de esa manera y poner mi culo en el suelo. Nuestros ojos se miden de igual a igual y mi lenguaje corporal es distendido y real, sincero. Esta vez acuden ancianos y otra gente del pueblo, incluidos dos monjes. Éstos nos desafían con sus miradas. Allí no pintamos nada, aunque esperan a no sé qué... Uno de los niños canta para nosotros. Se me ponen los pelos de punta. En medio del jolgorio flirteo con dos ancianas que me embriagan con sus sabias sonrisas. Se prestan a posar para la foto mientras uno de los niños trastea con mi cámara. Dudo que estas señoras tengan quince años mas que yo, pero sus rostros curtidos hablan por si solos. Ha llegado el momento, y no de partir. Consigo entender el distanciamiento de los monjes y su tensa espera. El guía nos indica que debemos hacer un ritual, uno para atraer a la buena suerte o algo parecido. Se nos indica donde y como debemos situarnos y a partir de ahí empieza la comedia. Se nos lanza agua. Se producen unos cánticos inteligibles para mí. Y se cierra la ceremonia, con la correspondiente y casi obligada donación de dólares. Nos vamos, nos volvemos a ir de algún lugar y la historia se repite; los rostros alejan y se hacen diminutos hasta que se desvanecen. Todavía queda cerveza, pero se vuelve acabar y volvemos a repostar en un lugar donde existe la nada. Enlazo mi teléfono con el altavoz portátil y asumo el papel de Dj: The Smiths, Talking Heads, Death in Vegas ... Será el prelude del tercer acto, que desembocará en otro que se alargará hasta altas horas de la noche...

Tonlé Sap y la ciudad flotante de Kampong Thom.

Hace algunos meses pude ver un documental donde mostraban un lugar en el que su población vive seis meses al año (período del mon-





zón) con el agua hasta las orejas. Mientras que durante los otros seis el panorama es otro completamente diferente. El agua brilla por su ausencia. He de decir que este documental y el lugar pasaron al olvido. Ahora les explico el porqué. Pero antes les hablaré de nuestro actual "modus vivendi", para posteriormente enlazarlo con "ese olvido" o desliz (en términos informáticos podemos denominarlo como un Gap. Un pequeño fallo de sistema). Creo que toda esta serie de términos pueden servirnos de ayuda para ilustrar parte de esta historia. Pero entremos en detalle. No es ningún secreto el constante bombardeo al que estamos sometidos por ínfulas consumistas e informativas, tampoco al juicio de los Likes en las dichas redes sociales, o la cantidad de información que debemos tamizar para estar informado o desinformado, - de locos, no? -. Si a toda esta cruzada que uno tiene que librar le añadimos el plus de tener que lidiar con otra serie de cuestiones terrenales como trabajo -si lo hay o no-, hijos -si los hay o no-, problemillas de salud, pareja, erecciones que ya no son -si las hay-, frustraciones, alegrías, hipoteca, el tener que cagar, el tener que consumir, derecha y/o izquierda, asambleas de vecinos, amistades indeseables y toda esa larga y angustiosa lista que cada uno de nosotros mismos confeccionamos el resultado es que nos despistamos, nos perdemos en la inmensidad de la nada y patinamos. Algo similar de lo que antes les hablaba, del Gap. De ese fallo de sistema del que fui objeto, de ese desliz personal que sufrí. Pasaron las semanas y los meses e ignoré por completo aquel documental y toda aquella serie de imágenes alucinantes que trufaban la película y la vida en la ciudad de Kampong Thom. También desapareció de mi memoria aquella frase que tanto había repetido como un mantra: Yo quiero ir a Kampong Thom, yo quiero ir a Kampong Thom... No me abandonen que ahora mismo llegamos al desenlace final de esta trama. Continuemos con el desliz, con el documental y viajemos. Ahora en un microbús y no desde el sofá. Lo hacemos por el centro de Camboya y con destino al sur, tratando de alcanzar la capital en un par de jornadas. Se nos informa que habrá una parada, apenas presto atención. Una más, buscaré un puesto donde avituallarme de cerveza fresca y sacar la nariz en lo que parece un poblado destartalado y mísero. Procedemos al descenso y me tomo unos instantes para supervisar en mi mapa





de papel, -de los grandes, de los que se pliegan y despliegan-. Jamás pude intuir o hacerme a la idea, o por lo menos planificar e idear una visita al lugar. De sopetón, de cop i volta me encuentro en la ciudad en la que se viven seis meses con traje de buzo y el resto del año bla, bla, bla... Estoy rodeado de imágenes reales, se trata de Kampong Thom. Un desliz, un tropezón de los muchos que se producen a lo largo de nuestra actual existencia dadas las causas antes expuestas.

Embarcamos en una especie de barco rechoncho movido por el motor de cualquier camión salido de algún desguace de este planeta. Recicla y vencerás! El propio casco del barco y la tracción se funden en un alarde épico de improvisación e ingenio. Durante poco más de dos horas recorreremos una de las partes del lago Sap (una extensión de 2590 km², que puede llegar hasta los 24 605 km² durante la estación de las lluvias y que representa la mayor extensión de agua dulce del sudeste asiático). Cuando la estación de lluvias cesa da comienzo la estación seca y los lugareños celebran el Festival del Agua (Bon Om Touk) que tiene lugar en la luna llena del doceavo mes del calendario lunar budista, en el mes de noviembre. Una tradición que se remonta hasta el siglo XII). Todo un fenómeno -el del monzón- que aporta grandes beneficios porque fertiliza las tierras e incrementa la actividad pesquera. No tuve la ocasión de presenciar la fiesta, aunque ganas no faltaron. En cuanto al lugar podría extenderme con algunas líneas pero diríjense Ustedes a cualquier lugar en la red y con solo teclear el lago Sap obtendrán fotografías e historias del lugar.

Antes de clausurar este día y quedarnos en la idea del barco hecho a base de retales y remachado con la imaginación, me gustaría introducir algunas impresiones de mi propia cosecha que me llamaron poderosamente la atención. Apuntaré tan solo tres o cuatro, sin tratar de aburrirle querido lector. Una de ellas es la cantidad de islas que aprovechan los campesinos del lugar para sacar el máximo rendimiento a esas tierras inundadas durante casi seis meses, las construcciones en equilibrio que consiguen afianzarse en palos de casi cuatro metros de altura, y, por último, la de toda esa serie de imágenes -todavía grabadas en mi retina- donde casas, escuelas y





jardines- todos ellos flotantes- condecoran el paisaje con ese punto flotógeno. Aquí todo flota a flote.

Cae la tarde y de nuevo volvemos a subir al bus. Este no flota. Hoy pasaremos la noche en una casa perdida en el culo del mundo. Muy cerquita de Sambor Prei Kuk, uno de los templos más desconocidos y menos frecuentados de Camboya. Toda una joyita que tendremos la oportunidad de visitar mañana, pero antes debemos acomodarnos en la casa de esta familia. Nuestra llegada no es improvisada. Saben de antemano que pasaremos allí la noche y toda la familia nos espera con los brazos bien abiertos. Descendemos del bus como si de un equipo profesional se tratase. El ritual de bienvenida. Las primeras palabras del jefe del clan no se hacen esperar. Una especie de monarca tribal y ataviado con ropa informal pone de manifiesto las intenciones del proyecto de la comunidad. Se trata de conservar las tradiciones y la economía de carácter agrario pero introduciendo el turismo y mejorando el servicio a los huéspedes. Nos explica las diferentes inversiones, lo importante del inglés para establecer comunicación con los tourists y algunas otras cosas que no consigo entender. Mi cabeza vuela y mi presencia en el lugar es física y muy borrosa. No atiendo ni me interesan los proyectos de la comunidad ni los planes de inversión. Sigo repasando mi visita a los templos. Interrumpo el discurso preguntando por la posibilidad de saciar mi sed. La respuesta es inmediata e ilustrada por una gran sonrisa. Tomo la iniciativa y abro el arcón metálico-mágico repleto de mazacotes gigantes de hielo y perfectamente seccionados en forma de cubos. Un lío formidable: hielo y latas de cerveza camboyana fundidos en un íntimo espectáculo. Se suman el canadiense, el australiano y casi toda la banda. Intuyo que ellos también quieren poner fin a la exposición, de una manera fina. Acto seguido, las indicaciones básicas pertinentes de cómo moverse por la casa: dónde debemos dejar nuestras mochilas, cómo debemos utilizar las mosquiteras, el lugar donde cenaremos y el plan concertado para la jornada siguiente. Mi estancia en la mesa mientras cenamos se limita a picotear algo de arroz y casi nada más. Hoy no estoy de humor y el lugar tampoco acompaña. Para que se hagan una idea, el lugar es presidido por una bombilla gigante de luz blanca





donde se apiñan millones de mosquitos, la comida no es que hoy sea especialmente de mi agrado y mi empatía con el resto del grupo es de grado 3,0 en la escala de Richter. O sea, nada de temblores emocionales y poca complicidad. Como para perder mi tiempo. Todo muy suave.

Parto hacia mis aposentos ascendiendo por una escalera empinadísima y me dejo caer sobre una especie de colchón, despliego la red antimosquitos, que obedece a la hipotética figura de una burbuja, bajo la cual, me aíso en mi propio universo hasta que, de nuevo, los primeros rayos de luz me indiquen que empieza una nueva jornada.

Sambor Prei Kuk.

Creo haber despertado. Dedo ser el primero, o el segundo. Unos ladridos de perro han puesto fin a mi descanso y decido abofetear mi pereza y saltar del colchón. No descarto la posibilidad de enrollarme de nuevo en mi saco y volver a dormir, pero escucho un ligero griterío de niños y decido ir a ver que pasa y curiosear. Me pongo en pie y me desperezo, trato de apuntar unos pasos para esquivar algunas de las personas que allí todavía duermen, o que lo aparentan. La imagen resulta no menos que especial y espacial. Uno no se levanta todos los días rodeado de gente envuelta bajo una curiosísima coreografía que forman el total de antimosquiteras que nos protegen. Me llamó la atención el colorido de sus tejidos y la forma en que se disponían colgadas del techo. A toda esta fotografía debemos de añadirle los haces de luz que penetran por la inmensidad de agujeros y juntas que exhiben las paredes de madera de la casa. Parece un lugar acribillado a balazos, aunque deseo y creo que se deben en parte al deterioro de los materiales y a la rudimentaria construcción. Consigo alcanzar la salida sorteando algunas de las personas y tomo posición en una especie de balcón que precede a la estancia donde hemos dormido. Desde allí abrazo el día y tengo otra percepción del lugar. Con las luces del alba adquiere otra dimensión. Otro rostro muy diferente al que pudimos ver a nuestra llegada ya ocultado por el anochecer. Desde lo alto observo algunos niños vestidos con uniforme escolar que,





en medio de la nada, conforman el baile visual matutino. Parten hacia algún lugar... Yo también. Busco el baño y bendecirlo de una manera sosegada, sin prisas y libre de devotos angustiados que contagien sus prisas por ver materializadas sus necesidades. Debemos compartir el altar y tan solo hay uno. Ha pasado casi una hora desde que los niños partieron a la escuela. He tomado un té con algo más. Nada significativo. El resto del grupo empieza a despertar y sienten la necesidad de acercarse al altar. Observo todo el reality desde la posición que me brinda un lugar en el porche de la casa. El mismo que la noche anterior agrupaba a cientos de miles de millones de insectos ahora es testigo de mi guarra mirada hacia algunas de las personas que me rodean. Me resultan vulnerables. Los observo adormilados y sin la presencia del alcohol en sus venas. Están amedrentados, con la mirada marchitada y tratando de enfundarse, de interpretar de nuevo a sus infames personajes. Pero lo que todavía desconocen es que no son ajenos a la atenta mirada de un francotirador. Esta mañana escupo balas y me convierto en un cazador de almas. Silencioso, paciente y camuflado dentro del arcón donde hielo y bebida se funden, donde odio y elegancia se mimetizan. Apostado para propinar ese certero golpe. Mientras tanto hago repaso de algunas de las situaciones que me infunden esa atolondrada sensación en la que el odio aflora. Busco y no encuentro, y me carcomo... Mi despertar de hoy no obedece a razones. Decido abandonar mi puesto y, mientras el resto del grupo deambula por la casa, desayunan y visitan el altar, salgo a dar una vuelta por los alrededores de la casa. Trato de trabar sonrisas o encontronazos con los campesinos del lugar. Abro las puertas que me permiten volar por el espacio exterior donde cuatro carromatos con bueyes esperan pacientemente a nuestra salida. Una de las personas que espera me comunica, en un perfecto camboyano, que nuestro traslado hasta Sambor Prei Kuk se hará en este tipo de vehículos de tracción animal. No pasarán menos de dos minutos para que se arremolinen sobre mi los conductores de bueyes, algunos chicos curiosos que entiendo que no están en la escuela y otras personas atraídas por el chafarderío. Ahora mi humor es otro. Mi espera se prolongará hasta que todo el mundo esté listo para partir hacia el templo del que, hasta ayer por la noche, no tenía ni la menor idea que visitaríamos.





Sambor Prei Kuk es nuestro destino. Viajaremos en carro, una situación desmesurada para mi. Un tanto de pacotilla pero que acabará, definitiva y lamentablemente, imponiéndose. Nunca mais.

Sambor Prei Kuk es un conjunto arqueológico pre-angkoriano de templos construidos entre los siglos VI y IX que está situado a escasos treinta kilómetros de la ciudad de Kompong Thom en el interior del país, donde me encuentro. Para mi perplejidad todavía no resultan nada turísticos y muchos de ellos se encuentran en estado de dejadez, en una especie de abandono místico. Una vez más el poder de las piedras me empuja a viajar a través del tiempo. Rollo Stargate pero sin la dichosa puerta. Me dejo arrastrar por la quietud del complejo y simulo aparentar al archiconocido explorador Richard Francis Burton en estado de embriaguez. Aunque prefiero identificarme más con el explorador Álvaro de Mendaña.

Hemos dejado atrás el templo y a los exploradores y, también, algunas bellas sonrisas melladas de aquellos campesinos. El espesor de la selva se apresura a convertirse pronto en cemento, en bullicio, en polución, en un querer ser y en un no poder, en un desproporcionado mundo entre ricos y pobres. No es una entrada triunfal sino más bien desfigurada por su suciedad, ruido y caos. Mi entrada a la capital del reino resulta un episodio particularmente decepcionante y raquíico. Me asusto al ver este retrato hiperrealista. Bienvenidos a Phnom Penh.

Estoy demasiado cansado como para poder unirme al grupo en su paseo nocturno por la capital pero, ahora que la ciudad se viste de noche y define su carácter más macarra, decido formar parte de la comitiva y aprovechar para cenar en un restaurante con vistas al Mekong. Antes nos dejaremos caer por la avenida Preah Sisowath (o Riverside que suena más chachi) que es la más importante de la ciudad, bordearemos el Gran Palacio y callejaremos hasta llegar al borde del río. Allí tomamos asiento en el restaurante del que les hablaba antes. Un híbrido entre un local de la vieja Europa y otro de la también vieja y cascada Europa. Nada que me impresione estética ni





gatronómicamente, aunque su cocina sea aceptable. Mientras tanto cocktails Margaritas desfilan sin pausa e inflan nuestra cuenta. La retirada hasta el hotel la haremos en el tradicional y ruidoso Tuk Tuk, casi abatidos por el cansancio de todo el día y el maldito Tequila. De nuevo cierro los ojos en otro lugar.

Phnom Penh. Un salto al vacío.

Horrorizarse ya de buena mañana tiene su qué. Es como despertar y, acto seguido, tomarse un gintonic con un par o tres de ansiolíticos para verlas venir. Pero hoy deberemos de esperar a mi primer subidón del horror -que no será ni el primero ni el último durante este giro al mundo-. Aproximadamente media hora después de haber tomado nuestro café en polvo con leche condensada y a unos quince kilómetros a las afueras de Phnom Penh se encuentra un monumento recordatorio a la vergüenza, a nuestra propia memez humana y a la muerte, para ser más claritos. Damas y caballeros, con todos Ustedes, los Killing Fields, los campos de la muerte. Con ver uno ya hay más que suficiente. Hoy estamos en Choueng Ek, posiblemente el campo más emblemático de los trescientos que llegaron haber repartidos por todo el país. Este parque memorial ha sido construido alrededor de fosas comunes de miles de víctimas, la mayoría de las cuales fueron ejecutadas luego de haber sido trasladadas desde la Prisión S-21 en Phnom Penh -otro lugar espeluznante que durante la jornada de hoy visitaremos-. Para no alejarnos mucho del infierno seguiremos paseando por este tétrico lugar y bordearemos algunas de las fosas comunes que todavía están visibles. Muchas otras ni las veremos. Aún no han sido excavadas, pero el lugar está plagado. Todo bicho viviente era aniquilado y enterrado en una fosa común. Quieren algunos otros datos más de nuestra propia atrocidad humana? Para ahorrar municiones, los ejecutores, por lo general, utilizaban veneno, espadas o troncos de bambú afilados. En otros casos, los niños y bebés de las víctimas eran brutalmente asesinados golpeando sus cabezas contra los troncos de los árboles Chankiri. La depravada explicación que a esto se le daba era que serviría para “evitar que crecieran y tomaran





su propia venganza por la muerte de sus padres”. Antes de partir, decidido coger lugar en uno de los muchos recovecos que existen en el lugar. Su propósito es el de incitar al visitante a la contemplación, a la reflexión y si hasta uno quiere, a meditar. Siento rabia, vergüenza y desesperación. Me cuesta encajar este golpe pero mi desenfreno por batirme en un duelo con el horror y contra nuestra propia estupidez humana me lleva a otro lugar infame y desesperanzador. Y es que no aprendemos!!

De vuelta a la ciudad de Phnom Penh se produce un nuevo careo con el horror y con nuestra historia más reciente. La obligada visita al S-21. Pero antes, volvamos a retomar las fechorías satánicas de los Jemeres rojos. Se calcula que, entre 1975-1979- los deplorables años durante los que gobernaron estos psicópatas- fueron aniquilados entre 1,7 y 2,5 millones de seres humanos, en un país que por aquel entonces era conocido como la Kampuchea Democrática (la actual Camboya) cuya población era de casi unos 8 millones de personas. Si hacemos cálculos, resulta que una tercera parte fue literalmente borrada del mapa, exterminada a golpe de palo, venenos, torturas o de un tiro de gracia. Casi todo esto ocurría en los campos de exterminio pero, muchas otras veces, algunos individuos eran re-dirigidos al centro de reeducación y tortura que ahora veremos: el archiconocido S-21. La prisión era de carácter secreto y por ella pasaron al menos 17 000 personas durante los años de desvarío Jemer, de las cuales sólo sobrevivieron 12. Las confesiones de los prisioneros eran generalmente alteradas para justificar la detención y ejecución. Durante dos meses de interrogatorios, a lo sumo cuatro si es que ofrecían algo de información, eran sometidos a sesiones de tortura hasta que confesaban aquello que los verdugos querían oír. Después eran llevados a Choeung Ek para ser ejecutados con sus familias. Un final apoteósico y desmedido, verdad? Estoy roto de emoción. Es hora de partir y de nuevo me junto al grupo. Como suele ocurrir, las visitas guiadas, deseo por voluntad propia, hacerlas en solitario y buscar mi propio ritmo... Aunque esto es otro tema. Nos alejamos sigilosamente del lugar. Cada uno con su propia fotografía del horror. Esperaremos la caída de tarde, el atardecer.





La obligada visita al Russian Market es otro de los alicientes que ofrece esta ciudad. Su oscuridad, la cantidad de pasadizos estrechos a modo de laberinto destartalado y la guarrería son algunas de las características principales de este mercado. Folk Trash en estado puro, la autenticidad bizarra como gancho infalible para seducir al viajero. El obligado paseo husmeando el lugar no tiene perdida. En cuanto a los productos que uno puede encontrar, los resumiré a cuatro: comida, productos artesanales del país, de todo un poco y por supuesto las marcas deportivas cypypaste más atrevidas del momento. Una bacanal forzada en la que todo vale, aunque, todavía y por lo menos, se puede percibir la generosa autenticidad del lugar.

La noche. Hoy nos han preparado una actividad que consiste en meterse en un barco y navegar por el Tonlé Sap hasta llegar al Mekong. Una vueltecita en una pequeña embarcación para diez personas desde la que poder ver la espectacular puesta de sol, mientras viajamos todos juntitos. En el lote se incluye la cena y la bebida. Un all inclusive para no preocuparse por nada y ser infinitamente feliz. Por supuesto que me caigo del cartel. Les explicaré el motivo- del que si quieren pueden tomar buena nota, o no-. Les comentaba anteriormente mi desinterés por hacer nuevos amiguitos o forzar amistades esporádicas. Y si no lo he hecho, aprovecho para manifestarlo. Precisamente, en este grupo en el que viajamos y exceptuando a dos individuos, la conexión fraternal ha sido prácticamente nula, estéril. Imaginad un grupo de personas del que uno no es un aférrimo fan que se reúnen en un espacio reducido- como es el de una embarcación-, y que además la comida, la cena, o como se la quiera llamar, se hace navegando apaciblemente. No hay una puerta de salida para la huída! Hay que esperar que el barco vuelva a puerto. Y esa espera puede convertirse en un calvario existencial. Consejo: nunca cenén en un barco con personas non gratas o especialmente aburridas. Si deciden hacerlo, háganlo en un restaurante con la debida puerta para escapar. Allí no deberemos esperar a ningún puerto, isla o lugar para poder desembarcar. La ecuación es otra y nuestra escapada o fuga, en el caso de aburrimiento, mal rollito o sensación de perdida de tiempo, la hay. Y vaya si la hay! Así, para ahorrarnos todo tipo de estados anodinos, excusas parapléjicas





y paseítos innecesarios, decidimos romper la baraja e informar de que no vamos. No asistimos. No vamos con vosotros. No me interesa vuestro plan... Uno de los miembros del grupito querrá conocer el motivo -cosa que me saca de quicio- y le responderé, muy convencido, que tengo la impresión de que todavía hay minas desperdigadas que olvidaron los jemereros rojos. El guía trata de desmentir tal descabellada idea, pero resulta demasiado tarde. Mi convicción es infinita y nunca pondré mi vida en riesgo. Levanto la palma de mi mano y la sacudo al aire deseándoles una bonita velada y un seguro desencuentro con mis ficticias minas.

Nos separan desde nuestro hotel quince minutos a pié - todo un periplo visual- hasta la zona que queremos visitar, la misma de ayer, en el río Tonlé Sap el cual, cuando confluye con el río Basac, se convierte en el Mekong. Les hablo de la zona glamourosa de Phnom Penh donde se amontonan los restaurantes, los pocos turistas y mis bienamados Tuks Tuks. Una cenita en un lugar cualquiera y de regreso al hotel. Mañana toca madrugar.

El regreso es tranquilo hasta que... Hasta que nos encontramos en la entrada de nuestro hotel. Se me ocurre saludar a un grupo de conductores de Tuk Tuk que esperan pacientemente a sus clientes. Pero hoy no hay paciencia, hoy hay alegría y alcohol a raudales, también comida y una celebración ultrachalada. Uno de los conductores celebra su cumpleaños y, como no podía ser de otra manera, la fiesta la han montado en medio de la calle, mientras esperan a que cualquier cliente decida subirse a uno de los vehículos y orbitar en el espacio. Seré testigo varias veces de esta esperpéntica situación. Por supuesto que no como cliente, sino como mero espectador. Ya estoy sumado a la fiesta, la hospitalidad es inconmensurable. Una comparsa etflica, de música y de sonrisas a las puertas de mi hotel... Para el recuerdo.

Una frontera no cualquiera. Estoy aquí Vietnam

Volvamos al juegucito de la oca. De oca a oca y tiro porque me toca. Dejamos Camboya atrás, lo que fue el imperio Jemer con la culmina-





ción arquitectónica de Angkor Wat, lo que también fue Campuchea y lo que no fue, mientras Pol Pot y su banda tomaron el poder e instalaron, de una manera psicótica y de enajenación, el terror como dogma de fe. Y también dejamos la actual Camboya, todavía fracturada por ese pasado reciente, aunque dispuesta a poner su punto de mira y sus ilusiones en un futuro incierto. Su apuesta más aventajada: el turismo y una poderosa inocencia. Sí, han leído bien: una poderosa inocencia, aunque en nuestros cánones podamos arrimarla a la propia ingenuidad o a la simple necesidad. Sigo convencido de la potencia que atesora la propia inocencia. La inocencia de un pueblo que pierdo de vista, que se esfuma.

Nos advierten en el autobús en el que viajamos que en muy pocos kilómetros llegamos al cruce fronterizo y que debemos preparar toda nuestra documentación. El inminente cruce de frontera lo requiere. Vietnam se asoma de una manera desvergonzada. Las primeras banderas rojas con su estrella de color amarillo hacen acto de presencia en el puesto fronterizo. El movimiento de éstas es desenfadado y jovial, histérico. Sus policías, ataviados con trajes verde coloccón y gorras de plato a lo mariscal Zhúkov también adornan el puesto fronterizo. Todo un festivalette kitsch en su manifestación más moribunda y pendeja. Llego a cuestionarme si todo esto será un gran decorado celestial, un falso control fronterizo o una ilusión desmesurada para el turista. Una trama similar a la de “El show de Truman” con el patético Jim Carrey como protagonista, pero en versión más cutre, con menos recursos en su producción y con un infame gusto cinematográfico. A duras penas consigo distraer mis brotes catárticos que deambulan entre lo real y lo paranormal, pero, de nuevo, ante la innegable realidad debo pisar el decorado y participar en el puto show.

Antes de bajar del autobús se nos recuerda el conjunto de reglas de cortesía y códigos básicos en la ceremonia diplomática de rigor: cola, control del pasaporte, nada de rechistar, estampación del sello y de nuevo al autobús. Stop. Pero hoy, el cruce, nuestro cruce de frontera resulta un poco más degenerado y genuinamente grotesco. Ahora a este gran supuesto decorado de cartón piedra y con actores





reales: militares, policías, funcionarios de aduana y turistas sin cara de turistas, se les suma un nuevo complejo de edificios a modo de Mall gigante y esperpéntico. Les explico brevemente: se trata de un paseo a lo grande que nos ofrecen de forma gratuita. Sin opción a rechazarlo o a poder extender una reclamación. Si queremos comer deberemos hacerlo allí. Si queremos mear, cagar o santiguarnos deberemos también hacerlo expresamente en el lugar indicado: en el Mall. No hay escapatoria, todo está meticulosamente organizado y orquestado concienzudamente para que el turista se deje allí la pasta, para que consuma sin resquemor y para que devore y gaste sin escrúpulos. Bienvenidos a Vietnam. Un alarido ultraneoliberal en la oficialmente República Socialista de Vietnam.

Tras casi ocho horas llegaremos a Saigón, aunque otros prefieren llamarla Ho Chi Minh City. Es mi primer encontronazo serio con el ruido y las motos. Aquí hasta las ratas se mueven en motocicleta, el vehículo por excelencia en este país y en el que todo el mundo pita y pita sin cesar. Les recuerdo que sigo con mi agudizada inflamación en los oídos y cada pitido resulta un certero latigazo...

El hotel donde estamos hospedados está situado en el centro de la ciudad. Su nombre, a pesar de todo lo que representa para los amantes del misterio, no tiene nada que ver con éste. Estamos en el hotel Shangri La listos para sumergirnos en un mundo de ruido, multicolor y extremadamente frenético. Hoy es el último día en el que Anita y yo viajamos con este grupo de personas. A partir de mañana varios de los componentes tomaremos rumbos diferentes y, en nuestro caso, lo haremos en solitario. El tour ha llegado a su fin y, a partir de la próxima jornada, cada uno de nosotros tomará rumbos distintos, aunque como veremos, por nuestra cuenta y riesgo decidimos organizar una excursión a la que se sumarán tres de los componentes del grupo que prolongarán su estancia en Saigón.

Cae la noche... Hoy nos toca acudir a una irrevocable cena de grupo. Un restaurante, del que casi no me acuerdo, es testigo de una sosa y rutinaria despedida. Nada en especial, salvo el tener que decir





adiós a mi colega americano-albanés Pol y al australiano Paul, el infatigable bebedor de cerveza. Continuando con la rutina de pasear por las calles donde acuden mochileros y otro tipo de fauna, volveremos a callejear por la famosa Pham Ngu Lao y a mezclarnos entre la masa sedienta de noche. Me bastarán treinta minutos para ver lo ya visto y desaparecer. Hoy decido ser bueno. Buenas noches Vietnam.

Good morning Vietnammm!!!

Good morning Vietnammm!!! Un puto despertar en Saigón, desde donde Adrian Cronauer (Robin Williams, un Dj de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos) retransmitía para entretener a los soldados desplegados durante la guerra del Vietnam. Pero hoy, aquí, no hay guerra que valga ni Napalm rociado desde el cielo.

Puntualmente a las 07:00 un microbús nos recoge y nos trasladará a unos 40 kilómetros al noroeste de Saigón. Se han unido a la excursión nuestro amigo Paul y una pareja de canadienses, Antón (nombre ficticio), un exveterano del Vietnam que le tocó servir en el ejército estadounidense y que, desde entonces, no pisa el lugar; y su esposa Jane (nombre ficticio también), una maestra de profesión a la que ninguno de Ustedes que tengan chicos en proceso de escolarización desearían que cayeran en sus zarpas. Pero de quien hablamos ahora es del actor principal, del excombatiente que dejó un pequeño cachito de su juventud en el sur de Vietnam, de Antón. Hoy se produce el reencuentro con aquel espantoso lugar que tantas veces rayó sus pesadillas. El encuentro será ciertamente emotivo. Yo no podré disimular haciendo que deo caer la mirada hacia otro lado. Les estoy hablando de los túneles de Cu Chi- un punto crucial en la feroz lucha que mantuvo el ejército vietnamita contra el estadounidense-. Una especie de Numancia pero con un escenario muy distinto: selva, túneles bajo tierra y COMA en el caso de querer sacar la cabecita, la opción de recibir, a mansalva y desde el aire, esporas de anthrax o la bendición de los B-52. Esto si que es un deporte de riesgo... Pero vayamos al escenario. Al visitante lo encuadran dentro de la atracción turística como si de un Charlie se tratase. Recordemos



que las fuerzas estadounidenses se referían a los vietnamitas comunistas como “Victor Charlie”, que es como se pronuncian las siglas “VC” en el Alfabeto fonético de la OTAN o, de forma más abreviada, simplemente “Charlie”. Entonces, una vez allí, nos pasean por los diferentes escenarios que tratan de aproximarnos al desvarío irracional que pudo ser todo aquello. Les hablo de 220 kilómetros de túneles y de profundidades entre los seis y los diez metros. Ríete tú del túnel del Gotardo. Obviamente se puede acceder a uno de los estrechísimos y claustrofóbicos túneles. Descenderé una vez y no más. El infierno. Quiero volver arriba. Un brote de angustia se apodera de mi durante la estancia. Quiero volver a salir y ver la luz, abrazar el cielo y respirar, tratar de no entender este macabro juego del gato y el ratón. Nuestro paseo por este parque temático dedicado al horror y a la descomposición humana prosigue. La recreación continua con la muestra de algunos de los búnkeres utilizados, la detallada explicación de cómo el Vietcong conseguía no ser detectado en todo este complejo de túneles y selva, las trampas que utilizaban, como se vestían, como cocinaban, el armamento utilizado y la mala leche que gastaban si conseguían hacerse con alguno de los chavales estadounidenses de diecinueve o veinte añitos enviados al frente. Pura fiesta carnal. Pero aquí no acaba todo. Para los más prolijos y subnormales se presenta la ocasión de probar, in situ, los diferentes tipos del armamento allí utilizado. Ya les aviso de antemano que el uso de armamento pesado no está contemplado. Por si alguno de Ustedes - cosa que dudo- siente la imperiosa necesidad de hacerlo. Este lugar se encuentra muy, muy cerquita del bareto donde uno puede degustar una cerveza vietnamesa 333 o Saigon y, de paso, escuchar la sinfonía histérica generada por una cohorte de imbéciles haciendo sonar los M16 y los AK47 a discreción. Que nadie escatime en balas! Otro guateque que desluce el lugar. Regresamos de nuevo a la capital.

Salgamos a dar un paseo por la ciudad, y solucionar nuestra falta de alojamiento. No tenemos hotel pero bastarán un par de búsquedas en internet para hacerse con uno. Apenas doscientos metros nos separan del emblemático mercado de Ben Thanh, considerado como uno de los símbolos de la ciudad. Una especie de Mercat de la Boqueria para Barcelona pero en el otro lado del mundo. Lógicamen-



te lo visitaremos aunque antes me pongo a la búsqueda de uno de los locales donde firman cerveza casera y que lidera casi todas las listas y guías de recomendaciones. No hace falta que me esfuerce mucho, unos quince o veinte metros lo separa del nuevo hotel donde estamos instalados. El Pasteur Street Brewing. Un amplio y acogedor local diferenciado en dos plantas donde sirven una muy buena cerveza y una muy buena comida vietnamesa.

Más tarde, un paseo nocturno por la ciudad cerrará este complejo día. Antes de caer dormido deberé emplear todo mi ingenio para conseguir tapar una ventana rota y aislar así el incesante y desmesurado ruido que produce esta ciudad. Algo desproporcionado. Ruido en estado puro. Afortunadamente, la cinta de carroceros, que viaja siempre conmigo, ejercerá una vez más de protagonista en esta historia y les aseguro que no será la última. Descanso y no precisamente dentro de un túnel a diez metros de profundidad...

Cacharrería bélica y pendoneo por la City

Una vez más mis tapones antiruido y antiminas antipersona acaban de salvar mi sueño. Aquí nunca cesan los pitidos ni el ruido a petardeo fallero de las millones de motocicletas que circulan por Saigón. Hoy es un día para soltarse por la ciudad, esquivar motos y preservar la propia integridad física de cualquier impacto motero. Me tienen obsesionado! Durante la jornada matutina y a pleno sol se afana a presentarse la birria de la basílica de Notre-Dame en Saigón, un ridículo arquitectónico construido en 1863 por colonos franceses que trataba de emular a la significativa y preponderante Notre-Dame de París. Ante tal disgusto lo mejor es volver a callejear y dejarse perder...

Cae la tarde y es hora de nuevo para enfundarse en un traje paramilitar. El afamado museo de los vestigios de la guerra nos espera. Está situado en la calle Vo Van Tan y su objetivo es mostrar al mundo el resultado de la ocupación estadounidense y de aproximar al espectador a ese desgarrador período de la historia. No sien-





to las piernas... Descendemos de nuevo al horror: cacharrería bélica en abundancia y documentación gráfica de alto voltaje. Todo un escrutinio de barbaridades que refleja parte de la historia de este país. Como banda sonora de este instante: el rugir de los motores de un B52, explosiones por doquier y la danza infame de los proyectiles de un M16. Barbarie pura. El registro de algunas de las imágenes son obra de Lang Burrows, Henri Huet y Ishikawa Bunyo. A través de sus objetivos capturaron el siniestro desenlace bélico, esa nauseabunda y esquelética sinfonía del horror. Debo sentarme en varias ocasiones para tratar de digerir todo el material gráfico allí expuesto. Por momentos me asquea sentirme persona...

Siguiendo con la tónica habitual del callejeo y el propio desparrame de sentirse un viajero-turista frecuentaré una vez más el Pasteur Street Brewing. Siento una especie de magnetismo hacia ese lugar ya que sin duda, es un lugar apropiado para retomar fuerzas y empezar a pensar en algún que otro plan para salir pronto de esta ciudad y tomar rumbo norte. Con las pilas cargadas y casi finiquitada la tarde se produce el salto a una de las calles más frecuentadas, la Nguyen Hue Street. En nuestro paseo la virgen de los Milagros se nos aparecerá. Su verdadero nombre es Miss Theo, y Miss Theo trabaja en una agencia de viajes del estado. Lo equivalente a un funcionario del placer. En esta agencia, casualmente o no, se nos ocurrió preguntar por un billete de tren hasta el norte del país. Lo que resultaba ser una consulta de apenas dos minutos se convertiría en una visita de casi una hora con emplazamiento para el próximo día. La virgencita Milagros-Theo nos facilitó algunas informaciones de trenes y diferentes rutas a seguir, inclusive los lugares para visitar y los tiempos de estancia que debían de ajustarse a nuestro plan. Aquí se zanja el día y quedamos convocados a una reunión matutina con Milagros-Theo para cerrar el plan. El lugar no podía ser otro que el Hotel Majestic. Al parecer nuestra virgencita opera allí también por las mañanas.

El regreso al hotel es tortuoso y confuso. El ruido vuelve a hostigarme y algunos destellos de dolor a brotar de manera esporádica y a intervalos relativamente cortos. Ya empiezo, casi después de un





mes, a saber como funcionan mis oídos. El señuelo me indica que por hoy ya vale, que me refugie y busque la fragancia del silencio. Sí, pueden creerme, esta existe. Cierren los ojos, cuenten hasta diez o hasta mil y respiren de una manera profunda, más profunda todavía... Este es un ejercicio de postmodernidad. Prueben Ustedes de manifestar sus poderes. Vuelvan a cerrar los ojos y desentiéndase de sus hipotecas, sus parejas y sus putos trabajos de mierda. Si ninguna de estas tres variables les afectan, dejen de hacer el imbécil y acompáñeme.

Recuerdan que estábamos ya casi de nuevo en el hotel? Pues por fin llegamos. Son casi las 23:00 horas y además de un cansancio casi sobrenatural, de que mis oídos se retuercen de dolor y que mi estado emocional todavía se retuerce de tristeza tras la visita al Museo de los Vestigios de la Guerra de Vietnam, saben con lo que me encuentro?. Pues con que todas nuestras pertenencias se han mudado de una habitación a otra como por arte de magia. Aunque debo de decirles que no se trata de magia ni de un fenómeno paranormal. Las han movido como el que mueve un lamento, un suspiro o una pirámide con la punta del cipote. Le pido a la recepcionista Vietcong explicaciones y se me informa de que, como estábamos en una habitación muy grande y con tres camas, nos la han cambiado porque una familia con un niño les ha caído. No puedo evitar descojonarme por dentro y mantener una fachada que muestra incredulidad y mala folla. Han considerado sin ningún tipo de pudor mover todas nuestras pertenencias, privadas o no, como el que mueve la pirámide. Estoy estupefacto, anonadado, dolido que hayan violado mi intimidad, cansado para poder luchar en Vietnam. De una manera especialmente cortés, amable y vil nos conducen a la nueva habitación, más pequeña y más coquetona. Y sin ventana rota y sin vistas a la calle ruidosa principal. Un alivio... Al·lahu·àkbar! (Alá es grande!)

Papá quiero ser milionario.

“Si tu único objetivo es hacerte rico, nunca lo lograrás”: John D. Rockefeller.





Un lujoso edificio de estilo colonial donde nuestra virgencita opera por las mañanas nos abre sus puertas. Les recuerdo que el día anterior nos había citado allí para ultimar los detalles de nuestro viaje: fijación de fechas, alternativas de algunos destinos y el pago. Cerrar el asunto, vaya!

Son las 11:00 AM y un firmamento de estrellas se abre de par en par. El hotel está catalogado como un cinco estrellas pero a mi me parece estar levitando en un paraje celestial. Contengo la respiración y me apresuro a convertirme en un cliente más y forzar mi aspecto, a interpretar. Quiero aparentar ser un cuarentón desgarrado, despreocupado y sin importarle un pito lo que cuesten las cosas. La pasta no representa un problema para mí, además Anita interviene y su presencia refuerza toda la puesta en escena, la comedia. Parecemos una pareja de ricachos huyendo del invierno europeo, en busca de aventuras y de exotismo empapado en lujo. Aquí estamos, sentados frente a Milagros-Theo y rodeados de estrellas. Las gestiones se alargarán casi un par de horas buscando en internet, cotejando diferentes lugares, cancelando, desestimando, eligiendo... El arte de viajar, a golpe de ratón y convertido en un juego.

Finalizadas las gestiones, nuestra razón de ser en el lugar ya no tiene ningún sentido. Un taxi nos recogerá a la salida del hotel. Todavía me siento esa especie de dandy turista despistado. Creo haberme involucrado demasiado con el papel interpretado, ahora debo regresar, y para cualquier regreso, lo mejor es una celebración. Dejamos que nuestro taxi nos zarandee sin sentido por las calles de Saigón. Saltaremos de él de una manera improvisada. De nuevo a callejear y en busca de un lugar donde podamos celebrar nuestro regreso a una vida de no ricos. La elección no será mala del todo, pero tampoco buena. Una especie de restaurant puticlub para altos cargos calenturientos velará por nuestra alimentación. Creo que todavía tengo algunas fotos en las que poso en tono jocoso.

Partiremos de allí convencidos de que muchos de los clientes, además de comer allí, también tienen la opción de satisfacer algunos





otros deseos. Y si de deseos se trata, no hay uno que no falte con la barriga llena de marisco vietnamita: la siesta, mi siesta. Esta servirá como paréntesis, como culmen de esta media jornada. Por la tarde uno volverá a dejarse caer por la ciudad y rematar del día, de nuevo, en el Pasteur Street Brewing. Allí dejaremos que anochezca repasando la nada, acariciando de nuevo el paso del tiempo. Qué gozada!

Tomemos un tren que nos vamos a la playa!

05:15 AM suena el despertador, patada en el hígado. A quien madruga Dios le ayuda. Desde Saigón iniciamos nuestro viaje hacia el norte del país. Serán casi 1500 kilómetros que dibujaremos en diferentes escalas. Hoy trataremos de tomar la ciudad costera de Mui Ne y cavar una trinchera en la playa. Todo lo que necesito es una sombrilla y escuchar la nada. Saigón, mi querida Ho Chi Minh, me resultas tan lejana... Y de tu devastador ruido ya ni me acuerdo, ni lo escucho. Ahora ya puedo desatornillar los tapones que a menudo utilizaba para que no me taladraras. Me largo lejos de ti, hacia un lugar con playa para refugiarme en un resort engalanado de estrellitas.

Hasta esta ciudad pueblito nos separan un par de horas en tren y poco más. Mui Ne goza de una largas playas y mucho viento, la combinación letal para convertirse en un punto de referencia para los piraos del Kite Surf. Además, todo un complejo de hoteles y resorts atraen también sobre todo a turistas rusos y chinos, algunos alemanes pero poco más. Y a mi sonrisa, que hoy luce disfrutando de las cuatro estrellas del resort. No estoy acostumbrado a tanta lluvia estelar ni tampoco a tanta atención de risa forzada. Durante casi dos días me amantaré en este lugar. También disfrutaré de la playa y de las instalaciones del resort, donde mi atención se centrará en los surfistas, en sus velas y en las escalofriantes manías y situaciones que protagonizan algunos de los turistas rusos, rusas, chinos y chinas que allí se hospedan. No me gustaría que interpretasen esto como una maldad refinada, sino como una estancia de observación, sosegada y siempre girando alrededor de un espacio muy marcado: el del re-





sort y, por ende, la piscina. Esto significará conocer los privilegios de ser un individuo estrellado y ver como otros lo interpretan también. En fin, un ejercicio más de locura. Y ya casi por último, después de haberme ejercitado, y no precisamente en el arte de la guerra sino en el arte de la degustación de cerveza continuaré con mi particular degustación internacional de cervezas. Quiero destacar que aquí he tenido la posibilidad de haber hincado el diente a muchas y diferentes variedades de este caldo. Cosas que pasan en un resort. El anochecer confunde las risueñas siluetas de las palmeras y los mosquitos se multiplican. Es un buen momento para desaparecer.

Un despertar entre palmeras. Wake up!

Aprovecho el desayuno variado que me ofrecen las estrellas y a continuación una de sus tumbonas. Desde allí contesto algunos mensajes y correos electrónicos de poca monta. Nada interesante. El panorama apunta a otro tipo de actividades más recalcitrantes como darse un bañito en la piscina o ejercitar de chulo piscinas, o de mozo salvavidas garantizando la seguridad de rusos y rusas. Hay que estar atento a cualquier movimiento que se produzca en mi demarcación. Así me sacudo de encima los minutos y las horas, ejercitando la detestada costumbre de no hacer nada. Aunque en mi caso particular es necesario no hacer nada para convocar a los Dioses que garantizan mi existencia. Los llamo entes de la nada. Cuando se pronuncian es ahí, en la nada.

Es casi mediodía y las nubes insisten en borrar cualquier atisbo de sol. Es el momento de ejercitarme físicamente para mitigar mi exceso vacacional de proteínas. Salto a la arena como un gladiador, un gladiador gallego capaz de pasearse y, de una manera vacilona, mostrar en cada una de las arenas del globo su capacidad de alertar a las masas de su presencia sobrenatural.

Regresamos al restaurante familiar en el que la noche anterior nos atacaron los mosquitos. A pesar del inconveniente que estos





representan, ahora no nos atacarán. Es demasiado temprano para hacerlo. Son casi las dos de la tarde y, si alguno lo intenta, estoy embadurnado de un repelente antitodo. Pero tomemos asiento en el restaurante que el día anterior tuvimos la ocasión de probar. Ya les aviso que ni rastro de las estrellas Michelin. El saludo es cordial, aunque no especialmente efusivo. Recuerdan nuestras caras del día anterior. Deben de pensar que somos unos valientes o unos masocas, o así me lo imagino. Llega la carta, -bastante nutrida por cierto- y repito de nuevo con las gambas y el arroz. Un tiro fijo. Sin contemplaciones. De vino nada monada, cerveza fría vietnamesa marca Tiger o Larue que cae al instante. Los platos se demorarán un poco más. Ya nos lo advierten, y, si lo hacen, es porque puede que sea una espera larga, muy larga. No hay prisa ni quiero tenerla. Aprovecho para empezar a pintar y dibujar mis tradicionales figuras. Nuestros platos asoman y, al servirlos, la señora que lo hace no duda en preguntar sobre semejantes trazos de colores y formas que conjugo en una danza entre textos y figuras. Pregunto, respondo y, sin ningún tipo de pretensiones, le ofrezco la servilleta garabateada. Nuestra estancia ya no será la misma. Creo que hemos pasado a formar parte de la comunidad de "Very Important Person"... Un antes y un después. Es el pistoletazo de salida para que todo el poco servicio se ponga a nuestra disposición. La atención será desproporcionada. En todo este clímax, entre plato y plato, y entre tanta atención me atreveré a poner encima de la mesa la posibilidad de fotografiar el lugar. Con la panza bendecida y el visto bueno de nuestra anfitriona surcaremos primero uno de mis lugares predilectos: el backstage de la cocina que inevitablemente se saldará con una sesión fotográfica improvisada y, a continuación, con una visita guiada por los jardines aledaños del recinto. Pasen y vean, esta es la otra carita del Asiatic Business: acequias mugrientas, un desorden incorregible, una suciedad estéticamente fina y unos desdichados huertos, donde la propietaria recoge algunos de los productos que nutren la carta del local. A esto si que le llamo cultivo de guerrilla!

Un sendero, atolondrado y obviamente también muy descuidado se lanza cuesta arriba. Dudo que hayan minas o algún que otro grupúsculo Vietcong operando en el lugar. Me lo cuestiono. Nuestro





sendero no tarda en estrecharse con una parcela donde habita una familia. Más desorden y suciedad. Algo esperpéntico, real y difícilmente entendible. Pero así es. Atravesada la morada y saludado al clan familiar, saltaremos a un mar de dunas que parecen empujar a todo un puñado de casitas hacia el mar. Desde allí, una carreterita se destrenza y enlaza con otro submundo, un bosque de palmeras donde pastan unos cerdos de una manera salvaje entre plásticos y felicidad. La agraciada y sincera sonrisa de la dueña del restaurante nos acompaña por el lugar, nos pasea y cuenta historias que viajan en el tiempo; su familia, la época comunista y la supervivencia dentro de aquel régimen, el desarrollo de Vietnam- de su querido Vietnam- y las esperanzas depositadas en su negocio... Escupe palabras, camina deprisa y nos conduce hasta lo alto de unos montículos donde nos dejamos acariciar por una brisa marina. Pero aquí no es brisa, es viento de fuerza cinco. Es el momento en que nos confiesa que desde hace muchos años no sube a ese lugar y se deja acariciar por ese aire. Observo todo el cuadro con incredulidad y agudizo el momento preguntando por su infancia. Se emociona y nos confiesa la felicidad de vivir allí. Nos hace sentirlo, hacernos partícipes de ese momento. Al fondo, velas de surfistas que contrastan con la realidad de este lugar. Creo entender que hoy es un día especial para nuestra protagonista y nosotros somos testigos ocasionales. Regresaremos al restaurantito, tomaremos café y nos emplazaremos para la noche. Ahora toca volver al mundo resort practicar el arte de la siesta y embriagarse con tanta estrella.

Es de noche y no me ha cogido por sorpresa. Llevo acariciando el atardecer desde mi tumbona volviendo a ver la nada, esculpiendo el tiempo con parsimonia. Esperando a que la luz se desvanezca. La única tarea activa en mi lista de deberes es la de preparar mi mochila. Después de la cena partimos. Un tren nocturno nos conducirá a otro lugar. Pero antes debo volver al restaurantito a cenar y a despedirme. Un estrecho pasadizo desde una calle principal nos conduce al lugar. Es ya de noche y tiene su gracia por las luces de colores que cuelgan de una manera desordenada. Un estanque, que iluminado sin querer, le otorga un aire romántico-festivo-vacacional. Además de ser un punto de concentración de mosquitos que no quiero ni contarles. Las





mesas siguen su acostumbrado orden desordenado, algunos perros corretean entre los clientes y, al final, donde nadie se osa a llegar, un canal con agua estancada putrefacta. Lo vi, juro que lo vi al mediodía! Pero si me preguntan el motivo que, de nuevo, me movió hasta allí, la respuesta es fácil de imaginar. Un filón culinario y comida vietnemesa de pura cepa a un precio razonable para mi bolsillo. El lugar poco a poco nos va diciendo adiós y, con éste, vienen las despedidas de toda la familia que regenta el local. La última imagen que tengo de todo aquello son las luces de colores desvaneciéndose por aquel diminuto y casi inalcanzable callejón.

Un taxi alucinógeno para llegar a la cercana estación de ferrocarril de Binh Thuan. Casi treinta kilómetros volcado en el asiento delantero del conductor diciéndole, indicándole, gritándole, cagándome en su puta madre. Ni caso... A pesar de su incomprensible conducción hemos llegado vivos. Nos ha dejado tirados en una estación que pensamos que no es. Minutos más tarde se dejaron ver otros viajeros que desbaratan nuestras dudas. Menos mal.

Llega nuestro tren. Es casi media noche y nos acomodan en nuestra cabina. El infierno más tenebroso y desolado nos saluda. Ese lugar, por equivocación o no, se asemeja a cualquier cosa menos a una cabina para dormir. Anita entra en cólera. Sí, pueden Ustedes creerme. Se niega a entrar, deja su mochila a mis pies y desaparece a lo lejos mientras corre de una manera desenfocada y peculiar. Atónito contemplo el lugar asignado y al tipo que ya duerme dentro. Compruebo, de nuevo, que la numeración de nuestros billetes y el vagón sean los correctos. No hay duda. Espero que se solucione, de lo contrario nos tocará descender a las tinieblas y no es que especialmente me apetezca. Transcurren unos cuatro o cinco minutos y aparece Anita de nuevo. Ha puesto su monedero a trabajar. Por diez dólares bajo mano nos cambian de lugar. Hay lugares de sobra en el tren y es fácil de apañar este tipo de situaciones con dinero. En nuestro viaje en tren por Vietnam lo veremos en dos ocasiones más. Pero incineremos la tragedia y veamos como amanece y discurre nuestra aventura hasta la próxima parada: Da Nang. Son casi las 13:00, llevo casi cuatro horas



amorrado a la ventanilla viendo el mundo desde el tren. Hemos realizado algunas paradas, en las que han subido y bajado pasajeros. Algo sumamente obvio, aunque dado el escenario, la situación, los rasgos asiáticos que vienen y van, sus sonrisas presumiblemente inteligibles y algunos vendedores ambulantes que trajinan las cosas más insospechadas, convierten el tramo final de nuestro viaje en una obra de teatro real y apasionante. Pronto se acaba con el anuncio de la llegada a Da Nang.

Da Nang es un bodrio de ciudad, con un puente en forma de dragón y alguna que otra cosa más. Trata de convertirse en el Silicon Valley de Vietnam. Algo que al parecer sucede, aunque para mi gusto es una mierda pinchada en un palo. Una falsa decisión hizo que programásemos esta ciudad para que nos catapultase al próximo destino: Hoi An. Pero hasta que podamos partir al día siguiente deambulamos por sus calles e iniciamos una cuenta atrás para poder salir cuanto antes del lugar. De regreso al hotel, decidimos parar en un establecimiento donde cocinan pizzas y pedir una para que nos la traigan más tarde. Ya en el hotel, y oscurecida la jornada, nuestro teléfono suena desde la recepción Y nos avisan que abajo hay un pizzero y que alguien debe de bajar. Respondo amablemente que suba él, que me encuentro indispuerto. Negativo. En este país comunista la plebe tiene prohibido el acceso al cielo. Deberé de bajar a la recepción... Lo hago cabreado, en gallumbos, con gafas de sol y con calcetines, tratando de mostrar mi disconformidad con una performance cañí. Mi llegada a la recepción desde el cuarto piso es extravagante y al mismo tiempo insolente. Caras de incredulidad y descortesía por mi parte. Para despejar cualquier duda a la recepcionista de mi insolencia le suelto una buena propina a mi querido amigo el pizzero y lo acompaño cortésmente hasta la salida. Y es que el dinero lo es todo!

Una multitud de gente apiñada que se congrega para hacer el check-in, ni se inmutan y ni quieren hacerlo. Están demasiado obsesionados con sus teléfonos. Más tarde me enteraré de que hay un congreso de cualquier estupidez y que se celebra en nuestro hotel de mierda. Encerrarse, degustar pizza vietnamita y cerrar los ojos es la mejor opción para abrazar otro mañana.



Hoi An. Ahora o nunca.

Mi única intención es atiborrarme durante el desayuno en el hotel antes de salir. Por lo menos lo he intentado. Un fiasco descomunal. De desayuno continental nada de nada. Si quieres meterte unos fideos asquerosos con cerdo, pollo o vaca puedes intentarlo. Pero del resto... Olvídalo! Unas palomitas acarameladas y unas galletas que llevo en mi mochila salvan mi existencia. Hurgo en mi mochila y aparece café en polvo. La campana, la astucia o un golpe de suerte se prodigan de manera inesperada y sobrevivo a este primer sobresalto matutino. Ahora si que puedo partir y aventurarme a coger un autobús público que me lleve hasta Hoi An. Hardcore puro y genuino. Y barato. Tal vez un dólar por llevarnos hasta la tierra prometida.

A pesar de las constantes advertencias en la recepción del hotel para que tomásemos un taxi la decisión tomada es la de saltar la calle y meterse en un autobús público. Hoy nuestra recepcionista no se hará con una comisión. Pero subamos al vehículo. En él viaja también Johnny (nombre ficticio). Un excombatiente, un exveterano del Vietnam, como los de las pelis. Durante el viaje nos contará las estupideces que cometió su país, nos hablará de geopolítica y de la actual Siria entre algunas de las cosas que consigo recordar. Mientras, entre sus manos, mecerá – sin querer- un libro de Haruki Muramaki. Intelectualidad y olor a rancio nos acompañan en este trayecto hasta que de nuevo una estación de autobuses nos recibe. Taxi y hasta el hotel, cinco minutos de reloj. Es posible hacer el check-in con seis horas de antelación. De nuevo un golpe de suerte, un empujoncito angelical como diría mi abuela, hace que nuestra habitación se haya librado antes de lo debido y que sus tres estrellas parezcan cinco. El estar cerca de una playita siempre es propicio para recibir este tipo de “empujoncitos”. El lugar es bonito y por lo menos se han esmerado en la decoración. Su recepción la cohabitan como unas cuatro, o cinco o veinte recepcionistas. Tratan de esmerarse en hacernos sentir bien y, de paso, seducirnos para vendernos excursiones, taxis y lo que haga falta... Quiero recordarles que, a pesar de todo lo visto, éste es un país de corte comunista y que personal, precisamente, es lo que no





falta. Será una constante ver en los hoteles, oficinas y servicios públicos una cantidad de gente inimaginable en otros países. Además, Vietnam, trata en la actualidad de afianzar su posición en la industria del turismo y modernizar u occidentalizar sus infraestructuras y servicios. Pero, como veremos, todavía distan mucho de los estándares que podemos imaginar.

Es hora de pedalear. Nos han prestado unas bicicletas desde con las cuales nos podemos lanzar hasta una cabeza de playa y, desde allí, amansar nuestro frenético ritmo. Bastan un par de kilómetros y pisaremos tierra celestial. Hay posibilidad de alejarse de la zona turística aunque no resulta nada fácil dada la cantidad de resorts que flanquean la línea de costa. Pero ponerse al cobijo de algunas palmeras, recoger piedras por su playa infinita y volver a desmenuzar el tiempo, es relativamente fácil. Ya empiezo a saber como funciona eso de verlas pasar... Y, como no hay dos sin tres, de nuevo un chiringuito familiar camuflado entre las palmeras me da de beber y comer. El susurro de la mar pone la banda sonora.

Como cada día y al caer la tarde, la ciudad vieja de Hoi An se viste de gala. Se prepara para recibir una cantidad ingente de turistas que acuden masivamente. El principal encanto de esta ciudad es que todavía quedan un buen puñado de casas antiguas que, afortunadamente, no fueron destruidas durante la guerra del Vietnam. Existe también un canal que sesga el centro histórico en dos por el cual navegan un tipo de embarcaciones acondicionadas con todo lo necesario para pasear turistas. A toda esta mercadotecnia se le suman sus famosas lamparitas y el entramado comercial de tiendecitas y restaurantes. El logro es el de un nuevo parque temático que seguramente ya engrosa la lista de “lugares auténticos con masificación incluida”.

Por un puñado de dólares.

Mientras escribo observó la mar. Desde una playa poco frecuentada. La misma de ayer, alejada de cualquier enclave masificado y con el





restaurantito familiar que cubre mis necesidades básicas: comer y beber. Es el mismo de ayer, por si existe alguna duda. Se portan bien conmigo, tienen pescado fresco, cerveza también y muy buenos precios. Corre el aire, me asomo y me escuro en él.

Debo partir, dejar una vez más otro lugar y pasar la página, seguir leyendo el libro. El trayecto en tren es de casi diecisiete horas hasta la capital: Hanoi, al norte del país. Antes, otro bus público atestado de gente nos conduce hasta la estación de ferrocarril de Da Nang. Esta vez debemos ajustar nuestra imaginación y volver a la realidad. La realidad cotidiana de un país, de sus gentes, concentrada sobre las cuatro ruedas que nos conducen hacia otro lugar. Otro cúmulo de historias, de gestos y de gentes que, apretujadas, me cuentan miles de cosas sin quererlo. No puedo dejar de sonreír y de acostumbrarme a ser sorprendido. Mi capacidad para imaginar se despedaza viendo como la realidad toma las riendas durante el trayecto. Soy consciente y dibujo una sonrisa pícara que ponga fin a este trayecto. Pero no importa, después de este vendrá otro.

Subimos al tren y de nuevo vuelven a controlar nuestros billetes. Obvio. Algo tiene que hacer toda esa cohorte de revisores! Hoy, al parecer, todo está en orden. Nos acomodamos en nuestra cabina para cuatro personas -aunque somos dos- y cruzamos los dedos para que a nadie se le ocurra entrar. Es algo que sucede a menudo que a medida que el tren discurre por las diferentes estaciones entre y salga gente. Verdad? Como en todos los lados. Aunque aquí la diferencia estriba en que uno puede comprar su intimidad. Todo es posible. O casi todo. Hoy lo vamos a constatar insinuando al revisor nuestras intenciones. Para empezar no habla español, inglés ni por asomo y tampoco alemán. Trato de chapurrear algunas frases en gallego y ruje de risa. Su imaginación se ilumina. Accede a su telefonillo y nos enchufa el Google Translator. No conseguimos verbalmente comunicarnos pero intuye que queremos algo. El tipo no va desencaminado y nos pregunta si queremos que nadie nos moleste durante el viaje. Creo recordar que la traducción era del vietnamés al inglés y no al arameo. Nuestra respuesta es que sí. No queremos que nos moleste nadie du-





rante las próximas diecisiete horas. Queremos tener a nadie como compañía. Sus ojitos empiezan a iluminarse. Accede a su otra consola electrónica que le muestra la ocupación y las reservas que hay en el trayecto. Al parecer es viable. Sonríe y nos pide cuarenta dólares. Con una serie de gestos, fácilmente interpretables, nos indica que podemos cerrar por dentro. Se atreve a desparramarse con una sonrisita picaresca... Mostramos incredulidad y nos negamos en rotundo- aunque a mi me parezca un ofertón poder comprar nuestra soledad por las próximas horas-. Pero así son las partidas de cartas y decidimos jugar un farol. Yo me retiro y dejo que Anita agarre el timón. El estira y afloja se produce, el teléfono pasa de mano en mano mostrando las diferentes ofertas y contraofertas. No puedo filmar la situación porque estoy tratando de hacerme el despreocupado, disimulando y apretando los dientes para que nuestro querido revisor no entre en un ataque de cólera o de orgullo y se retire cabreado de la partida. No estoy dispuesto a renunciar a mi soledad por veinte dólares- la puja ha entrado en una espiral de descenso-. No intervengo pero lo hago, aunque de una manera no muy descarada. Voy susurrando a Anita que lo deje, que le dé la pasta y que se acabe la performance. Siguen... Me encierro en mi silencio, acaricio mi paciencia, cuento hasta diez, luego hasta mil y domo mi cabreo. Finalmente se queda en ocho dólares el precio de nuestra soledad. Cerramos, nos embutimos en nuestros sacos, a pesar de haber sabanas en la dotación de nuestras cuatro camas y cerramos poco a poco nuestros ojos con el zarandeo de nuestro tren.

Hanoi 1 - Saigon 0

Las primeras luces se estrellan contra los cristales de nuestro vagón. Hay cortinas de dudosa utilidad. Mis ojos entorpecidos buscan cualquier cosa para crear una protección contra la luz y, también, contra el olor. Otra vez los hijos de puta de al lado vuelven a fumar. Cuatro asiáticos de mediana edad llevan toda la noche haciéndolo y, ahora, de nuevo. A esta cadena de despropósitos debemos añadirle algún que otro vendedor ambulante paseando sus apestosas sopas. Ne-





cesito preservarme en una burbuja donde no haya luz ni olores, ni tampoco hijos de puta. Pero el viajar no es sino ver la cosas de otra manera... Ya de buena mañana, después de lo ocurrido trato de escavar las primeras sonrisas del día, de recordar tiempos pasados, cuando en aquellos ochenta y noventa se podía fumar en nuestros ferrocarriles, en nuestros hospitales... Qué tiempos aquellos! Y que me dicen de aquellas variopintas ventas ambulantes? La realidad ambulante de hoy en día es otra, se han nutrido de nuevos productos Tech y han diversificado su catálogo de ofertas: cables, cargadores, conectores, carcasas para celulares, usb's, cocktails de dudosa procedencia y de los más insospechados gustos, baterías para mantenerse siempre online, empanadas y hasta hachís... Otro tipo de folklore que trato incomprensiblemente de comparar mientras el vaivén del tren zarandea mi existencia. *"Nuestro destino nunca es un lugar, sino una nueva forma de ver las cosas"*. – Henry Miller.

Transcurren las horas y reaparece el encuentro con el aburrimiento, el encuentro con el placer de ver que no hay nada que hacer, y las obligaciones tampoco apremian. Un semiestadio kármico. Llegada a Hanoi. Otra alucinación colectiva, otra urbe explosiva. Todavía quedan los vestigios de la colonización gala que por lo menos la remansan un poquito. Ese aire retroeuropeo, afrancesado y acaramelado de su arquitectura, pero ya en un descarado declive, le otorgan a la ciudad ese aire de todo aquello que fue y que ahora no es pero que quiere ser. Vuelve a repetirse el mismo patrón que caracteriza a este país de casi noventa y tres millones de habitantes. La profunda y enfermiza dicotomía que arrastra al país hacia no sé donde. Todavía no he alcanzado el grado de estadista o visionario político-social, pero de lo que no me cabe duda es que el fuerte patriotismo vietnamés, remachado por la incontestable figura de Ho Chi Minh y su modelo comunista, colisionan de una manera escandalosa con su reciente apuesta por el capitalismo vertiginoso, su desmesurado crecimiento económico, la dependencia a las nuevas tecnologías- yonquis perdidos- y su obsesiva mirada puesta hacia occidente, hacia los más banales estereotipos de lujo y belleza más asqueroso. Este es el desenlace, el mejunje de desconcierto casi histérico que me transmite este país.





Una sensación, empiezo a pensar, que forma parte de su inconsciente colectivo, una tendencia natural en la que se aísla al individuo abandonándolo hacia un monólogo de desconcierto...

Hora del mediodía, hora de la comida, hora de enzarzarse con la muchedumbre, con sus motocicletas. A diferencia de Saigon aquí uno se mueve por calles más enrevesadas y desordenadas. Es la parte vieja de la ciudad, donde todo se apiña, donde el pulso del mercadeo, del ruido, los olores y el desorden ordenan la vida. Me apresuro a saltar del hotel y dejarme embaucar por Hanoi. Todo esto es una feria de carácter indefinido. Viva la fiesta!

Han La Bay. Una alternativa a la bahía de Ha Long.

Si uno piensa en Vietnam, seguro que una de las primeras imágenes que sacudan su cabeza serán las de Ha long Bay: Un paisaje de ensueño que se incluye en todos los recorridos turísticos. Sin embargo, existe una alternativa para los que quieren huir de la hipermasificación. Se trata de su hermanita: Lan Ha Bay.

Cuatro horas nos separan de Hanoi hasta la dichosa bahía. Un microbús, cargado con otros cuatro turistas, nos recogerá puntualmente a las 07.00 de la mañana y nos zarandeará por la ciudad. Finalmente daremos con la salida. Han transcurrido casi dos horas. Un atasco monumental y el habernos desviado para recoger a un par de turistas, de viajeros o de dólares en definitiva han puesto a prueba mi paciencia. Aunque ya estamos en marcha. Nuestro paseo matutino por la ciudad de Hanoi se acaba y ponemos dirección al punto de desmadre: Han La Bay. Dejamos atrás el río Rojo, que transcurre por la capital y cruzaremos uno de los largos puentes para tomar una de las carreteras menos fluidas que nos lleve al mar. Por fin!

A lo largo del camino un guía con aires de gracioso emborrona mi tranquilidad. Se hace llamar Tom Cruise, es demasiado atento y su sonrisa un fiel reflejo al de un acuchillamiento por la espalda.





Transcurridas casi cinco horas alcanzaremos el mar y allí embarcamos en un barco bien bonito, una especie de junco o sampán pero con motor. Sus velas fomentan mas la parte decorativa que la de capturar el viento. Aun así está bastante logrado. Es una embarcación que puede dar cabida a unas cien personas. Por suerte somos ocho. Chollo! Nos dan la bienvenida el capitán, sus tres grumetes y nuestro amigo Tom, Tom Cruise, que se maneja a sus anchas. El recibimiento lo harán con un cocktail, ostras y un innumerable trasiego de platos que amenizarán nuestra visita. Pensé, en alguna ocasión, que más que una excursión todo aquello parecían los prolegómenos de una orgía. Nada más zarpar, a unos veinte minutos del puerto, nos acercaremos hasta un Floating Village. Un pueblo flotante en medio de toda esta belleza que conforman las islas y el mar. Desembarcamos y tenemos la oportunidad de recorrer el mundo Floating Village con kayaks. Seremos cuatro los que elijamos esta opción y nos paseemos El resto decidirán que remen por ellos en una especie de embarcación tradicional. Todo muy cuco y mono, elaborado para ser devorado por el turista. La siguiente paradita será la ya conocida visita-trampa. Un lugar donde se cultivan las perlas, las trabajan y las venden. Allá cada uno con su adicción a las perlas. Creo recordar que no compré ninguna... En pleno flipping, (otra vez de nuevo) volvemos a embarcar en el junco. Algo más para comer y beber. Me siento una suerte de híbrido entre mi querido Sandokan y el capitán Ahad (Moby Dick – Herman Melville) gritando desesperadamente a su tripulación: “Sin imaginación no vais a poder seguirme”...

Hoy domingo no nos vamos a la iglesia. Nos vamos de paseo.

Día del Señor para nuestra cultura católica, apostólica y romana. Día de acudir al templo y abrazar a Dios. Domingo, día de resaca y jornada de reflexión y descanso. También de desalinear las coordenadas de un plano y dejarse perder por una ciudad, por Hanoi. Hoy es domingo y me paso las coordenadas por el forro. Me voy a travestir en un urbanícola y dejarme caer, rodar sin atormentarme, rodar sin sentido y reducir algunas velocidades en una ciudad que se presenta propicia para la ocasión. Ahora, reposa y se exhibe como un mons-



truo atolondrado y en calma. Aprovechemos pues para visitar el jardín botánico, la Torre de la Tortuga, el lago Tay, Hoàn Kiem Lake, La plaza Ba Dinh y un gran centro comercial alejado del centro que, a pesar de ser domingo, está abierto y concentra en su gran mayoría marcas de lujo y clientela afín. Mi día del Señor y yo vagando en un Shopping Day... Dios me pille confesado.

Ya de regreso al hotel trato de mentalizarme para ejercitar una vez más la tarea de organizar de nuevo mi mochila. Este ejercicio se ha convertido ya en una especie de mantra. Casi podría hacerlo con los ojos vendados, como si de un fusil de asalto Cetme se tratara. Como hoy no se trata de pegar tiros, ni de metérselos, volveremos a la habitación del hotel donde ordeno con esmero mis cosas, mi mundo, mi mochila. En breves momentos y por voluntad propia debo abandonar la habitación. Digo por voluntad propia ya que me he mentalizado para cambiar una cama bien cómoda por una litera en cualquier tren. Como siempre, o casi siempre, suelen haber cambios que alteran el plan y hoy no va a ser la excepción. Les explicaré lo acontecido y el susodicho cambio. Rebobinemos un poco de metraje y vayámonos al primer día en Hanoi. Casi asfixiado por tanto artulugio y postureo kitsch, profundamente kitsch, y el machacón y aberrante discurso copy paste de productos, al que añadimos (metemos en la cesta), el consumo por el consumo y el consumamos porque debemos de consumir. Perplejo ante este mundo anestesiado, inflado a más no poder de rostros desencajados por sus teléfonos móviles, sus tablets y todo el tinglado tecnológico. Me distancio y mi idea romántica de la ciudad se esfuma disimuladamente. Es algo cansino el presenciar una caricatura mordaz del hombre y su dependencia por la red. Como si del maná se tratara. Les hablo del uso desequilibrado de toda esta mandanga audiovisual a golpe de dedo. Quiero largarme. Dejar de lado la capital. Sus aglomeraciones y toda la incapacidad de sus gentes por acceder a un discurso menos esquizofrénico hacen que quiera escapar. Lo visto, visto está. Quiero escapar de aquí, de este reality chungo...

Y es así, cómo decidimos organizar una excursión y escapar para visitar la ciudad de Sapa, en el norte del país, casi en la frontera



con la China, la antigua Catay. Pero ahora debemos regresar donde les habíamos dejado. Se acuerdan que habíamos rebobinado? Pues ahora daremos un salto para situarnos de nuevo en el relato: en la habitación con la mochila y dejando una comfortable cama en un hotel ya pagada. La única posibilidad de partir hacia el norte de Vietnam es largándose esa misma noche con un grupo de ocho personas y tomando un tren nocturno. De esa manera perdemos el confort del hotel por el balanceo del trenecito. Y aquí estamos, empaquetando un domingo a las ocho de la tarde para citarnos en algún lugar en la parte vieja de la ciudad con el resto de la expedición.

En la espera y sentado en la calle, trabo amistad con algunos de los comerciantes que venden comida. Hay algún que otro retraso y esto me permite charlar con alguno de los comerciantes ambulantes y buscavidas. Ellos se dedican a lo que se dedican y yo también. Se desentienden de mi y yo de ellos. Quiero mi tranquilidad y la encuentro observando a la gente que pasea sus rostros achinados y sus prisas... Tan solo dos chiquillos ensombrecen la prisa; juegan a dispararse con armas de plástico. Armamento kitsch, inofensivo pero desesperanzador. Estoy sentado, casi de cuclillas y armo un cigarro, es mi primero y último del día. Casi siempre funciona para hacer amiguitos. Uno de los vendedores me pregunta si es yerba y algunas cosas más. No habla inglés ni yo vietnamés. Alcanza una bolsa y arma una pipa, de mediano tamaño. Chupa y rechupa. Ahora es mi turno, me la ofrece y me alerta de que su mandanga coloca. Agarro la pipa artesanal y me lanzo. Mis chupes y rechupes son delicados, de cortesía. Tampoco es para tanto.

A mis espaldas la oficina donde hemos contratado nuestra excursión y donde debemos reunirnos con el grupo. Ya han llegado algunos de los expedicionarios – prefiero llamarlos así, ya que de esta manera le damos un carácter más exótico y aventurero a toda esta historia -. Todavía no se conocen, no nos conocemos y esperamos allí juntitos, expectantes. Yo permanezco sentado, aferrado a la pipa, restregando mis pantalones en una mugrienta calle y tratando de explicar alguna insensatez a otro tipo que tiene su puestecito delante de



la oficina y que también le da a la pipa. Hay combustión, chupeteo y un ligero colocón. Creo que algunos de los expedicionarios advierten que estoy en su grupo... Por fin asoma el responsable de conducirnos hasta la estación de ferrocarril de Hanoi. Allí nos reparten, como si de un campo de concentración se tratase, tú aquí y el otro allí. Empieza ya otra fiestecita en el vagón pero decido retirarme a tiempo, quiero dormir.

Noche en el tren con mi movimiento predilecto y el ronquido descosido de un americano que duerme en la litera de encima. 05:00 AM suena el despertador: Arrival to Sa Pa. Desde allí treinta y cinco kilómetros por una aterradora carreterucha que nos conduce hasta Sa Pa. Todavía está oscurecido y yo medio grogui, así que ni puedo ni quiero ver lo que ocurre en el exterior. Me ahorrará más de un disgusto, aunque como veremos no sucederá lo mismo a nuestro regreso... Sa Pa- también conocida con el nombre de la ciudad del silencio- es una localidad fronteriza y ubicada en el noroeste de Vietnam, a 1600 metros de altitud y bla, bla, bla. Datos y más datos, por si alguno de Ustedes los aprecia y no tiene suficientes en su confortable y feliz rutina diaria. No entre en estado de pánico, no voy a desmadrarme y provocar una avalancha de datos e información que pueda ocasionarle cualquier fisura en este idílica existencia. Bastante sobreinformados ya estamos!

Nuestro guía elaborará una lista concisa de todas las informaciones elementales a tener en cuenta: respeto por el entorno natural y sus gentes, nada de separarse airosamente del grupo durante las marchas y, sobretodo, nada de soltar un penique a los niños. Prohibidísimo. Cuatro pautas esenciales para emprender nuestra excursión de hoy. Diecisiete kilómetros a través del valle, el cual recorreremos a pie durante dos jornadas. Durante su recorrido, comprobaremos la amalgama de etnias que pueblan este valle y algunas de sus costumbres ancestrales. Durante todo este paseo campestre seremos acompañados por la atenta mirada de las montañas selváticas. En sus perfiles más bajos, faldones aterrizados por la mano del hombre de un color verde irreal. Su finalidad: el cultivo del arroz. Les suena? Seguro que ya han aparecido las primeras imágenes en su mente...



Con casi ya diecisiete kilómetros a mis espaldas, recorreremos el último tramo (ya en un descenso muy suave) hasta un recóndito lugar, una casa particular situada en medio del valle; sencilla, básica, limpia –y para mi sorpresa- extremadamente ordenada. No nos reciben con bailes regionales ni con tragos. El lugar lo regenta una familia que aprovecha el tirón del auge de turismo en la zona. Son cinco miembros a los que se le sumarán el abuelo, la abuela, los vecinos, los hijos de los vecinos y algún que otro sujeto. Nos acomodamos en la parte superior de la casa donde hay una especie de colchones en el suelo, mosquiteras y algunas mantas. Consigo deshacerme de mi mochila y coger una muda limpia. Me voy directo a la ducha, fría por cierto. Y ahora sí! Me sumo a la mesa donde tengo al resto del grupo. Ya han pedido cervezas, mejor dicho ya se han servido. Tome Usted lo que desee y pague Usted mañana. Otro pupurri internacional de gente: brasileros, americanos, Anita la suiza y yo, gallego. Veremos como atardece, el momento y el lugar lo merecen. Me siento vivo, muy vivo. Se acerca la hora de la cena y están por la labor. Me dejo caer por la casa y chafardeo. Aquí no hay caja tonta que presida la principal estancia de la casa. Aquí la gente no se neurotiza. Aquí no hay tele que valga! No hay presión mediática, ni tampoco pantalla que pueda escupir estracanas.

Empieza el Reality show: Una especie de no ficción desproporcionada que vapulea mi existencia en este paraje, en esta casa. Una versión rústica y doméstica del Gran Hermano. Me siento como un partcipe más. Algo quimérico... Pero no, voy a alcanzar mis quince minutos de infamia, de gloria, de borrachera de felicidad, de lo que sea, con tal de que justifiquen mi participación en todo este montaje turístico. Porque todo lo que aquí viva no deja de estar amañado y no está improvisado, pero resulta descaradamente genuino. Quiero anclar este momento en mi retina, amarrar cada uno de los fotogramas y que perduren en mi memoria. Dios no dejes que los olvide y ayúdame a reescribir esta historia. Dios no dejes que los olvide y ayúdame a reescribir esta historia...

(voz en off): Puedes relatarlo hijo. Da comienzo...





Les había ya puesto al corriente de que estaba duchadito con agua fría y empotrado ya en una mesa chapurreando inglés, también prosiguiendo con mi degustación internacional de cervezas y suelto, muy suelto. Hay un buen clima en el grupo. Somos pocos, bien avenidos y estamos gaseados con alguna sustancia alucinógena,- creo que debe ser la belleza del lugar-. Algunos niños corretean y se muestran a la expectativa por nuestra presencia, nos regalan sonrisas y se prestan a sentarse con nosotros. Nosotros seguimos charlando y aferrados a nuestra mesa, esperando a la hora de la cena. Alguien cocina en la casa. Algo se huele. Decido tomar mi cámara fotográfica y adentrarme en lo que ellos llaman cocina. Dos fuegos brotan del suelo, primer golpe seductor. El lugar está ennegrecido, es obvio que el espacio se utiliza también para ahumar, segundo. Y el resto del cuadro es fácil de imaginárselo; un suelo de tierra, la ausencia de mobiliario y electricidad, ollas y enseres de lo más variopinto y rupestre... etc, etc... Allí cocina una mujer. Maneja un palo con el que aviva y desaviva los fuegos. Dos chiquillos y algunos perros trastean por el lugar. Se sorprenden al ver que me siento al lado del fuego y miro como cocinan. Les debo parecer un marciano. Me ofrezco a cocinar, o a mover el palito. Me indican que puedo ir a buscar algunas bandejas con comida y traerlas. No quiero saber ni lo que es... El fuego y el lugar han tomado posesión de mi ser. Si el pelagatos del Jamie Oliver consiguiese entender lo que allí pasa, dejaría para el resto de su vida enseñarnos como hacer cocinitas. Aprovecho el interés de uno de los chavales por la cámara de fotos. Es el momento de volver a repetir el ejercicio, el truco de las fotos. Vamos a invertir el rol, de observador a observado, fotografiado. Me deshago del aparato y se lo enfundo con suma delicadeza. Cuidadosamente le muestro como disparar- y no precisamente balas-. Empieza el espectáculo. Se funde de emoción y le animo a que dispare. Así lo hace. Hay descaro en sus formas y nada de vergüenza; dispara y dispara... Ahora es el turno de su hermanito que también tiene curiosidad. Sigue el espectáculo. Le muestro su trabajo, las fotografías tomadas. Se las muestra a su madre, de la que ha tomado infinidad de fotografías. Yo ni me hubiese atrevido. Ahora es la hermana la que quiere disparar... Y yo sentado en el suelo, frente al fuego, junto al abuelo viendo como cocinan, como disparan y como sonrían de ilusión. No habrá corrido





mucho el tiempo cuando aparezcan algunos de los miembros del grupo de la expedición ofreciéndose a echar una mano. Aunque ya es tarde. Aún así, siempre hay algo por hacer; mirar el fuego, dejarse seducir por la autenticidad del lugar, contemplar el cuadro, etcétera. Es la hora de cenar. Nos emplazan en el comedor- si es que así se puede llamar- y desfilan los primeros platos: pollo y arroz, el resto es un indescifrable vaivén de comida que ni identifico ni quiero saber... Es hora de brindar y hace acto de presencia el Happy Water, el agua feliz; un licor elaborado de forma casera a base de arroz. Me chupo los dedos, me relamo y me vuelvo a ofrecer con descaro para seguir brindando y brindando. La noche se convierte en mágica.

Sa Pa. Segundo día.

Amanece, o, por lo menos, así lo creo. El americano ha roncado como un campeón. Un gato sin criterio alguno ha decidido ponerle maullidos, cuidadosamente escogidos, a nuestro descanso. Un gallo ha estado toda la puta noche cacareando mientras yo pensaba que amanecía y nunca se ponía el sol. Un perro también lo ha hecho y nadie ha dicho nada. Yo estuve a punto de saltar pero el Happy Water de la cena se había ya encargado de dejarme inútil, noqueado... Una especie de variedad moribunda la vivida durante la noche.

El recorrido trazado para el día de hoy es de doce kilómetros, algunos menos que la jornada anterior pero con un par de subidas jodidas. Me temo que una de las brasileras que nos acompaña sufrirá, y no precisamente de gusto. Hasta ahora lo que habíamos hecho era descender desde Sa Pa, alcanzar el valle y recorrerlo. Hoy seguiremos avanzando por el valle hasta que demos comienzo de nuevo la ascensión, nuestra deliberada penitencia y alcancemos, finalmente, otro paraje donde apenas se levantan una docena de casas. Y por supuesto un donde aprovecharemos para beber y comer, además de servir de cebo para los lugareños. De nuevo volverán a la carga tratando de colocarnos los productos más rocambolescos. Aunque en este caso, tradicionales del lugar y no Made in China.



En breve aparecerá nuestro transporte, un minibus destartado que nos llevará por una vertiginosa y estrecha carretera a nuestro punto de partida. Fin del tour y ya, de nuevo, en el hotel-posada. No queda tiempo para duchas que valgan, aunque sí para una cerveza en el bar de al lado viendo fútbol. Voy necesitado de un chute futbolero y hoy mi querida y estimada selección nacional de Vietnam disputa un partido con algún otro equipo de Asia. Han llegado a cuartos y, si vencen, se clasificarán para semifinales. Un hito histórico para el país. Todo está paralizado, y eso que se trata de la sub-21 y de la Copa de Asia... En media hora partimos por la misma carreterucha que nos condujo hasta aquí. Se inicia el descenso hacia el infierno, además se cierra el día. Nuestro conductor junto a su mujer, amante o business partner hacen una parada donde recogen a otro individuo que trata de visionar a golpe wifi el partido. No hay forma, pero decide comunicarse con algún colega por teléfono y seguir así el partido. La imaginación al poder! Mientras, seguimos descendiendo sin control, hay gritos y risas entre el conductor y el tipo que sigue y narra el partido. Debemos viajar unas veinte personas en el bus y nadie levanta ni mu, o por lo menos nadie se atreve, o no tiene los suficientes cojones de levantarle la voz al chinopelotudovietnamés. Adelantamientos sin sentido, pericia trasnochada, pitidos desfasados y conducción cañí. Un perfecto guión con todas las de ganar para producir una Road movie de serie B; concisa, cutre, vertiginosa y cargada de aceleración lisérgica... Y por supuesto, económica de rodar y aterradora. Y nosotros que seguimos descendiendo, dirigiéndonos de nuevo a la estación de tren. El silencio aplaca nuestra rebeldía y descontento. Una fiesta de tres, nuestro trío calavera gobernando bajo su euforia y desenfreno. Debo poner fin a esta excitación irracional. Grito y descargo mi disconformidad en un inglés descaradamente marcado por un acento alemán. Pido que deje de hacer el imbécil. Qué pare! Stop! Bitte, please Stop! Parece que se calman, aunque siguen con su particular fiesta anfetamínica escuchando la retransmisión deportiva. Ahora más moderados, pero vuelven a las andadas al llegar a la ciudad. Ya casi en nuestro punto de destino. Pero no me importa, aquí no hay precipicios que valgan. Un nuevo decorado se deja entrever: cientos o miles de personas en motocicletas, agitando banderas,



celebrando victoria futbolera. Me indican enorgullecidos el clamor y la fiesta que respira el lugar- claro, es obvio, pero me importa un carajo-. A esta locura ordinaria también estoy acostumbrado. Ahora nuestro vehículo ha quedado a merced de las masas, por lo menos no hay peligro de chocar frontalmente con otro vehículo. Quiero incidir en esta sensación de tranquilidad una vez entrado en la ciudad. Me siento infinitamente más calmadito. Pero ahora mi atención se centra en el tumulto, en la gran cantidad de banderas que se ven agitadas y ensalzan un patriotismo. El asunto se convierte en fanatismo. Algo calamitoso. Y lo observo desde mi autobús, que avanza muy pausadamente. Tiempo de reflexión y de bajada emocional- nuestro amigo el conductor y sus compinches observan la masa de una manera muy relajada-. Una vez alcanzada la cúspide hay que volver a tocar tierra, y eso es precisamente lo que tratan, también aparentar amabilidad, -tal vez caiga una propina-... También difuminar su éxtasis baboso, formulando algunas preguntas sobre nuestra afición al fútbol y sobre nuestra procedencia -pregunta encorsetada donde las haya-...

No hay tiempo para más. Llegamos a nuestro destino y subimos al tren. Hoy no hay fiestecita que valga, estamos reventados. Es tiempo para encerrarse en el compartimento, enfundarse en el saco y repasar el día. Me cuesta conciliar el sueño, todavía tengo muy presentes las imágenes del valle y su potencia. Me vuelve a venir a la cabeza la imagen de aquellos niños en los lodazales, hundidos hasta sus rodillas y haciendo repetitivamente prospecciones hasta dar con las anguilas. Luego las revenderán en algunos restaurantes de la zona y ganarán algunos miles de Dongs (al cambio unos céntimos de Euro). Una escena verdaderamente entrañable, como también las embaucadoras sonrisas de las mujeres con sus niños a cuestras, tratando de vender chatarra artesanal y de buscar novios o novias a los viajeros. Casi se me llevan... Y el chamán al que hemos podido visitar en su morada. Durante nuestro recorrido por el valle nuestro guía ha decidido abrirnos las puertas de la casa del mago. Nos han dictado una serie de normas que cumplir y respetar. He pedido poder tomar algunas fotografías y se me ha indicado expresamente de lo que puedo, cuando puedo y de lo que no. Mi cámara empieza a disparar.





El escenario, la tonalidad del interior de la vivienda oscila entre el gris oscuro y el negro pálido. Un lugar oscuro y más oscurecido por el humo que sin parar escupe la chimenea. Como telón de fondo un colchón sobre un suelo terroso y mucho desorden chamánico. Es el lugar donde nuestro querido amigo el chamán debe descansar. No me atrevo a fotografiar su piltra, - aunque puedo-. Cuelgan, de una pared de tabiques de madera maciza, algunas fotos de sus familiares y, como no, de la deidad de Ho Chi Minh. Conseguimos tomar asiento en una especie de taburetes diseñados para enanos, los menos rápidos deberán hacerlo en el suelo, los otros no. Ahora, nuestro chamán, prepara diversos mejunjes ante nuestra atenta mirada- él parece no inmutarse- mientras quien monitorea todo el cotarro es nuestro guía, quien nos explica la función del chamán en su cultura popular y el sentido de éste dentro de la comunidad. Mientras el grupo escucha atento y nuestro amigo manipula toda su parafernalia sagrada consigo sacar otras instantáneas, retratar otra realidad y salvaguardar, tras el objetivo, algunas de mis dudas sobre las capacidades reales del ser humano.

Ahora me apago y me fundo de felicidad dentro de mi saco de dormir. El tren vuelve a contornearse de la manera que más me gusta; atolondrado y suavcito, sin parada alguna. Duermo.

Hanoi, estoy otra vez aquí. Dame tu mano.

04:30 AM Una música vietnemesa, a toda castaña y amplificada con el culo, resuena en todos los vagones. A continuación la parrafada protocolaria: despierten de inmediato. En breves momentos llegaremos a Hanoi. Fin del trayecto. Gracias por haber viajado con nosotros y poco más. Me están invitando a que salte de mi litera, a que mueva el culo y a que tenga todo mi equipaje preparado para abandonar el tren. Bonito despertar, no?

05:00 AM Salida triunfal por la puerta de la estación central. Un avispero de taxistas esperando ansiosamente la llegada del ex-





tranjero. Aquí estamos de nuevo queridos Charlies. Llegamos para irnos. Parte de mi equipaje quedó custodiado en la oficina donde le di a la pipa. Allí vamos. Nos acompaña un chico estadounidense un poco raro que se aventuró a venir a Sa Pa. Un viajero solitario, un tanto sosete pero buen tipo. Ven cómo me las gasto etiquetando a un individuo? Él también optó por dejar parte de su equipaje en la oficina que nos organizó la farra en el valle. Le indicamos al Charlie el trayecto a seguir. Con diez minutos será suficiente para alcanzar nuestro destino. La ciudad todavía está adormecida, en fase catatónica, resacosa después de la celebración del pase a cuartos de final o el pase al más allá de su selección. Esta ciudad es otra cosa así de calladita y mansa. En breve volverá a ser un lugar trepidante y lanzará su propia blitzkrieg audiovisual. Dios me libre! Recojamos nuestras cosas y partamos ya de aquí.

Casi las 06:00 AM y aporreamos la puerta de metal –seguimos las instrucciones dadas-. Una chiquita con cara de haber estado durmiendo nos invita a pasar y desaparece. Hay un altillo donde hay mochilas, sobre unos estantes de madera de pino, una mesa y una cama que hace de sofá y de piltra de emergencia. Tomo posesión de esta, como si de un continente se tratase. Alguien está en la ducha, también la hay. Somos tres y alguien en la ducha, más la chica chinavietnamesa. Aporrean de nuevo la puerta y se unen al after hour una pareja de pijos cincuentones noruego. En el viaje de ida a Sa Pa ya habíamos compartido una botella de vino horrible vietnamés con ellos y entablado conversación. Pero volvamos a nuestro altillo. Ya hay suficiente quórum para jugar al Teto. Permaneceremos allí hasta que alguien nos indique que ya hay algún que otro lugar para tomar café. De pastas variadas, bocadillitos de jamón y croissants olvídense.

Hoy toca dinamitar el tiempo; vagar por la ciudad, ejercer de pasivo mirón y poco más. Algo más conspiranoico podría ser el dejarse reconducir hacia una suerte de ceguera sensorial y tratar de identificar reptilianos. Pero creo que lo dejaremos para otra jornada extraordinaria.



La mañana ya se ha convertido en tarde, una tarde donde no hay atardecer y que nos ofrece un vueloenganche a Bangkok. Con eso es suficiente. Quiero volar de aquí y cambiar de registro, reencontrarme con las sonrisitas thai. Antes de que toda esta lista de caprichitos se haga realidad hay que llegar al aeropuerto. Este nos brinda una sesión de aburrimiento bastardo. Son los mejores aburrimientos, los que se fraguan en las terminales. Algo similar a la de entrar en alfa. Ese estado limítrofe, entre la consciencia y la inconsciencia, un estado proclive a la ensoñación: la panacea. Con el tiempo suficiente hasta me atrevería a convocar en la mismísima terminal a la figura de Ho Chi Minh. Una performance fantasmagórica para despedirse de mi querido Vietnam. Pero antes de despedidas y estados que resultan ser la panacea, debo invocar a mi angelito de la guarda que, de nuevo y una vez más, se porta como un campeón. En el obligatorio e ineludible control de seguridad y, desfilando por él como una puerca diva, mi mochila pita. Una especie de sinfonía dodecafónica ha puesto en alerta a uno, dos y tres agentes de seguridad. El responsable: mi artefacto suizo mil usos. Una navajita jovial e inofensiva, rojita de color y con una cruz blanca impresa en su lomito. No han tardado en apartarme de la fila y en yo pensar que eso es fruto del despiste de un exfumeta. Me indican que debo dejar el arma allí, para siempre. Y un huevo! -pienso yo-. Mi navaja antichungos, abrelatas, tijeritas, pinzaschulis, etc... No se queda aquí ni por asomo. Hay movidón en el escenario. Decido, con muy buenas formas, explicarle, a uno de los Charlies agentes de aduana, que ha sido un descuido, que es un regalo de mi querida hija y que, por favor, me indique como puedo volver a dejar mi arma en mi equipaje ya facturado... Movidón en el escenario, como les he dicho y movidón entre el personal. Hay diferentes interpretaciones del caso. Intuyo que a un par de ellos se la resuda todo y a otro de los agentes no. Me indican que desaparezca y que regrese de nuevo en un rato. Al parecer deben deliberar entre ellos, rollito "Doce hombres sin piedad"- (Sidney Lumet, 1957) pero en versión Asian Trash Cinema. Dejo pasar cinco, o tal vez diez, para que deliberen con parsimonia y volver a la carga, pero ahora enfundado en un halo de convicción y desenfreno de autoestima. Vamos Santiago, la carretera nacional es tuya! De nuevo aparezco en escena y me clavan sus mira-



das... El veredicto no es claro... Debo tomar mi arma y acompañado de dos agentes, deben estampar en algún lugar un sello, luego otro y, de nuevo, regresar. Allí, un tercer y un cuarto agente verificarán algo indescifrable para mi, que supongo debe estar codificado en el sello. Si todo está en orden podré salir del recinto de seguridad- acompañado de nuevo por mis dos colegasagentescharlies – e intentar que mi mochila facturada la repesquen. Si eso ocurre, podré meter mi arma en mi gran mochila y lanzarla al espacio, hasta Bangkok. Pero en el caso de que mi gran mochila esté ya en cualquiera de las cintas transportadoras dando vueltas o en la bodega del avión resultará imposible que mi arma me acompañe para el resto de mi vida. Deberá permanecer en Vietnam y formar parte de su idiosincrasia. Afortunadamente pudimos repescar la mochila en una de las cintas y dejar el arma, blanca para detallar más el objeto, aunque roja si nos referimos al color. Vuelta de nuevo por todo el control con mis colegas y, de nuevo, santiguarme bajo el scanner y despedida, casi emotiva y fraternal. Adiós Charlies, Ciao ciao Vietnam.

Apenas hora y media de vuelo y, de nuevo, por segunda vez, en mi Bangkok querido. Lo que caracteriza a esta ciudad, como a casi todas, es su colosal tráfico. La entrada se prolonga y el taxista nos pasea por media ciudad. Le corrijo el rumbo y le pido muy amablemente que deje de dar vueltas, volvemos de nuevo a la zona donde estuvimos alojados casi un mes antes; en el barrio de Banglumphu.

Bangkok, mi peluquero preferido y yo.

Despertar en esta ciudad es como convertirse de la noche a la mañana en una estrella pop. Consigo pasearme por sus calles a lo Richard Ashcroft interpretando 'Bitter Sweet Symphony'. Salto harto de felicidad, los primeros olores característicos de la calle se anudan ya a mi garganta, una sensación extraña que apenas dura dos minutos. Luego a desayunar a una croissanteria, pasear de nuevo por sus barrios, lavar ropa en un puestecito en plena calle y acudir de nuevo a mi peluquero después de tres semanas (noventa Bhats el corte de pelo con





toqueteo facial, al cambio unos tres euros). Para su sorpresa vuelvo a caerle en la Pelu. Creo que me reconoce, sonrío –como es acostumbrado aquí– y me hace tomar asiento. La fauna autóctona es variada; dos chavales, un par de tipos y poco más. Dedo esperar mi turno. Pasarán los minutos y la hora. De fondo un acuario medio vacío, retratos de Maha Vajiralongkorn, el polémico sucesor del rey Bhumibol, imágenes de Budha junto a las de modelos masculinos descubriendo sus cortes de pelo y marcando tendencia, realeza, mística y beauty, un popurri entre lo empíreo y lo terrenal deleita mi espera. Miro, remiro y vuelvo a requetemirar. Aquí no hay prisa, hay mucha precisión y esmero en el corte, en el afeitado y en el masajito facial que viene precedido por la aplicación de unas toallitas (previamente) frías, para después aplicar otras tibias o calientes. Tratará de explicarme esto último, pero, dado mi poco nivel de tailandés, no habrá forma. Posteriormente descubriré que la verbenilla esta de aplicar toallitas sobre el rostro es una forma de eliminar las impurezas, grasas y espinillas, dejando así una piel luminosa. Quieren salir a pasear conmigo por las calles de Bangkok? Yo me siento listo para hacerlo. Síganme, y ahora juntos entonemos de nuevo el ‘Bitter Sweet Symphony’.

El resto de la jornada, cuando Ustedes me abandonen, pasearé mi fisonomía, sodomizada a golpes de toallita, por la City. Luego partiré hasta el aeropuerto, aunque antes no dejaré de probar una vez más el tradicional Pad Thai y no aborrecerlo. El viaje hacia el Este continua. Casi once horas de vuelo por delante y la curiosidad de pisar un nuevo continente: Oceanía.





PARTE 2

Nueva Zelanda.
Un lugar al otro lado de mi mundo. Seguimos rumbo
hacia el Este.





Santiago Fernández





Nueva Zelanda desde el cielo, primera impresión.

Bella, profundamente bella. Desde las alturas se abren las primeras imágenes de este lugar. No he cogido asiento en la ventanilla. Anita, sí. Me abalanzo y baño de aliento los cristales de un Boeing o de un Stuka, o vaya Usted a saber... No soy un pirado de las aeronaves pero si conservo la manía de abalanzarme a los cristales cuando vuelo y mirar desde lo alto. Y a vista de pájaro Nueva Zelanda no siembra duda alguna de las ya certeras y bien cacareadas comparaciones con la Confederación Helvética: el verde impoluto, los campos delineados, sus trazados urbanísticos y el omnipresente Océano coloreando sus costas. Esta última característica del país oceánico marca la destacable diferencia con mi querida y bien amada Suiza. El azul, el gran azul, empuja a la ciudad de Auckland hasta empotrarla en la bahía. Ahora hay que bajar. Me santifico aunque nunca lo hago. Hoy es la belleza del lugar lo que me ha llevado hacerlo. Un aterrizaje perfecto y colas casi perfectas. Casi tres horas de colas interminables, controles y más controles ralentizan nuestra caída. La elección de una cola, A o B puede tener consecuencias nefastas. La elección no es la correcta. La fila A se convierte en un endemoniado contratiempo. A veces suele ocurrir. A todo esto debo sumarle el cansancio. No he vuelto a pegar ojo durante el vuelo. Me desmorono por momentos.

Conseguimos abrirnos paso hasta la puerta de salida y tomar un bus. Un conductor medio insulso, medio soso, nos indica que hasta la dirección que le mostramos nos llevará una media hora, más el paseito de rigor. Eso significará casi una hora más, la cual me parecerán veinte. Esto es el viaje. El viajecito feliz.

Por fin conseguimos acomodarnos. Esta vez en una casa particular. Bonita muy bonita, de arquitectura claramente victoriana, seguro que tiene un porrón de años. Sus suelos de madera crujen como condenados y su interiorismo antediluviano resulta hasta mono. Debo precisar la infinidad de detalles que, indudablemente, indican que allí viven artistas... Una cantidad inmensa de cuadros, de todas las épocas y estilos, y también otro innumerable conjunto de





piezas de cerámica y no cerámica se reparten por cualquier mueble o espacio dispuesto a exhibirlas. Y el piano, con su marcada presencia, que, afianzado en una de las esquinas de un gran salón, revela la pasión musical de la familia. No dudo en pasearme por la estancia y ver como allí juega la nieta de nuestros anfitriones. Le saludo de una manera cariñosa y distante. No quiero parecer un turistaviajeroboboso. Más tarde trataré de hacerle uno de mis vulgares trucos de magia que, aunque triviales, siempre despiertan la admiración o la sorpresa de un niño. Quiero reseñar que, en un porcentaje muy amplio, siempre resulta un recurso infalible el del truquito de magia. Pueden tomar nota, si es que es de su agrado.

Mientras mi curiosidad me lleva por el salón John me comenta que podemos utilizarlo y que no es un área restringida en su casa. Me quedo más tranquilo sabiendo que no estoy en una pseudo Área 51 o que tampoco se trata de la morada de un ancianito con aires de Psycho Killer. Empieza a caerme bien el tipo. Pero quién es John? John es el jefe de todo este berenjenal. Es su casa y la de su esposa Janet. Ambos están ya retirados y alquilan un par de habitaciones de su gran y bonita casa en Airbnb. Sea temporada alta y no tan alta reciben a viajeros, turistas, familiares y toda cosa que se mueva. Un encanto de anfitriones, de los que además puedo decir que tienen muy buenas referencias en la susodicha plataforma de hospedaje. Y ahora que sabemos con quien nos las gastamos, aparece su hija “la chola kiwi Kate” y su yerno, un japonés llamado Tako. Hay superpoblación en la casa y también un desorden muy bien llevado. En el salón florecen los juguetes y en la gran cocina se amontonan ordenadamente cientos de objetos y demás cacharrería de cocina. Aquí hay vida, y mucha.

Desde hace una temporada la hija, el yerno japo y su nietecita viven en la casa. Durante varios años lo hicieron en Japón, pero algunas circunstancias cambiaron su modelo y decidieron dar el salto al culo del mundo. De una isla a otra. Con este cuadro es con el que nos encontramos después de cruzar el Pacífico. Hechas las presentaciones, subimos a nuestra estancia y arrojamos las mochilas en un lugar cualquiera. La cama, la esquivo. No quiero seguir desregulando mi existencia.





Si consigo caer en sus garras puede ser que no me levante hasta el día siguiente, o que lo haga a una hora intempestiva. Y por momentos me imagino, a las cuatro de la mañana, inflado a brandy en el salón de John y aporreando su piano. Creo que es mejor desestimar esta idea y salir a caminar un rato por este barrio burgués. Necesito mover mis piernas, esperar que caiga la noche, cenar, tomar un vino y dormir.

Es tiempo para descender las escaleras y recaer de nuevo en la cocina. Casi todo lo que acontece en esta casa es en este lugar. La chola kiwi Kate está dando de merendar a su hijita y decido interrumpir ese momento tan emocionante y lo hago con una de las preguntas más repelentes y sobadas para perforar un bloque de hielo: sabes de algunas actividades que podemos hacer durante la tarde, sin alejarnos del lugar... ? Hasta a mí me entra la puta risa... Kate, como la llamaremos a partir de ahora, no se lo piensa dos veces. En estos momentos le interesa una porra la merienda de su hija y prefiere volcarse en cuerpo y alma hablando de si misma y del barrio, de algunos lugares para visitar y de lo que haga falta. Mientras, su pequeña Lily no atiende a nada, excepto a los dibujos animados que desfilan por un iPad.

Apenas quince minutos nos separan de Mount Eden. Un lugar privilegiado y desde donde puede divisarse toda la ciudad. Allí permanezco, imaginándome la edificación de sus primeras casas, la construcción de su puerto, de sus astilleros, de su flota pesquera y comercial. Retrocedo a épocas pasadas, a la llegada de los primeros colonos. Puedo imaginar los esbeltos navíos de línea y las fragatas a vela, cargados de hombres afanados por encontrar una nueva vida en el culo del mundo. Familias enteras, ilusiones, fugitivos, románticos y sinvergüenzas desembarcando en aquel lugar... Auckland. Y yo allá arriba mitificando o desmitificando la historia, también en el culo del mundo. Pero sigamos con el plan, habíamos dicho que era el de caminar, cenar y ...

Desciendo por la colina que me ha llevado a los siglos XVIII y XIX. A sus pies un núcleo urbano que forma parte del barrio donde estamos hospedados: Mount Eden. Allí podemos encontrar comer-



cios y restaurantes que es lo que nos interesa. Hacemos caso a las recomendaciones de Kate y John y picamos: un restaurantito italiano, petado hasta arriba, al que podemos acceder. No muy bueno y caro. Muy caro. Apenas me he tomado una copita de vino para no sentirme más idiota. Falsa elección, gajes del oficio. Regresamos habiendo caminado, cenado y tomado vino. Kate está en la cocina cuando llegamos. Está preparando la lista de las compras para preparar su fiesta de cumpleaños que lógicamente se celebra en la casa donde estamos hospedados. Nos ofrecemos en acompañarla hasta el supermercado para que haga algunas de las compras que tiene pendientes. Nosotros haremos lo mismo, aprovechamos que nos ha llevado en su coche para cargar algunas botellas de vino, cerveza y otras tonterías. De nuevo en la casa y con algunos deberes ya hechos, Kate, charlará y charlará con nosotros en la cocina, luego aparecerá su soso marido – o eso creo- y alargaremos un poco más la noche. Esto funciona.

Visitamos Auckland y la playa.

Pío, pío, pío... No me lo puedo creer pero es así. Pajaritos que iluminan con su canto mi despertar en el otro hemisferio. Solamente mi querido rey Felipe VI falta aquí, sirviéndome un desayuno continental y pidiéndome con ternura que disfrute el día.

El programa de hoy es claro e intuitivo: visita a la ciudad, lo que salga y, por la tarde, fiestita de cumpleaños. Apenas quince minutos, en un autobús público, nos separan del centro de la ciudad. Sin trafico, porque aquí no saben lo que es eso. El ejercicio para hoy es el de dejarse caer por sus calles hasta llegar al puerto y visitar ciertos puntos de interés. La opción de subir a la Sky Tower se desestima por ser demasiado cara... Mientras, Anita aprovechará para husmear el mundo comercial de la ciudad y practicar su inglés negociando lo innegociable. Yo decido abrirme paso entre un reguero de gente que se dirige con dirección al puerto, al parecer hay una fiesta que celebra la ciudad, pero mis intenciones son otras. Decido visitar el Museo Marítimo y conocer un poco más la historia del país, pero desde el ámbito



naval. Una vez ejercitada mi rutina cultural diaria, decido ofrecerme en cuerpo y alma a la fiesta que hoy se celebra. Es un evento de corte social y festivo, donde la ciudad de Auckland conmemora no sé qué aniversario. El lugar ideal para mezclarse con los kiwis (así es como se les conoce también a los neozelandeses) y poder observar sus manías y costumbres en ambientes festivos. Las actividades que allí pudimos encontrar fueron las que habitualmente se incluyen en este tipo de eventos: visitas guiadas por las instalaciones del puerto y el libre acceso a diferentes unidades navales de la marina neozelandesa. Un acto social con el consabido tinte patriótico... Apuesto por subirme a un carguero de reducidas dimensiones que se dedica a bordear el puerto. Una travesía que apenas dura cuarenta minutos pero que ofrece otra perspectiva de la ciudad. Al mismo tiempo, un marinero kiwi con cara de bribón nos cuenta, de viva voz, la historia del lugar y su importancia en el desarrollo del país y todas esas cosas. De un barco, el inevitable salto a otra de las apuestas atractivas: los puestos de comida que pueblan el recinto festivalero, música en vivo soplando versiones de los Beatles y sol, mucho sol. La nota anecdótica es la de un Stand donde, a disposición gratuita de todo visitante, turista o marciano, como si de ketchup o mayonesa se tratase, puede embadurnarse con crema de protección solar de una manera gratuita. Ni los suizos! Tomemos nota Matías...

Un kiwi nos ha indicado donde podemos encontrar playas. Hoy es un día festivo aquí y caluroso del copón. Así que se presenta un panorama de ocupación masiva. Distan a unos veinte minutos desde el centro de la ciudad y tomamos la opción. Una especie de Castelldefels pero con otros matices, como ahora veremos. Es una zona que se extiende varios kilómetros, donde la arena de la playa, árboles gigantescos y el césped más verde y refinado se ajustan de una manera amigable. El lugar se las trae... Por fin, ha llegado uno de los momentos esperados. No son ni uno, ni tres, son cientos o miles. Son maoríes, tostándose al sol, despojados de casi todo. Sonríen y lucen sus flamantes tatuajes, orgullosos de quienes son y lo que son, se cuecen a cervezas, familias enteras disfrutando de la festividad. Casi han tomado la playa y todo espacio viviente. Allí han desplegado sus tiendas, sus barbacoas, las coloridas



neveritas y todo lo que haga falta, para disfrutar de un agraciado día de verano rodeado de familiares y amigos. Alguien da más? Ni que decir tiene que sus pelotas ovaladas se pasean entre esas masas humanas, que a menudo chocan entre sí y que se ven, en algunas ocasiones, desquiciadas por el bote imprevisible que produce el balón. Juegan al rugby y pasan el día en familia, rollito dominguero. Son Maoríesdomingueros. No los miro, los observo con incredulidad.

Creo que me bañare y así lo hago. Primer chapuzón en el ojete del mundo. Consigo refrescarme y listo para dejarme caer en cualquier lugar con sombra y pasto verde. No tardo en encontrar mi sitio. Un lugar fresco, bonito, limpio y rodeado de familias divirtiéndose. Caigo seducido por el Reality. Esto es como el Corral de la Pacheca en versión austral. Sigo perplejo ante el cuadro y no dejo de mirarlos con una fascinación naif. Dejo que corra el tiempo y me atiborro a ver la televisión sin tenerla, cuando un balón, que no es oval, luce a lo lejos. A lo lejos... Aunque no tanto. Quiero pensar que juegan al fútbol. Así es. Son unos ocho o diez, de piel oscura, muy oscura. No dudo en acercarme y pedir el balón. No tardo en unirme a la fiestecita futbolera. Por primera vez en un mes que puedo tocar un balón. Asumo mi enganche a este deporte y a disfrutar supurando endorfinas mientras lo practico. El partido más esperado del lustro en la ciudad de Auckland da comienzo. No tardaremos mucho en engrosar nuestras filas. Un grupo de franceses que frecuentaban el parque ven rodar el balón y se unen al festival. No hay oficialidad en el evento pero si diversión y jugadas canallas -no como el rugby-. Tras casi una hora de risas, sudor y fútbol, damos por finalizado el partido y nos despedimos. Los africanos, todavía no exhaustos, deciden darse un bañito, los franceses regresan a la ciudad y partiremos con ellos. Es hora de acicalarse e irse de fiestecita. No me la puedo perder. Se acuerdan o no? Kate la hija de John celebra hoy su cuarenta y tres cumpleaños y lo celebra en su casita, en nuestra casita. Nos aproximamos y el murmullo delata que en lugar pasa algo. Así es. Los invitados, sus amigos, familiares, Cristo y su madre ya lo están festejando. Trataremos de eludir el momento y tener que saludar a toda la masa festivalera. Nos colaremos por la parte trasera de la casa y evitaremos el jardín, que



es donde precisamente se concentra todo el jolgorio. Finalmente conseguiremos llegar a nuestra habitación, coger aire, tomar una ducha fresca y hacer magia. Echaremos mano a una de nuestras mochilas y repescaremos algunos objetos comprados a lo largo de nuestro viaje para improvisar un regalo. Hay, sí o sí, que presentarse con un detalle. Consejo: nunca llegues a una fiesta con las manos vacías. Es la hora de descender y enfrentarse a una fiesta... Alrededor de veinte o treinta personas, entre parientes, amigos y enemigos, son los que nos esperan. Me han hecho falta diez minutos para tomar las riendas del evento y saltar al precipicio... Mi sonrisa ilumina el hemisferio sur.

Jucy nuestra nueva compañera.

Jucy es el nombre del coche furgoneta que hemos alquilado por siete días para recorrer parte de la isla norte. Jucy no pasa desapercibida. Sus colores son el verde kiwi y el violeta. Mis favoritos. Jucy me pone a prueba. Acabamos de llegar al lugar donde la recogeremos. No puede ser otro que el de un garaje gigante donde alquilan todo este tipo de vehículos, de diferentes modelos y características para practicar el Camping. Lo que caracteriza a todos estos vehículos son sus colores. Como un mantra gráfico se repiten en cada una de sus unidades móviles, en las chaquetas de sus empleados, en las oficinas, en los lavabos. Demasiado para mi universo coloreado, atormentarlo con el verde kiwi y el violeta (Chakra número 7) los adaptaré como mis colores favoritos. Pero solamente por una sola semana (periodo por el cual tendrá vigor nuestro contrato con los Jucy Autos). Cuanto antes deseo salir de aquí y pisar el acelerador.

Vamos a las gestiones de rigor. Antes de la entrega: leer papeles en inglés, mucha letra pequeña, firmar, autenticar el carnet de conducir internacional, rellenar un formulario en el que debo de marcar la casilla de que no estoy acostumbrado, ni a conducir coches automáticos ni tampoco a conducir por la izquierda. Pero esto no acaba aquí. Ahora se produce la entrega de nuestra Jucy y nos recuerdan que hay que poner gasolina, que hay una rueda de repuesto, que si la





nevera esto, que si la cama lo otro, etc... etc... Llegamos a la apertura y cierre de una de las puertas laterales y, hostia! Nuestra nena está jodida. No hay manera de cerrar o abrir esa puerta de una manera normal. Debo sacudirla casi con violencia para que encaje y cierre. Probamos una y otra vez... Y no hay forma. Aun así nos intentan convencer que con paciencia y tacto se puede. De una manera muy cortés les hago saber que mi paciencia se esfuma cuando piso un hemisferio que no es el mío. Aceptan a regañadientes y uno de los operarios nos trae a otra nena, a otra Jucy. De nuevo el rutinario control de todo elemento controlable y descontrolable. Chequeo, verificación, descontrol, monitorización y supervisión... Volvamos a controlar lo incontrolable, a que todo esté en perfecto orden y dispares, por favor. Quiero el pistoletazo de salida: rumbo a la península de Coromandel.

Llevo conduciendo como un par de horas y voy más tenso que un chino en su día libre. No consigo acostumbrarme a conducir por la maldita izquierda! Cuando aparece una rotonda tiemblo de pánico, adelantar ni por asomo. Me pego a mi TomTom que me guía en un perfecto en ingles. No hay manera de poderlo configurar para que me hable como una señora de Cuenca. Si por lo menos tuviese la voz de Scott Walker... No, Santiago, olvídate y mira hacia delante, no te me despistes. Más tarde, cuando redactaba estas líneas, tuve la curiosidad de saber el motivo por el cual en algunos países anglosajones conducen por la maldita izquierda. La respuesta es que, al parecer, esta gilipollez se remonta a los antepasados ingleses, las llamadas sociedades feudales. Donde los señores feudales cabalgaban por la izquierda, el mismo lado en el que llevaban su espada. Así, al cruzarse con algún enemigo, podían desenvainar y defenderse con la mano derecha. En nuestro caso no hay ni espada ni trabuco que valga. Lo único que llevamos como carga adicional son dos sillas plegables de camping y una mesa que hemos alquilado y que forman parte del universo Jucy. Pero como veremos mas adelante, ni eso...

Conduzco y conduzco por la izquierda. Finalmente la península de Coromandel se abre ante mis ojos. Paro unas cuatro o cinco veces. Y vuelvo a parar. Es lo único a lo que me atrevo. Me urge mirar





con incredulidad el paisaje y relamerme. Todo lo que me habían dicho es verdad. Es algo tan bonito... Otros patrones de belleza. Pero no nos perdamos en la belleza y discurramos por la carreterita que bordea el mar. Es hora de buscar un lugar para pasar la noche. Flaqueo y debo desentenderme de mi tensión, destensarme bien. Recorro a la información que me facilita una aplicación, donde me marca las diferentes ubicaciones y todo el ADN de cada uno campings neozelandeses. Algo fabuloso para viajar por este país.

Llegada a nuestro primer camping del tour. Debo recordar que valoro tres factores para la elección del destino: precio, distancia y ubicación. Más tarde adoptaré un cuarto, que será el de leer los comentarios que escupen otros campistas. Pero ahora es el momento de pisar la recepción y pedir amablemente una plaza. Afirmativo. Parece que hemos dado en el clavo. Se abre la puerta y es como si se produjera la apertura del telón. Señores y Señoras da comienzo la función. Este es un lugar donde se puede acampar y también donde se pueden meter embarcaciones de pesca. Su privilegiada ubicación, en primera línea de mar, y la abundante pesca hacen que sea un lugar deseado por los campistas-pescadores. Al fondo, muy al fondo, en uno de los espacios libres que todavía quedan, divisamos nuestra plaza. Esto hay que celebrarlo! Llegamos sanos y salvos a un lugar vivo, bello y todavía con las luces del atardecer, justo para contemplar la puesta de sol y tomar una copa de vino. Pero como ya les anunciaba con anterioridad, ni sillitas ni mesita ni nada. Con el cambio de vehículo, se quedaron en el otro. Procedieron a entregarnos una nueva Jucy y nadie controló nada. Mi única obsesión era salir cagando leches de aquel garaje y perder de vista a sus empleados. Ahora, me animo a pensar que ellos también. Así que ahora me veo en mi paradisíaco camping, enfrente del mar y sin mi dotación de mobiliario contratado para la ocasión... Me enfurezco y me cago en todos los maories de este planeta. Malditos! Trato de olvidarlo saliendo a caminar, tratando de ahuyentar a los malos espíritus, buscando de catapultar mi mala hostia hacia el mar. Borrón y cuenta nueva. No hay sillitas que valgan, búscate otro lugar donde poner tu culo y sal al mundo a ver que pasa...





Uno, dos, tres y así hasta treinta. No nos faltaron ni treinta pasos, hasta que divisamos un grupo de maoríes agrupados en una gran mesa disfrutando como enanos del atardecer. No tardan en sonreír y preguntar de donde venimos. Significa que es un salvoconducto para entrar en su fiesta. Lo agarras o te esfumas del lugar. No tengo ninguna duda en aceptar la invitación y sentarme en su mesa. Toman cerveza, nosotros también. Cae la tarde y el sol. Por fin sonrío, esto es otra cosa. Estamos bajo el cobijo de un Pohutukawa, un árbol gigante, escuchando las diferentes historias que aquellas gentes nos relatan. El tiempo y mis sonrisas se dilatan. Ya es de noche y hoy será la primera vez que seamos tres: Anita, Jucy y yo. No es muy tarde, cierro los ojos.

Península de Coromandel.

El trasteo de algunas de las embarcaciones me despierta. Nuestros amigos se ponen en marcha, salen a pescar. Intuyo, que detrás de esta modalidad deportiva buscan la relación con el océano. Forma parte de la idiosincrasia del pueblo maorí.

Los primeros rayos de luz atraviesan como cuchillos las delgadas cortinas que nos protegen del astro rey. Solamente necesito de algunos pasos en dirección a un río de agua dulce que atraviesa el camping y que desemboca vagamente en una de sus playas para darme un estimulante baño. No les miento. Me zambullo en sus aguas cristalinas, emulando el acto del bautismo. Puedo escoger también la playa pero encuentro en el río un elemento más próximo al simbolismo y al acto del bautismo que ronda por mi cabeza. Los simbolistas consideran que la obra de arte equivale a una emoción provocada por la experiencia.

El plan de recorrer la Península de Coromandel y dirigirnos hacia el sur hace que tengamos que abandonar nuestro camping familiar rollito maorí. Pena, penita, pena... Y así lo haremos. Nos vamos, desaparecemos entre tanta belleza para costear durante algunas decenas de kilómetros la península y dejarnos caer por algunos de los lugares





de obligada visita: Whangapoua, Matarangi, Kuaotunu, Whitianga y la obligatoria excursión a la Cathedral Cove. Sí, la que tienen algunos de Ustedes como escritorio en Windows. Todo un clásico. Mi fascinación no decae. La exuberante y particular naturaleza del lugar se sigue mostrando descocada. Es brava y descarada. Orbito en este lugar.

Esta noche dormiremos en un camping de surfistas y gente así. Todo muy buena onda, requetechevere, gente joven casi aspirando a convertirse en semidioses, un conserje que nunca aparece y que siempre tiene colgadito el cartel de que "está en la playa" y esas cosas. Una cocina animada y cuatro detallitos más, que hacen que nuestra estancia sea confortable y también inadvertida.

Papamoa Beach.

Desde algún punto que no consigo recordar de la península de Coromandel, el obligado rumbo hacia el suroeste nos lleva por Katikati, Te Pura y Tauranga. El día de hoy se antoja nublado y espeso, como mi cabeza. Quiero volver a recordar que nos movemos por aplicaciones que previamente hemos instalado en nuestros teléfonos y no por los clásicos mapas desplegados. Aunque debería mencionar que Anita, fiel a sus costumbres, ocasionalmente saca su guía tipo libro y consulta algunas informaciones de vital importancia, o por lo menos así me lo hace creer. Pero volvamos otra vez a la carretera y al desliz, al "sin querer" y al "por equivocación"...

Llegamos a Papamoa Beach. El cielo está nublado, se le antoja estar así. Siento estar como el cielo, pero sin quererlo. El trágico error de no haber leído detenidamente los comentarios de otros campistas y la descripción del propio alojamiento, hacen que lleguemos al infierno, nunca mejor dicho. Siguiendo la dirección indicada por la App, nos presentamos con nuestra Jucy ante un cartel. Me sorprende la discreción del cartel para ser un camping. Aquí no hay banderitas de colores que se alboroten al viento. Anita entra en la recepción y yo espero en mi amada Jucy. Anita sale de la recepción y me dice que



ya podemos entrar, que el precio le parece correcto y que hay plaza, ya la tenemos asignada. Pero que hay un problema... En este lugar hay muchas normas... Querido lector, se lo vuelvo a explicar de otra manera: Anita entró, preguntó por una plaza, le dijeron que sí. Ella pagó y a continuación le asignaron la plaza. Hasta aquí todo el trabajo de nuestra recepcionista irreprochable, impecable, divino... Y una vez pagada la reserva, la lista infinita y diabólica de las cosas que allí "no están permitidas" coge cuerpo. La situación ya se trastoca; hemos reservado, pagado y no hay marcha atrás. Bueno sí, largarse y perder setenta pavos. Pero hoy no tengo un día donde los ataques viscerales marquen mi existencia y desisto de seguir buscando en mi app. Veamos ahora las consecuencias de haber sido noqueado por la desidia. Nuestra entrada triunfal: Nos advierten de inmediato de la prohibición de fumar en cualquier lugar. Incluso al aire libre y tirados a la bartola contemplando las estrellas del firmamento. Algo que no acostumbramos a hacer, pero que te lo prohíban, jode. El consumir alcohol, ni por asomo. Ruidos a partir de las 22:00, penalizado por el azote de Dios. Por supuesto hay que limpiarse los pies con unas mangueras especiales de mierda cada vez que uno regresa de la playa, agua caliente en las duchas temporizada - si te pasas te jodes y el agua fría limpiará el pecado- y así suma y sigue... El camping, un lugar de corte religioso profundo, cristiano para más inri, habilitado para poner tiendas, aparcar caravanas, también piscinitas, zonas de juegos y recreo y todo lo necesario para pasar unas vacaciones con la familia e ir a misa, se nos había atragantado. Aparco y decido inspeccionar el lugar. Quiero transmitir mis quejas a Dios. No hay ninguna posibilidad. Me queda confrontarme con otra realidad muy diferente que hasta la fecha me había imaginado: tufillo a secta, individuos desinflados, carteles informativos advirtiendo de las normas y unos tipos en cochecito rolo golfista paseándose e inspeccionando la zona para mantenerla libre de herejes. Un suplicio que durará media hora hasta que conseguimos instalarnos, dejar nuestras cosas y saltar del lugar para pasear por la playa de Papamoa. Espero a que atardezca, a que cierre el día. Mientras, y paseando por la playa, he podido ver varios carteles que advierten del riesgo de tsunami, de lo que hay que hacer y que vías de salida tomar. Es la primera vez que aflora



esta paranoia en mi, hasta ahora muy alejada de la realidad pero que aquí, dado el riesgo de terremotos, erupciones y tsunamis, se pone de manifiesto. De nuevo en el camping. Me limpio mis piecitos rebozaditos de arena antes de entrar. No fumaré aunque no lo hago habitualmente. Me ducho con un pip pip que agudiza mi agonía en el lugar y me encierro en mi Jucy. Desplegamos todo el cortinaje para evitar ser vistos y, de paso, prepararnos para dormir, aunque no antes sin brindar. Sí, he dicho brindar y además con alcohol. Hemos decidido descorchar una de las botellitas de vino que llevamos – por cierto vino neozelandés y muy rico-. Un tintorro de los kiwis. Celebraremos nuestra mala elección y haremos de un lugar de mierda un paraíso terrenal. Luego cerraré los ojos para despertar muy temprano y, a ser posible, salir de ese asqueroso lugar. Antes de cerrar los ojitos se reactiva en mi la idea de preparar una mochila con todo lo necesario: pasaportes, dinero, una muda, algunas otras cosas de mera subsistencia y calzado para correr, o volar. Si saltan las alarmas estamos a cien metros del mar. No quiero que me engulla una ola gigante en este camping de mierda, así que adopto la posición de prevengan y ahora sí, ahora sí que cierro los ojitos para descansar en paz. Cerca, muy cerca, al ladito de Dios y de mi mochila, por si las moscas...

Waimangu Volcanic Valley.

Primeras luces de un nuevo día y se produce la fuga. Hoy no es una partida cualquiera, es un largarse, una fuga como he dicho antes. Piernas para que os quiero! Adiós a este espantoso lugar: Pacific Christian Holiday Camp... Hasta nunca!

Afortunadamente amanece y ponemos a nuestra Jucy en marcha. Es hora de largarse de este lugar. Apenas el sol levanta ya estamos en camino con el fin de alcanzar el Waimangu, un valle volcánico. La intención es la de visitar un poblado maorí –simulado, lógicamente- donde explican su historia, danzas, vestimentas, ancestros, creencias y todo ese encaje empaquetado para el turista. Muy cerca de Rotorua, un centro de interés turístico que también ofrece unas





aguas termales que revitalizan cualquier alma. A las puertas del lugar, decidimos retirarnos. No estoy para demasiado cachondeo después de lo de ayer. La entrada al recinto está ya repleta de autobuses y de grupos organizados dispuestos a darse un chapuzón termal. Dejamos Rotorua a nuestras espaldas y nos adentramos hacia el centro de la isla norte, dirección al valle.

Helechos como nunca los he visto, musgos infinitos, majestuosos bosques de hojas perenne y toda la flora verde clorofila que uno se pueda imaginar allí está. Al completo. Gracias al madrugón no encontramos tráfico alguno para acceder al valle y menos aglomeraciones disparatadas de gente para acceder a “esta” atracción. Hay una caseta prefabricada al lado un restaurantito y los pertinentes Souvenirs. Todo muy bien puesto. Dos chicas o tres atienden medio amablemente y se dedican hacer caja -obviously- para poder acceder a la zona volcánica. El pago es de obligada condición. Y qué es lo que hay allí? Pues movida, mucha movida. El lugar sísmicamente es requeteactivo. El valle es relativamente joven, no mas de ciento treinta años. En el año 1886, cuando el volcán Tarawera se despierta y entra en erupción, se levantó todo el valle de forma violenta, formando nuevos cráteres y géisers. El prodigioso resultado: un lugar plagado de contrastes naturales que son los que ofrece el lugar, y que lógicamente se pueden visitar en esta excursión de duración aproximada de tres horas.

Perdemos de vista el valle y seguimos con rumbo sur, adentrándonos en la isla hasta llegar a la ciudad-pueblo de Taupo. Un lugar típicamente turístico, aunque sin castillos ni murallas pero con encanto. Seguimos a la búsqueda de camping. Venimos dirigidos hasta aquí por nuestra aplicación campera. Y ding dong, los soniditos de la suerte... Un camping simpaticón, familiar y con algunas casitas prefabricadas donde hay gente que vive provisionalmente. Allí conoceremos a nuestro gran amigo Ash. Pero esto viene luego, no quiero hacer spoiler. Saldremos a pasear por los alrededores y nos dejamos caer hasta las inmediaciones de lo que es el atractivo de Taupo. Su lago descomunal de aguas color turquesa bordea nuestra ciudad-





pueblo. Desprovisto de toalla, bañador y los enseres pertinentes para mi baño decido posponerlo para otro día. Mientras tanto miro con incredulidad la escena. Quiero recordar que si me sumerjo en el agua debo usar mis taponos para cuidar mis oídos de un posible brote inflamatorio que vuelva a sacudirme. Esperaré...

Empieza atardecer. Es hora de volver a nuestra cocina comunitaria que ofrece el camping y cocinar. Es un buen punto para trabar amistades e informarse de algunos lugares de interés. Como veremos eso sucederá de una forma rápida, relativamente fácil. Ash, nuestro todavía no amigo ni conocido, se aferra a su botella de sidra, fuma y se distrae mirando a no sé donde. Parece un tipo interesante, lo delatan sus gestos y su mirada de golfo entrañable... Creo que puedo asaltarlo con el truco del mechero. Es el momento de acercarme y pedirle fuego, y, de paso, resolver una duda que me asalta desde hace algunas horas. Apenas sin tabaco de liar, hoy he tratado de comprar un paquete de veinticinco o treinta gramos en un supermercado. El resultado del desencuentro: me han mirado como a un perro verde y he desistido hacerlo. Todavía me queda lo suficiente como para liar un par de cigarrillos. El precio me ha parecido desproporcionado, requeteloco. Ahora es el momento de corroborar que el precio que me han dado es el correcto y no se trata de un timo.

Ash fuma y bebe tranquilo como ya les he dicho. Me dirijo a él en un inglés muy formal, casi exquisito, rimbombante, exagerado. Trato de agradarle haciéndome pasar por el turista correcto pero despistado, enrollado... Me la juego a que me envíe a tomar por culo, pero en inglés. Veamos que acontece. Desean apostar? No, no hace falta que lo hagan, continúen leyendo por favor. Creo que le he caído bien. Me ofrece su mechero y prendo mi cigarrito. Ya solo me queda uno, también algunas boquillas y papel de fumar. Hello my name is Santi... y bla, bla, bla. Estoy en el camping y me gustaría comprar tabaco. Sabes de algún lugar? Me indica el mismo lugar de donde me largé. Le contesto que lo conozco y que los precios del tabaco me parecen una salvajada. Insisto en que me pueda indicarme otro lugar diferente a ése. A partir de aquí me ofrecerá un cigarrito para que lo





líe, brindaremos por el mundo y me resolverá la duda. En efecto, no hay equivocaciones que valgan, todos los lugares en Nueva Zelanda son muy, muy caros si quieres comprar tabaco. Espero que cuando les diga lo que cuestan treinta gramos de tabaco, grabados con sus correspondientes impuestos, no se asombren o no me pongan la misma cara que yo puse al dependiente. Cuarenta y seis dólares neozelandeses, al cambio unos veintisiete euracos. Mi duda resuelta, aquí el vicio es caro. Ya estoy más relajado y ya sentado con Ash, conversando de la vida y viendo pasar el tiempo, tomándole el pulso al mundo.

Esta noche pondremos en marcha el grill, uno de los muchos que tenemos a nuestro alcance. Nuestro amigo se suma, alguien más también y de nuevo tocamos el cielo. Otra noche, y no cualquiera. Echo de menos una banda de gaiteros desafinados tocando un hit de The National o de la Velvet Underground para poner música a este gran aliento épico.

Huka Falls.

Dicen que la palabra Paz proviene del latín pax y que significa “acuerdo, pacto”. La paz viene siendo como un estado de quietud o de tranquilidad. Algo parecido a lo que siento en este lugar. Desde hace un poco más de un mes troto sin cesar y tengo la impresión de que el tiempo ha conseguido atraparme, o yo a él. Sufro de una parsimonia desgarbada, una adictiva desaceleración y nada de espasmos.

Hoy no hay plan. Puedo sentarme en cualquier lugar y despararramar el tiempo. Hoy no llueve, más tarde si que lo hará. Pero ahorita no y es una razón para poder pasear un rato antes de que se desate la tormenta. La información del parte meteorológico así lo indica y condiciona mis movimientos, aunque he de reconocer que no de una forma angustiada. Que venga lo que tenga que venir... pero vamos de paseo. Y que mejor que pasear hasta las Huka Falls. Un lugar de visita obligada a unos cuatro kilómetros de donde tengo mi culo. Acompañenme por favor.





Ya les advierto que no se trata de un paraíso perdido y enigmático, tampoco de la tierra prometida, pero sí de un enclave natural, bastante singular, donde se puede presenciar la fiereza de la propia naturaleza, con el contraste sosegado y plácido que muestran disimuladamente algunos de los lugares que recorreremos. Nuestro amigo Ash insistió en que no podíamos dejar pasar esta oportunidad, además de recordarnos e insistir en que debíamos darnos un chapuzón en las aguas termales. No ha tenido que repetirlo dos veces para organizar nuestro paseo y encontrarlas. Se pueden disfrutar sin pagar ni un chelín y hasta allí iremos. Antes la visita obligada a las cataratas, aunque preferiría dirigirme a ellas como tremendas cascadas de aguas transparentes y espumosas. El sonido es atronador pero su espectacularidad ni por asomo puede compararse con Iguazú (lugar en el que nunca estuve) o con las cataratas del Niagara, aunque no dejan de ser un auténtico espectáculo natural.

Una vez se disipado el ruido tremebundo que causa esa colisión desorbitada de agua, nos adentramos en una senda donde desde la que, durante dos horas, presenciaremos, una vez más, la majestuosidad de la naturaleza. Nuestro paseo de hoy, o excursioncita, es muy sosegada. Hoy siento mucha, mucha paz. Recuerdan que se lo había comentado?

Llueve y me mojo. Es el señuelo de que nuestra excursión finaliza. Y lo hace después de que hayamos completado todo el itinerario y de habernos zambullido en las aguas termales. Hasta entonces el tiempo, que se había mantenido nubloso y tristón, ahora ruge, y lo hace en forma de tormenta. Lo mejor es caer en un supermercado y abastecerse de huevos, vino y patatas, posteriormente regresar a mi camping preferido y encerrarse. La idea es la de tomar una buena posición en su gran cocina comunitaria y preparar una buena tortilla de patatas. Eso significa el pase a la gloria. Me pongo manos a la obra y empiezan a curiosear nuestros ya queridos vecinos, entre ellos Ash y los recolectores de miel la famosa Manuka, también una alemana que una vez tuvo un novio de Murcia y otros actores secundarios. Uno, dos y fiesta. Otra más y mañana no hay que madrugar. Un último





apunte antes de cerrar mis ojitos. Mientras repaso lo escrito durante el día de hoy me encuentro con una de las frases “cosecha propia” que me gustaría recuperar y que pongo a disposición de los lectores para que prueben a engancharla con algún tipo de música con aires farfolleros y ritmitos latinos pechugones y me ayuden –dicho sea de paso- a construir un hit que fusile, por ejemplo, al maldito y descompuesto “Despacito”. Que venga lo que tenga que venir... Que venga lo que tenga que venir...

Un lago de color azul esmeralda.

Hoy he podido intercambiar algunos mensajes con familiares y amigos informando de mis intenciones de subir a un volcán activo. Será la próxima jornada y, en grandes rasgos, podría definirlo como un trekking por el Tongariro. Una de las visitas obligadas para todos aquellos amantes del senderismo y de la naturaleza.

La espera dura ya dos días. Este ha sido el tiempo necesario para que las condiciones climáticas fueran las idóneas. Si no lo son, allí no sube ni Dios. La subida al Tongariro, según cuentan, es una de las excursiones más maravillosas que uno puede hacer. La diferencia de paisajes en su recorrido es de lo más extremo. El ascenso puede oscilar entre las seis y ocho horas y su grado medio de dificultad hace que sea apto para cualquier tipo de público, aunque se recomienda tener un poquito de condición. Tampoco hay que cargar con mochila, sacos, tienda, bártulos y provisiones para un par de días. Suficiente con una chaqueta y lo típico: crema solar a mansalva, jerseicito de repuesto, agua por un tubo, un par de bocatas, frutos secos y la pertinente botella de vino, todo un clásico en nuestras excursiones. Sin el preciado caldo rojo no se sube. Pero me parece que ya les estoy adelantando mucho de lo que mañana acontecerá.

La jornada de hoy se ciñe a pasear por la ciudad de Taupo y visitar de nuevo su lago color esmeralda molón. Y ninguna actividad más que pueda impresionar al lector o a mí mismo. Este es otro de los





momentos del viaje donde no me siento obligado a nada y en el que la cadencia, extremadamente lenta, de un tiempo inexorable, me mece sin prisas.

Pasan las horas y de nuevo me encuentro en la cocina de mi camping. Esta noche nuestro amigo Ash nos cocina un tradicional plato neozelandés: patatas, verduras y pescado. De nuevo se suma gente a la fiesta, y así la noche me arrastra hasta que por fin recapacito. Debo bajar, debo volver a tierra... La jornada de mañana se presenta dura y nos adentraremos en la tierra de Mordor. Verán Ustedes el porqué.

El sagrado Tongariro.

Despertador a las 04:30. Patada en el pecho. Arriba golfo! Todavía medio existo después de ayer. Un bus con capacidad para quince o veinte personas nos recoge puntualmente. La gran misión del conductor es lanzarnos hasta el punto de partida, a los pies de este volcán sagrado: el Tongariro. Todavía activo, es uno de los tres encuadrados en este parque nacional. Los otros dos volcanes son el Ngauruhue y el Ruapehu. Y para los fervientes cinéfilos y amantes de la obra de Peter Jackson les informo que el lugar fue escogido como localización de Mordor, la Tierra de la Sombra en las películas de El Señor de los Anillos . Y tras este breve, brevísimo preámbulo, nos vamos de excursión: 19,4 kilómetros en total. Una travesía que dura entre seis o siete horas. Esto dependerá de las condiciones físicas de cada uno y de las climáticas. Y durante todas estas horas qué se puede ver? Pues desde paisajes lunares, lagunas de agua color esmeralda, bosques de un verde inusual y excursionistas. Esto es lo que caracteriza a este lugar, el contraste tan marcado entre los diferentes escenarios naturales, la diversidad y extrema rapidez con que se producen los cambios en el paisaje así como la fascinante organización para gestionar excursionistas.

Consigo clavar mi estandarte con la cruz de Santiago y la cara de Sito Miñanco en la cima. Estoy arriba, física y espiritualmente.





Ahora toca descender. Como es arriba, es abajo. Como es abajo, es arriba. Quiero apuntar que este principio se manifiesta en los tres Grandes Planos: el Físico, el Mental y el Espiritual (es uno de los siete principios contemplados en El Kybalión). Y yo todavía en el pico esperando a brindar. Siento decir que no hay brindis que valga. Se avecina mucha lluvia y viento. Hay que bajar. Campamento base, me reciben? No es una situación de urgencia pero no quiero calarme hasta los calzoncillos. Viendo el panorama iniciamos el descenso. En efecto, a casi una hora y media de nuestra llegada, se desabrochan el cielo y Tawhiri, el Dios maorí del viento y las tormentas. Escupe lluvia y viento. No creo que deba estar enojado conmigo, quiero pensar que posiblemente sea uno de sus esporádicos arranques de cólera y nada más. De llegada al punto de recogida, a los pies de este lugar sagrado, totalmente empapado, trato de enmarcar los recuerdos de esta experiencia y ponerlos en orden. Sin duda que van a perdurar en mi memoria. Por la noche, y ya de regreso a nuestro camping, celebraremos el haber hecho cabrear a Tawhiri, etcétera, etcétera... Se vuelve alargar la noche entre celebraciones y despedidas.





PARTE 3

América y de nuevo la vieja Europa





Auckland – Santiago de Chile. Viaje interdimensional.

Hoy es mañana. Mañana fue ayer o nunca fue mañana. Quizá no existo y estoy desplegado en ese espacio temporal. Ahora estoy en Ñuñoa (barrio de la ciudad de Santiago). Ayer partimos de Nueva Zelanda a las 18:30 horas del 5 de febrero y nuestra llegada se produce a las 12.30 horas del 5 de febrero. Por fin arranco al viaje unas horas a mi favor. Hasta ahora siempre habíamos restado. Acabo de trapechar, sin querer, con el tiempo, o el tiempo conmigo.

Ayer nos encontramos con Raquel, Jair y sus dos preciosidades de hijas: Alfonsina y Noemí. Acabamos de llegar a su casa y la calurosa bienvenida marca el paso de la tarde. Visitaremos el barrio, charlaremos de nuestras vidas y dejaremos pasar el día sin ningún tipo de ambiciones extravagantes como las de visitar Santiago de noche o la de buscar algún rinconcito autentico en el otro extremo de la ciudad. Reduzco todo a disfrutar los primeros momentos con nuestros amigos, en familia y en su barrio. Más tarde nos acomodaremos en un apartamento, que se convertirá en nuestro hogar durante las próximas jornadas.

El vuelo me mató. Al desfase horario debo añadirle mi imposibilidad de poder dormir en los aviones. Y esta vez con doble ración de pastillas de Valeriana! Empiezo a creer, firmemente, que debo gestionar otro tipo de químicas con un mayor poder sedante. Que me noqueen durante el viaje, que me induzcan a lo más profundo del sueño.

Hoy han pasado casi tres días sin que haya encarado mi pluma. Tres jornadas de olvido, de descuido, de incapacidad para lanzar cualquier tipo de línea sobre mi diario de viajeroturistalucinado. Mi amigo Jair ha conseguido desequilibrar mi, hasta ahora, disciplinada rutina de mantener mi diario a flote. Desde que he podido pisar su planeta Ñuñoa no he conseguido apartar un momento propio para la reflexión y la escritura. Y si en algún momento, de una manera lejana, se presentó, de inmediato se esfumó. Tal y como viene se va. Estoy demasiado ocupado en mantener charlas con él, en vivir su ciudad, sus amigos, familia y el indescifrable mundo que lo mueve.





Ahora, en este mismo instante, me gustaría poner orden y narrar algunas de las situaciones que, emocionalmente, han conseguido tocarme durante estos días. Me gustaría recordar la ineludible visita al mercado, lugar popular por excelencia. Nos perderemos entre sus gentes, olores y el griterío de corral que marca nuestros pasos. También nos acercaremos al estadio nacional de Chile que, durante los primeros meses del golpe de estado, se convirtió en un campo de concentración, en un lugar de horror y desesperación. Todavía se conserva una pequeña grada en el recinto como parte de la memoria: la escotilla N°8, puerta desde la que conducían al interior del estadio a los detenidos. El resto de la excursión sádico-cultural aporta material gráfico que se recoge en una exposición dentro del propio recinto del estadio. Otra perversa performance protagonizada por villanos. Se acuerdan Ustedes de Pol Pot y todos sus bastardos en Camboya? La historia se vuelve a repetir... Proseguimos con este particular paseo por las catacumbas del estadio nacional, donde nuestro guía vuelve a repetir una historia que ya me suena: hacinamiento, tortura, aniquilamiento, desaparición forzada, tiro en la nuca... Volvemos a darnos de bruces contra nuestra incorregible falta de escrúpulos e irracionalidad. Es esto evolución? No puedo contener mi emoción, ni tampoco alguna que otra lagrimita, durante algunos momentos de este descenso a nuestra propia perversidad. Pero de nuevo se hace la luz. Allí nos hemos citado con Jorge, uno de los tantos sobrinos de Jair. Un chico espigado, de unos dieciocho años de edad y rasgos de indígena patagónicos o incaicos. Que sé yo. Pero sin ningún tipo de dudas, abrigado por la luz.

Durante las próximas horas pasaremos con Jorge por la ciudad de Santiago. La pertinente y obligada visita al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, donde volvemos a recrear el horror. Subiremos, más tarde, al cerro Santa Lucía, la Plaza de armas, la obligada parada en la Piojera y el Terremoto de rigor (una bebida alcohólica archiconocida por el personal que frecuenta el local). Callejemos, y volvemos a callejear, siempre de la mano y la sincera amabilidad de Jorge. Vuelve a caer la noche, hoy especialmente calurosa. Nos volvemos a juntar con Raqui, Jair y las niñas. Cenamos de nuevo todos juntos.







última vez que la vea. Instantes antes de partir, creo recordar, hemos sido invitados de nuevo al lugar para hacer un asadito durante nuestra estancia en Santiago. Me siento tocado por un semidiós, aunque todavía no hay catarsis ni espasmos.

Próximo destino: un bar. Este no podía faltar. Inevitable en cualquiera de nuestras peripecias. Y de nuevo un viaje en el tiempo. El bar, nuestro bar, es ajeno al Lonely Planet, TripAdvisor y toda la parafernalia turística. Como es de esperar, el lugar se encuentra medio escondido y ajeno al mundo. Llegamos y la dueña nos invita a pasar a una terracita que el local tiene en su interior. El tiempo se para. Stop! Pedimos una cervecita para matar la sed y prepararnos para una larga espera. Casi una hora más tarde caerán los bocadillos que casi habíamos ya olvidado. Otra cerveza nos empujará a las tres de la tarde en aquel escondrijo. Posiblemente el bar más feo de Ñuñoa, pero con un encanto intransferible. El tour alternativo nos conduce al subterfugio de un lutier. Jair ha decidido saltar a otro escondrijo, sin luz natural y arrinconado en los bajos de un parking subterráneo. Desde hace algunos años se ha reconvertido en un centro comercial, en un centro de culto al consumo y al placer de gastarse la pasta porque sí. . Tela marinera! Su intención es visitar a su colega, tratar un pequeño asunto y de paso, invitarlo a la exposición que estamos preparando para presentar una de mis recientes colecciones. Los diez minutos programados para hacerle llegar la información y tratar el breve asunto de una guitarra a reparar, se convertirán en cien, en casi dos horas de inmersión en el mundo del Rock and Roll. Un descenso a las profundidades donde la música, los instrumentos y asuntos cotidianos de nuestras vidas ejercitarán de eje en esta tertulia. Mientras se prolonga trato de tomar algunas fotografías del lugar y fingir mi fascinación. Nada que no haya visto antes, ni tampoco piezas de un carácter especial. No alcanzo a ver ninguna Telecaster ni tampoco alguna Stratocaster, ni por asomo alguna flamante Rickenbacker con pedigrí. Creo ver algunos amplificadores, pero ninguno que me sorprenda por su estética. Hay otro tipo de guitarras, algunas pedaleras de efectos que allí esperan, o a ser vendidas o a ser reparadas y muchas, una cantidad infinita de piezas, que tampoco ahora, en este contexto, son de suma importancia, como lo puede ser la





tele. El bendito artefacto diabólico cuelga de una de sus paredes. Una pantalla bendice esta cueva-atelier y escupe sin parar una sucesión infinita de imágenes en las que se muestran las piruetas mas inverosímiles sobre las seis cuerdas: parafernalia rock, tachuelas, chupas de cuero negro y cabelleras crepadas. Un puto revival ochentero de indumentaria heavymetalera. Una perturbadora lírica que me atrapa y me hace al mismo tiempo bostezar. Prefiero desde la distancia observar a los dos personajes, recrear mi mirada en sus gestos y poner mi atención en sus palabras, que dan forma a diferentes historias cotidianas donde se habla de música, de familia, de sueños... De la vida misma. Y es esa la parcela donde me siento cómodo.

De nuevo un corte de mangas al dichoso tiempo. Diremos adiós después de casi dos horas y aprovecharé nuestro tour para imprimir algunos documentos que desde Zürich porto en un usb. Ahí reside todo mi proyecto artístico para poder ser exhibido aquí. Debo imprimirlo y, a posteriori, concretar algunos detalles. Tiempo estimado para su ejecución: 15 – 30 minutos. Abrir los diferentes archivos, preparar el tipo de papel (mayor gramaje) e imprimir. Así de simple. La realidad será otra... Nuestra estancia se prolongará en ese lugar bendito casi tres horas... Un infierno. Las metodologías de trabajo son difícilmente equiparables y difícilmente puedo enfadarme. He conseguido conocer a toda la familia que regenta este negocio de fotocopadoras, helados, bebidas refrescantes, juguetitos y un largo etcétera... También a muchos de sus clientes y amigos, y amigos de sus amigos. Una fiesta. Otra fiesta, aunque esta vez he tenido que morderme la lengua y supeditarme a su manera de hacer las cosas, a su visión del tiempo y del trabajo. A todo. Estaba en sus manos. Consiguen entregarme todas las impresiones. No rechisto y nos vamos.

Hagamos una fiesta - otra - por si se acaba el mundo! Pero esta vez en casa de Mami Lucy... La mamá de Jair. Llegamos hasta su sencilla morada, en otro barrio de Santiago pero relativamente cerca de Ñuñoa. Apenas hay construcciones altas y, en su mayoría, está salpicado de casitas y de jardines que ahora resisten a ser engullidas por la codicia inmobiliaria. Dejemos el arte especulativo y vayamos a la casita de





Mami Lucy. La casita es baja y su presumido porche un tanto alborotado. Allí se enroscan y trepan las enredaderas de parra. Bajo su desatendida presencia nos reunimos. Es ya de noche y algunas de las lamparitas que iluminan el lugar le otorgan un aire todavía más acogedor. Por fin tengo el placer de conocer a la familia de Jair. Allí están César, Jano y su esposa Sandra, Natalia y su novio gigante y nuestro ya querido y conocido Jorge, al que se le iluminará una sonrisa nada más vernos. Creo que será recíproco. Conversamos acerca de nuestro viaje alrededor del globo y, también, acerca de nuestras impresiones sobre Santiago. Pero durará poco, una gran chiquillada se arremolinará a nuestro alrededor reclamando a su primo mayor. Son todos sus primos que lo reclaman para jugar. Presencio una imagen muy bonita que abre paso a las presentaciones familiares. La acogida es calurosa y sincera, tierna. Incluso, en el momento de escribir algunas de estas líneas, y cuando trato de rescatar algunos de los recuerdos que empiezan ya a deformarse por la torpeza de mi memoria, se me despierta una sonrisita de júbilo. Son lo que yo llamo pildorazos de la felicidad. Y para que no decaiga este veraz subidón de una noche de verano, me gustaría recordar de nuevo las figuras de Jano y César, con los que tuve la oportunidad de charlar y aprender.. Pero ahora hay griterío a nuestro alrededor, los chicos juegan y Mami Lucy aparece para obligarnos a tomar posición en la mesa, acomodar a los chiquillos y poner orden. Esto no es un tinglado virtual, ni la comida un mero espectro. Por fin hace aparición el pastel de choco. No me perdonaría olvidarlo! Gracias por vuestra calurosa acogida y por ese recuerdo inolvidable. También, una noche.

Hoy nos vamos de excursión. Isla negra y su playa maciza.

Hoy a la playita! Despertamos como cualquier ser que quiere despertar. Algunos tratan de hacerlo pero nunca despiertan. Hoy despierto y partimos. Casi dos horas en autobús nos separan desde Santiago a Isla negra. Allí, Raqui, ha alquilado una cabañita muy cerquita de la playa, a unos diez minutos. Pero todavía estamos en la capital y debemos de llegar hasta la estación central. Lo haremos de milagro, o por



los pelos y, también, lo haremos con mucha ilusión, la necesaria para festejar que tenemos un asiento para llegar hasta la costa. El lugar donde quiso y pudo fantasear don Pablo. Me refiero a Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto, para la gran mayoría de público conocido como Pablo Neruda (Premio Nobel de Literatura en 1971). La llegada a Isla negra se produce sin ningún tipo de contratiempo. Puntual para comer empanadas y tomar una cerveza casera horrible. Ahora toca caminar, unos diez o quince minutos nos separan de una especie de poblado, salpicado de cabañitas para turistas. Es hora de instalarse. Más tarde nos dejaremos caer de nuevo en el diminuto centro urbano para aprovisionarnos de vituallas, como no podía ser menos. El resto del guión se ciñe a dejar que caiga la noche entre risas y viejos recuerdos que compartimos con Raqui y Jair de su estancia en Zürich. Anochece y las estrellas relumbran el instante.

Don Pablo está Usted en casa?

Hoy a la playita, también! Y somos, indudablemente de los primeros en desplegar nuestra ilusión por estar en la playa, los primeros en llegar con los carritos de las niñas y los primeros en volver a zampar empanadas fritas y no al horno... El ritmo playero es un tanto diferente al que suelo estar acostumbrado y también lo son sus aguas y el perfil que ofrece la playa de isla negra al "Homo Playerus". Su fisonomía arisca, inflamada de rocas y salvaje. Ni es mi playita del Chiringuito en Vilanova i la Geltrú ni tampoco la de Sitges. Es Isla Negra y ha llegado el momento de mi esperado y deseado encuentro con las imágenes y recuerdos que todavía mantengo con aquel libro, con aquel lugar magnificado desde mi adolescencia, teñido de recuerdos literarios y que adiestró, por aquel entonces, mi distraída y vaga imaginación. Ay Don Pablo, si Usted supiera! Con su permiso, vengo a visitar su casa, su infinito e impercedero sueño.

Cola, cola y recola. Treinta minutos de espera bajo el sol. A las visitas a la Casa museo Pablo Neruda, en Isla Negra, acceden en grupos reducidos y se prolongan, aproximadamente, por una hora,



aunque mi caso fue otro. Acabado el recorrido me dejé llevar de vuelta a través de un tiempo inmedible e imponderable. Me dejé perder en el paraje que sirvió de inspiración y refugio a nuestro querido Don Pablo. Era el momento de mi propia reflexión frente al océano. Antes había visitado las diferentes estancias donde el escritor, poeta y hombre de la vida creó su propia cosmogonía Nerudiana. Un lugar esculpido y martilleado por la propia mano del hombre, en el que casi todo adquiere una sobredimensión al haber sido creado por artesanos. Su arquitectura se muestra inclasificable, de un refinamiento estético de autor, intransferible e inigualable. Todo un muestrario de curiosidades emplazado en un distinguido enclave natural y esbozado por árboles viejos y gigantes. Como testigo eterno, el Pacífico de fondo, que, a semejanza de una banda sonora, esculpe los compases y rompe de una forma descarada contra la negrura imperecedera de sus rocas. Y la playa, su playa, fanfarroneándole al océano. Ahora pueden Ustedes forjarse una idea del rinconcito elegido por Don Pablo donde filmó su propia telenovela. El emplazamiento donde el poeta erigió el sueño, su sueño.

En ocasiones me siento mecido y ninguneado por una bonita envidia y admiración que otras personas representan. Hoy es una de esas ocasiones. Poco a poco me alejo del lugar, encarando un pequeño corredor de tierra, bordeado por pinos gigantes y memorias que no se desvanecen. Me alejo buscando la playa, y una vez más, sin descanso, vuelven a revolotear en mi memoria algunos de los objetos que salpican las diferentes estancias de su casa: la colección de máscaras africanas, sus mascarones de proa ubicados sin temor en los lugares mas inverosímiles de la casa, el caballo, su caballo, la campana, la chimenea, el bar. Ay el bar! Don Pablo, ha conseguido Usted mover mis cimientos emocionales. Debo partir, disculpe Usted...

Transcurre la jornada, siento caer la noche y mejor enfundarse en una chaquetita, bajar a la playa y disfrutar de un concierto en ese lugar evocador. La presencia del cantautor argentino Víctor Heredia, en concierto gratuito en la playa de Isla Negra, pone broche a otra de aquellas jornadas inolvidables.





Domingo, paz y Valpo.

Domingo de un verano austral en un mes cualquiera. Playita y diversión para el pueblo. Es el día de nuestro Señor. Vivo este día observando a las gentes del lugar. También me dejo seducir por urbanitas faltos de playa y sobrados de tener que pasárselo bien, porque están de vacaciones. Nuestras queridas y deseadas vacaciones. Pueden darnos libertad, pero siempre será una libertad virtual, condicional y ortopédica. Ahora me dan libre, ahora descanso y ahora me lo paso superlerendi y megabien. A disfrutar canalla, desparrama que son vacaciones!! Mientras observo, reflexiono y como empanadas, por supuesto.

Es mediodía y hace un par de horas que hemos entregado la cabaña que teníamos alquilada. Mato el tiempo como antes les he dicho, comiendo empanadas, esbozando en mi cabeza una idea de lo que será nuestro próximo destino y cuestionándome algunos aspectos de mi vida, como habrán podido Ustedes observar. Por momentos me doy asco, esa es la vida que no quiero llevar. The Godfathers – “Birth, School, Work, Death”. La playa de Isla Negra nos dice adiós. Cierro los ojos y me imagino a Don Pablo allí, despidiéndose de nosotros... Al atardecer, tomaremos otro colectivo que nos conducirá hasta Valparaíso. Raquel, Jair y las niñas regresarán a Santiago. Volveremos para reunirnos de nuevo con ellos en un tiempo incierto. No hay plan que valga. Nos despedimos de un lugar, lo immortalizamos y saltamos a otro: Valparaíso. Cae la tarde y nos hospedamos en una casona reconvertida a hostel con evidentes muestras arquitectónicas del pasado británico que supura la ciudad. Conseguimos instalarnos, saludar a nuestro anfitrión Mario y dejarnos caer de inmediato por sus calles.

The Godfathers – “Birth, School, Work, Death”

Been turned around till I’m upside down
Been all at sea until I’ve drowned
And I’ve felt torture, I’ve felt pain
Just like that film with Michael Caine





I've been abused and I've been confused
And I've kissed Margaret Thatcher's shoes
And I been high and I been low
And I don't know where to go
Birth, school, work, death
Birth, school, work, death
And heroin was the love you gave
From the cradle to the grave
Boys and girls don't understand
The devil makes work for idle hands
I cut myself but I don't bleed
'Cause I don't get what I need
Doesn't matter what I say
Tomorrow's still another day
Birth, school, work, death
Birth, school, work, death
Yeah I been high and I been low
And I don't know where to go
I'm living...

Un encuentro Selk'nam en Valpo.

Déjenme perderme entre sus cerros y caer al vacío desde el colorido de sus fachadas. Eso es Valpo; Valparaíso. Un subir y bajar, un bajar y un no regresar. Su puerto, sus cerros, sus empinadas callejuelas. Valparaíso vibra y hacer sentir. Coquetona, inocente, nerviosa, desenfadada. Esa es la ciudad que me ha llegado. Eso es Valpo.

Don Pablo, pasé yo por su casa de Valpo y Usted no estaba. Salió Usted? Visto que no estaba, me he dejado caer por una de las empinadas calles que hasta allí me condujeron. Siempre rodando hacia abajo me han dicho que encontraría el puerto. Pero mi viaje rodante se ha visto interrumpido por un gran mural pintado y he permanecido en el lugar por casi más de una hora, contemplando las figuras y estudiando la propia simbología que acompaña a esta fascinante





historia del pueblo Selk'nam. Mi incomprendible fascinación por este pueblo se ve hoy realimentada por este mural que encuentro a mi paso.

Los Selk'nam habitaron las tierras en el norte y centro de la isla Grande de Tierra del Fuego, en el extremo austral del continente americano. A principios del siglo XX fueron sometidos a un genocidio y actualmente quedan algunos pocos descendientes. Quizá pueda vanguardiarle con unas extensas referencias haciendo mención a las creencias de este pueblo, a sus vestimentas, a sus rituales o, por ejemplo, a su manera de cazar. Pero no lo haré. Le invito a Usted que indague, por sí mismo, si la historia de este pueblo le suscita algún interés. Prefiero dejar algunas palabras que a mí, personalmente, me han suscitado cierta curiosidad:

Sol: Krenn
Luna: Kráa
Noche: Qawq'n
Día: Kerren
Hombre: Ch'óon
Mujer: Na'

Rumbo a Horcón. Un pueblo hippy y no hippie en profunda decadencia.

Otra empanada mental matutina. Un día sombrío, aunque afuera reluce y brilla el sol. Un día desaborido, anodino. Sin plan a la vista. Una crisis existencial del viaje o de mi mismo, por no echar balones fuera. Todos los destinos que tratamos de dibujar para estos próximos días se desvanecen. No se aguantan. Es el ir por ir, que a veces tiene sus ventajas y a veces no. Trato de barajar con Anita algunos destinos para los próximos dos días. Hay diferentes opciones, pero, por su precio, por la impenable necesidad de moverse coche y por la ocupación de algunos de los lugares, renunciamos a nuestra intención de visitar la zona del Cajón del Maipo. Armemos un nuevo plan con la ayuda de Mario, la persona que nos hospeda durante estos días





en su hostel en Valpo. Necesitamos del rescate de nuestro propio vacío existencial: cuando la nada aparece en el viaje. Por fin, asoma un punto de luz en la tenebrosa mañana...

Tomaremos un bus público, desde Valparaíso, que nos llevará hasta Viña del Mar y, desde allí, hasta el pintoresco Horcón. Un pequeño pueblo pescador ubicado en una diminuta península, a tan sólo dos horas hacia el norte de Valparaíso. Un lugar precioso. Suena bien, verdad?... Por lo menos así nos lo pintaba el propietario en Airbnb. Llegada a Horcón y empieza la juerga. Nos indican que hasta el lugar tenemos como una media hora, que finalmente se convertirá en una. Casi una hora para llegar a nuestra chavola, un lugar presentado en el portal de hospedaje como un palacete hippie frente al mar y que dista una eternidad de serlo. La ubicación frente al mar, sus vistas y la amabilidad con la que se nos trata suavizan la situación. Aunque dura poco, nuestra cabaña, como aquí se las llama a este tipo de estancias, al parecer tiene un defecto y el tipo nos ofrece la suya, pero con la condición de que él duerma en ella también. Todo muy enrevesado, verdad? Yo quiero mi puta cabaña! Mi mirada es inquisitorial, intimidatoria. No amiguito, este no es el deal, "el trato". El tipo recapacita y, con la amabilidad más rimbombante, asume la situación y decide limpiar su cabaña. Nos instalará en la terraza de la cabaña, mientras limpia a golpe de trazo y lejía. Aprovecho estos momentos de tensión y de tortura a la paciencia para desfogarme mientras escribo estas líneas, sentado frente al mar y en un paraje bello. Consigo extender mi mirada hasta el infinito. Nuestro anfitrión sigue limpiando – si se puede llamar así-. Siento asco. De nuevo se acerca y nos ofrece algo para beber. Pido que me traiga una cerveza y así lo hace. Yo sigo escupiendo líneas. Cae lentamente la tarde. Llevamos con nosotros una botella de vino en la mochila y nada de comer. Estamos en el culo del mundo y debemos de pedir al tipo que nos lleve hasta el pueblecito. De inmediato se ofrece, sabe que algo no marcha. De nuevo la espera. Debe de limpiar su coche. Nos pide media horita para hacerlo. Esperamos en la terraza, es el único lugar virgen, límpido. Aferrados a la posibilidad de poder abastecernos y comer alguna cosa aparentamos ser pacientes y no desenterrar el hacha de guerra. Sonreiremos, in-





cluso formularé alguna que otra pregunta idiota sobre las costumbres de los pescadores y los turistas argentinos. Al fin podemos comer algo, aunque muy desganados. Regresamos y me enfundo en mi propio saco. Una funda que uno siempre lleva por lo que pueda pasar.

Cierro los ojos y veo amanecer. Caen las primeras luces, momento para despedirnos y desaparecer. Desaparecer de un lugar idílico pero desolado y tenso al mismo tiempo. Y lo hacemos descendiendo desde el lugar, coronado por la chavola, hasta una playa situada a los pies del propio cerro. Desde allí caminaremos bordeando toda la costa hasta llegar al pueblecito. El mismo que el día anterior nos había dado la bienvenida, hoy se despide. Todavía quedan algunas horas para que parta el autobús. Vuelvo a cargar en mi estomago unas empanadas y un delicioso ceviche. Ay ese ceviche, me salvó el día! De nuevo en ruta desde Horcón hasta Santiago atravesando el valle central. Transcurre el viaje y pego mi cara a la ventanilla y miro y miro y miro ymiroymiryymiro...

Estación central de autobuses de Santiago, final. Alcanzo a ver una de las entradas del metro, pero antes un chequeo médico en medio de la calle que consigue distraer mi atención. Un par de tiendas de campaña plantadas en medio de la ciudad, dos médicos y un conejillo de indias. Me presto a que me miren la tensión, el colesterol y alguna otra cosa más. Pago algo así como cinco francos suizos por toda la sesión. Prevención es salud o cuídate para morir en el geriátrico, así es como podría presentar una performance aliñada con este tipo de elementos. Pero hoy no es el caso, además hoy tengo la oportunidad de ver un partido de fútbol, de asestarme un buen chute deportivo y perderme en cualquier bar de Santiago, charlar con sus gentes y tomar alguna que otra cerveza. Y así lo haré. Preparo mi aterrizaje a la noche.

De nuevo paseando por Santiago.

Marujeo matutino. Ya casi no me acordaba de qué es lo que era "poner" una lavadora. Se acuerdan Ustedes cuándo fue la última vez que





manosearon una? Inevitablemente, he tenido la necesidad de acercarme a ese artificio mecánico y romper su silencio. Mi mugrienta ropa cae dentro y su característico ruido indica que se dispone a girar. El espectáculo está servido.

Pasan los cuarenta minutos de rigor. El giro hipnótico se detiene tras sucumbir a una leve señal acústica. Pero, si no es Usted un profano, sabrá que esto no es el fin. Todavía hay que tender la ropa. Un suplicio. Es como después de una bofetada, recibir otra y luego otra. No hay que olvidar que todavía se tiene que secar, que hay que recogerla y, por fin, sucumbir al éxtasis de tener que doblarla. También podemos dejar que se pudra o que otro lo haga. Pero hoy no es el caso. A pesar de la pereza atroz que siento, decido arremangarme y ponerme manos a la obra. Un último apunte sobre estos temas de marujeo. Recordar a los más puristas, a los más osados en las labores carceras, que tengan muy presente que el acto de planchar hoy no tiene cabida en mi universo "amo de casa". El sensual acto de agarrar por el trasero a nuestra querida y seductora plancha hoy lo voy a descartar. Sería como encarar a la propia muerte o mantener un romance con una muñeca hinchable. Pero como no es la ocasión, regresaremos al lugar donde reside nuestra querida máquina infernal, nuestra querida lavadora, para encontrarnos nuevamente y confesarle tiernamente, al oído, mis ganas de querer lanzarla con todas mis pertenencias por el balcón y, de paso, matar a un chileno que sea blanquito, de clase media-alta y, bajo ningún concepto, de ascendencia mapuche.

Vuelvo a mi habitación simulando un fortuito encuentro con mi mochila y avisando, de una manera muy sutil, de que hoy habrá manoseo. Llevo demasiados días cargando a cuestas con ella y ni siquiera la he acariciado con ternura. Es mi particular manera de decir que, hasta la fecha, jamás había puesto orden en su interior. Hoy se presenta la ocasión y el escenario propicio para manosearla, para poner orden en su interior. En este ejercicio pseudo místico encontraré algunos objetos que considero inútiles en un viaje y de los cuales me despojaré ejercitando el desapego a lo material. Y como no, asistiendo a un profundo estado de ensoñación, encontrare algunos objetos





comprados durante el viaje que me transportarán al pasado, a mi estancia en Asia. Desde pequeños obsequios adquiridos en los lugares más recónditos, recibos de lo más variopinto, planos garabateados a mano indicando lugares ya visitados y prendas, que hasta la fecha, todavía no he utilizado. Pronto éstas dejarán de viajar y ocupar tan preciado espacio en el seno de mi querida y bien amada mochila.

Creo recordar que al día siguiente tengo una exposición y que todavía debo de finiquitar algunos detalles en la producción. Tomo mi tiempo apostado en el salón de la casa donde estamos instalados. Recojo algunas notas y apuntes, sin demasiadas ganas pero tampoco sufriendo un despiadado stress. Todavía tengo mis dudas de si habrá afluencia de público en la presentación de este proyecto artístico aunque, de todos modos, me importa un carajo el resultado. Su nota no tiene relativa importancia para mis intereses, el carácter de este proyecto es otro... Pero veremos que es lo que nos depara.

Conozco diferentes maneras de ahuyentar a los fantasmas y algunos miedos atrofiados que a menudo se nos presentan. Pero si debo de escoger alguna es la de cerrar los ojos y lanzarme al vacío con una sonrisita de granuja. Salgamos a la calle y paseemos. La temperatura es de treinta grados y nos ayudará a despejar cualquier tipo de fobia. Salgamos de paseo.

Visitamos el barrio Lastarria (vestigio de un tiempo que fue y no fue), el GAM (Centro Cultural Gabriela Mistral) y el obligado paseo por el parque forestal, que es una de las áreas verdes más emblemáticas de la ciudad. De nuevo regresaremos a nuestro querido barrio de Ñuñoa. Y... Sorpresa. Error en las comunicaciones y Pablo, el propietario de la casa donde estamos, llegará al día siguiente. Debemos mentalizarnos de que en breve hay un nuevo cambio de casa. Pero hoy es hoy y no mañana, ni ayer. Cerramos los ojos y dejamos que nuestro amigo Jair haga magia. Y así es. Acaba de organizar un asadito en casa del mago. La flauta suena de nuevo. También la orquesta y unos evocadores coros susurrados por cientos, por miles de niños entonando una oda a la fraternidad. Beethoven habría dado su bendición.





Cae la noche y nos citamos de nuevo, muy cerquita de donde estamos instalados, pero la brújula, que guía mis pasos y los de mi querido amigo Jair, vuelve a desorientarse. Se imaginan Ustedes una brújula desorientada? Caminamos y caminamos perdidos en nuestro propio paraíso e ilusionados por nuestra propia desorientación. De nuevo nuestro aparato recibe una señal magnética que hace que por fin lleguemos a nuestra cita. Al parecer hay algunas horas de retraso en nuestra visita, pero aquí no pasa nada. Por segunda vez vuelvo a entrar en la morada donde Raúl “el mago” y su madre Lula habitan. Nos habían emplazado para un asadito y aquí estamos. Perjuré que volvería, como MacArthur , y aquí estoy. Desde hace ya un buen rato, la infatigable espera de Raquí, las niñas y Anita se ha prolongado debido a las anomalías sufridas por la descompensación de nuestra brújula. Pero un bonito jardín lo cura todo. Jano y su esposa Sandra aparecerán también. Aunque con retraso. Deben haber padecido el mismo percance que nosotros: un despiste interestelar. Luce el fuego, elemento universal por excelencia, que une almas, pueblos y moldea bonitos momentos. El fuego marca el ritmo de este momento. Buenas noches oscuridad.

{ 4300 }

<Definición>

El título original del presente proyecto es: “El arte os convertirá en idiotas” (2016). La idea principal consistió en intervenir virtualmente en la fábrica de artistas de la ciudad de Zürich (ZHdK), Zürcher Hochschule der Künste. Lo que en mi pueblo vendría a ser la Facultad de Bellas Artes. Se trató de hacer una pintada gigante (siempre en modo virtual) con la impresión de la frase arriba indicada en una de sus fachadas. A lo grande! La fachada principal del edificio devastada por un monumental graffiti. Aunque, esta vez, las maneras fueron políticamente correctas, no quise ni destrozar la parte arquitectónica, ni tampoco mancharme las manos de tinta. Suficiente con poder plasmar una frase en la fachada, donde cada mañana, como un mantra omnipresente, generase más preguntas que respuestas a los propios estudiantes.



El tiempo pasó y el proyecto fue condenado al ostracismo, pero, una vez más y bajo la propuesta de presentar un proyecto artístico en la ciudad de Santiago de Chile, decidí desactivar el proyecto de su estado vegetativo y realizar algunos cambios en el discurso de la obra -un remake del original- y auspiciarlo bajo otro título: 4300. Y hoy, en esta ciudad como en cualquiera otra, el evento tiene la capacidad de poder ser extrapolado, mutar y caracterizarse por no desvelar el desenlace final, en el que el propio espectador, sin saberlo y con su participación, materializa una obra conjunta. Una desfiguración del papel del artista. El artista ya no es más artista. El espectador con su presencia sí. Ambos se funden en uno, en una deliberada comunión celestial. Una tragicomedia sometida al escurridizo juego entre el espectador, creador y Dios. Quién es quién?

<El espacio>

La elección de la escuela (ZHdK) sirve como punto de inflexión de la obra, pero hoy el lugar es otro, igual de válido para definir el punto de partida y debatir sobre la propia esencia del arte. Un punto de encuentro donde el público fecunda su propia obra.

<Final y continuación>

Con esta "intervención" o performance marrullera he tratado de justificar y diseñar una obra para que la hagan otros, imposible de ser exhibida y coleccionada, aunque, finalmente, el propio magnetismo del que muchas veces ejerce el arte hacia la "posesión", lo he configurado en diferentes piezas y formatos para ser exhibidos y, como no, poder ser coleccionados. El propio espectador-creador-artista se hace con una. Y es que a veces nuestra capacidad desmesurada hacia la posesión puede convertirnos en unos grandes palurdos o en unos grandes idiotas, aunque este asunto podría ser emplazado para una nueva colección: Arte y posesión.... El arte de poseer... Posesión Vs Arte... Arte, consumo y sostenibilidad, etc... etc... GRACIAS.



<La exposición, aquí, en Roma o en París>

La particularidad de esta propuesta es que puede ser deliberadamente modificada y adaptarse a cualquier país del globo. Su golpe de gracia lo tiene en el número. En el presente proyecto la cifra ha sido la de 4300. Los kilómetros que existen de norte a sur en el territorio chileno. En el supuesto de haber querido considerar algún otro territorio, la cifra hubiese sido otra. Nada importante que pueda condicionar nuestro proyecto. A continuación viene la parte que hace chirriar. En el caso de la exposición en territorio chileno (por eso los 4300) quise que sus vecinos peruanos y argentinos tuviesen entrada gratuita al evento- sí, han escuchado bien- mientras que el resto de ciudadanos del mundo mundial, incluidos los propios chilenos, debían abonar una cantidad, también simbólica y que fue de 4300 pesos chilenos. Para los que no estén familiarizados con esta moneda, al cambio pueden representar unos seis Euros. De momento ya hemos abonado el terreno para que el propio espectador-creador (que para eso paga) pregunte, se cuestione y finja entrar en estados de catarsis al saber que sus vecinos no pagan. Les jode y, además, profundamente. Pero estos vecinos que han tenido el acceso gratuito a la sala de exposiciones no tienen acceso a la obra. Se convierten meramente en espectadores y no en creadores. No existe ningún tipo de derecho para que puedan agenciarse con alguna de las obras producidas "in situ". El "documento" que elaboramos en la entrada acredita y discrimina a unos y a otros. El control es férreo, atormentado, paranoico y descerebrado. Unos entran gratis pero no tienen derecho a la compra y se quejan. Otros pagan y se les adjudica una obra, son creadores de su propia obra, pero algunos muestran reticencias. Puro pop en estado de descomposición.

Para finalizar todo este discurso que vertebra la obra, he querido limitar lo ilimitable haciendo una socarrona referencia a las frecuentes acotaciones de territorios, a la limitación de los aforos, al desaforado impulso por crear ediciones limitadas, Gold Editions y toda esta chaladura repelente, con la propia limitación de las obras producidas a 108 unidades (por ser considerado un



número sagrado y que, además, le otorga a la obra ese carácter con espíritu celestial y mágico).

Ni una más ni una menos: 108. Cuando recibo el aviso de que en la entrada al recinto 108 individuos-seres han pagado y, por lo tanto, se han convertido directamente en espectadores-creadores-coleccionistas, el acceso al lugar queda cerrado. Limitemos nuestra presencia en una nueva manifestación heroica del arte: "El arte os convertirá en idiotas"

4300. La excusa perfecta para ser artista

Hoy es otro día caluroso, asfixiante, pesado y crudo. Son casi las doce del mediodía y despierto a trompicones. Hoy, de nuevo, toca organizar mochila, recoger y cambiar de lugar. Pablo regresa con su familia del sur de Chile, de Chiloé (terreno mapuche), y, por lo tanto, nos toca saltar de casa. Otra vez. Raqui ha hecho algunas gestiones con sus vecinos que alquilan una de sus habitaciones. Hemos tenido suerte. Hoy se libra una y podemos instalarnos en su casa.

Veamos quiénes son nuestros anfitriones. Clem es una francesa atenta y coqueta. Y él, Christian, es un chileno calmado y atento también. Durante los próximos dos días nos alquilarán una pequeña habitación hasta que pongamos rumbo a la Argentina. Debo recordar que hoy tengo una exposición y que inevitablemente debo perfilar los últimos detalles.

Tengo el presentimiento de que no asistirá mucha gente, me huelo una debacle. Jair me insiste en haber movido la información del proyecto por las redes sociales. Mi participación ha sido escasa. Debo decir que ni estoy suscrito ni enganchado. Jair, si. Otro contratiempo que aparece es que aquí es época de vacaciones. Todo el mundo escapa de la ciudad para luego volver y consumirse durante los próximos once meses. Y es que es para descojonarse! Si a toda esta escenografía de despropósitos le sumamos el que no se ha hecho todo con la suficiente antelación y que, además, he decidido cobrar entrada para acceder al

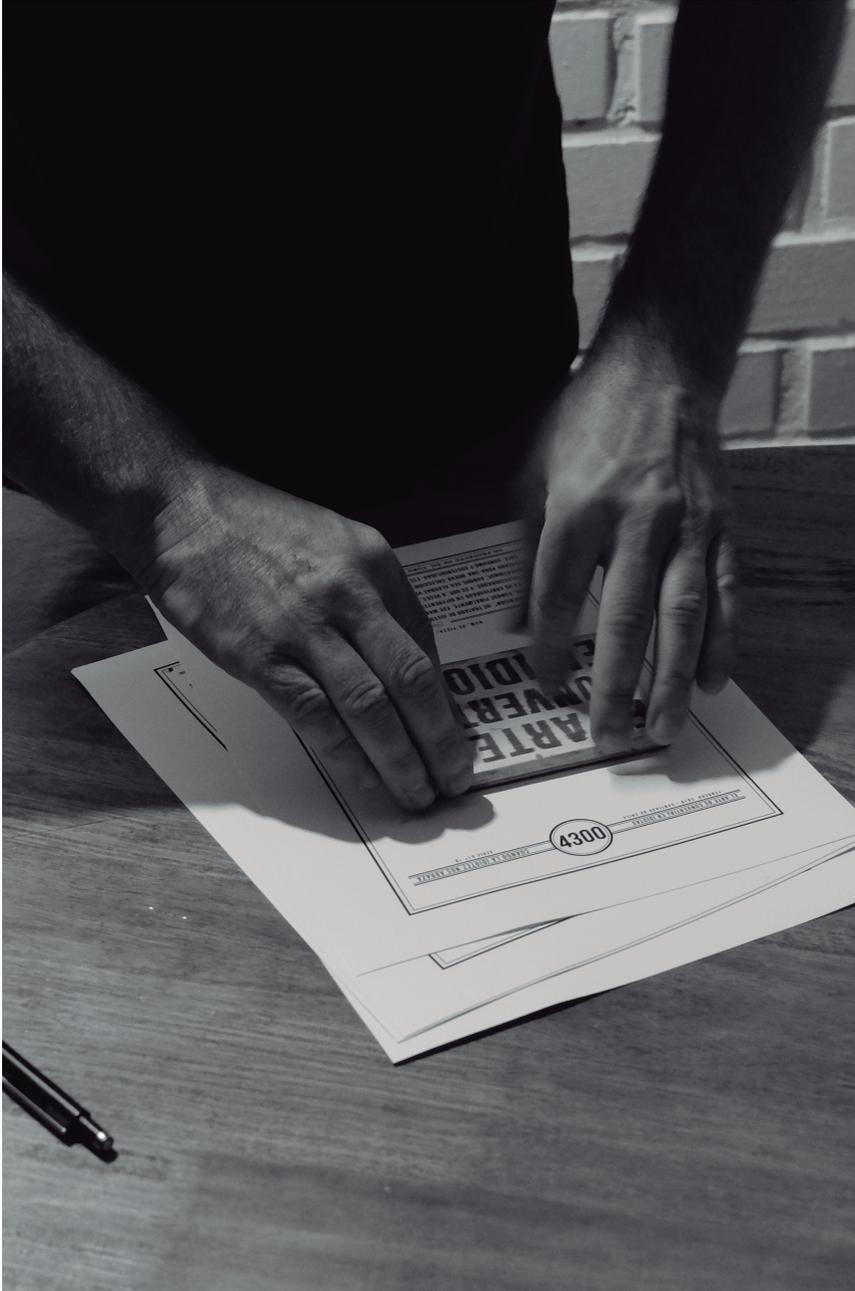


evento -algo inevitable y que forma parte de la performance- esperar una multitud de público resulta una quimera. Pero mi esperanza y ganas por llevar a cabo este proyecto no desfallecen y me vuelco en el trabajo. El trabajo, si, un concepto que en la ética protestante llegó a suscitar, entre sus seguidores, el amor por él. Como también la honradez, el ahorro y el fuerte apego a lo material, que también ayudaron a los trabajadores a que se involucraran con su trabajo al máximo, creasen empresas y que estas tuvieran mejores rendimientos. Les suena esta música? De esta manera, el capitalismo creció y creció hasta el día de hoy. Señores démosle altura a la pirámide y construyamos muchas más! Yo, por mi parte, me volcaré en mi propio trabajo para alcanzar una sensación de libertad y conformar un escenario hiperrealista, - y aunque se trate del espejismo perfecto-. Se trata de mi trabajo artístico, como el que hoy presento, que conforma mi propia y voluntaria realidad. Aunque con un pequeño matiz: de aspecto sanador que me ayuda a distanciarme de una impropia realidad que gentilmente considero atrofiada y esperpéntica. Un remedio casero para distanciarme del aquí y el ahora.

Pero situémonos en el apartamento de Christian y Clem donde remato algunos detalles finales y ordeno, de una manera escrupulosa, los materiales para poder finalizar las obras junto al propio espectador. Desplego mis papeles, lápices, colores y demás indumentaria artística en medio de su salón. Un desorden organizado el que inunda una de las estancias de su apartamento. Sin muchas dilaciones he tomado el espacio de una manera efímera. Christian me observa. Juega con su gato y supuestamente teclea algo en su ordenador. Finalmente se atreve a preguntar para que sirve toda esa historia. Buena pregunta, verdad?

Empieza el espectáculo. Toda la jerga cultureta que abraza la exposición lista. Empieza la fiesta (20:00), hora programada para el inicio del evento "4300". Llegan las primeras personas y las últimas. Computo global: diez asistentes. De nuevo la familia de Jair casi al completo. Algo que con anterioridad había ya pronosticado. Aún así, convertiremos la falta de asistencia en una fiestita privada. De nuevo, otro de aquellos momentos que deslumbran a uno por su autenticidad y belleza. Pasada la media noche nos avisarán de que debemos







abandonar la sala. Lo haremos de una manera ordenada, sin avalanchas. Somos pocos y bien avenidos, pero no hay toqueteo.

El fin de un sueño o los prolegómenos de una nueva performance? La noche es cálida, serena y abierta a cambios. Muchas de las obras preparadas para la exposición, todavía debidamente empaquetadas, no han sido entregadas. Su proceso creativo ha sido otro. No ha habido espectador-creador-coleccionista para apoderarse de su intangible valor. En términos económicos, se podría denominar "excedente". El excedente (excedente económico o bienestar total o excedente Marshalliano) es la diferencia entre el valor de los bienes y servicios producidos, y bla, bla, bla. Por qué no seguir dando vida al arte? Me apresuro a recuperar todo el excedente de obras todavía no consumadas, embolsarlas y apostarlas en los lugares más insospechados de la ciudad. A la espera de ser encontradas, adquiridas o destruidas... Quien sabe de lo que es capaz el ser. Inesperadamente todo toma un nuevo sentido. Como la vida misma. De regreso, tomamos un taxi. Llegados a nuestro destino pago y decido entregar algunos de los ejemplares a nuestro querido y amable taxista. Le pido que si quiere puede quedarse con algunas piezas. Accede sin ningún tipo de pudor. El resto le pido que las reparta entre los clientes que mejor le parezcan y que mueva de un lado a otro a lo largo de la noche. Sonríe y nos despedimos. Desconozco el desenlace final de esa nueva performance entre taxista-cliente en las sucesivas entregas de algunas piezas con "contenido artístico"... Prefiero dejarlo ahí. El resto de obras, un número indeterminado, las dejaré en casa de mi amigo Jair dispuestas a ser regaladas a familiares y amigos o habilitadas para financiar con su entrega cualquier otro proyecto cultural. Pero eso ya no me importa nada. Cierro los ojos y el día. Aunque, todavía, y en mi tránsito hacia el sueño, sigue bailando la sonrisa de aquel taxista.

Sábado, mercado, ceviche y despedida.

Cuatro palabras para desmenuzar una nueva jornada: sábado, mercado, ceviche y despedida. Nuestra estancia en este lugar toca a su fin. Hasta siempre Chile.





Santiago – Mendoza

Domingo, madrugón y carretera. Así podríamos resumirlo en tres grandes trazos. Pero vayamos al principio.

06:00 arriba cabrón! 06:30 taxi a la estación central de autobuses de Santiago. 08:00 autobús con destino Mendoza, Argentina. Un viaje por delante de aproximadamente ocho horas, nueve minutos y quince segundos. La atracción del recorrido es que atravesaremos la cordillera de los Andes. Un viaje prometedo por la espectacularidad del paisaje y por el obligatorio cruce de frontera.

Hoy he podido descubrir otro de aquellos pasajes que fascinan, ilusionan y cautivan al viajero. Estamos a 121 kilómetros de Mendoza y a 1.161 kilómetros de Buenos Aires. De nuevo, dejo de lado la escritura y pego mi afilada nariz a la ventana. Miro y remiro a través de ella. Mi mirada se pierde, mis sueños no. Cruzamos la frontera sin ningún tipo de incidentes, aunque el control se prolonga un poco más de lo esperado por un par de maletas gigantes que lleva un tipo. Creo que lo solucionarán en alguna de las oficinas con algunos dólares. Como diría mi admirado Juan José Revenga, arreglado con mano izquierda. Dejamos atrás la frontera, acurrucada en algún lugar de la cordillera y proseguimos nuestra marcha.

Tocamos Mendoza en una tarde de domingo del verano austral y aquí no se mueve nada. Si no fuera por algunas camisetas albicelestes que veo pensaría que estoy en Chernóbil (en ruso: Чернобыль). Es una ciudad desolada y mustia. Aprovecharemos la parada, de casi ocho horas, hasta que podamos tomar el próximo bus que nos conduzca a nuestro destino final. Pero antes de irnos déjenme que les cuente brevemente algo del lugar. Desde la estación central nos separan apenas quince minutos del centro. Paseo, observo, siento, vuelvo a sentir, aprovecho para comer y vuelvo a deambular por sus calles. Fin. Estas esperas me carcomen. Tengo ganas de abandonar este lugar.





Casi las 22:00 y partimos finalmente rumbo a Córdoba. Me nos mal. Aprovecho para revisar algunas notas que he tomado y Pum! Después de una hora de viaje se ha partido un vidrio del autobús en el que viajamos. Nos informan que debemos de regresar al punto de partida para cambiarlo, y así lo hacemos. Rebobinamos kilómetros y de nuevo en el punto de partida. No hay cristales. En su defecto un gran trozo de cartón y cinta transparente adhesiva que servirán para parchear el incidente. Sabor latino....

Levamos anclas y zarpamos. Creo que definitivamente partimos y pongo en marcha algunas de las secuencias de trucos que facilitan mi enganche con el sueño. Se trata de imaginarme que navego en un galeón del siglo XVI. Pura melancolía...

Una niña llora, y mucho. Su llanto se ha extralimitado. Permanezco sereno. Algunas carcajadas punzantes procedentes desde la parte trasera también sacuden mi tranquilidad. Opto por acariciar mi teléfono con mis dedos y enviar algunos mensajes, pero no hay manera. El Wi-Fi no funciona... Era de esperar, aunque tal y como está el panorama aquí adentro me la rechufla. Tomo mi libro, al que tengo descuidado desde hace algunos días, y leo. Trato de cogerlo- el sueño- pero nada funciona. Lo del galeón no funciona. Pongo en marcha el plan B. Cierro los ojos e, imaginariamente, excavo un foso alrededor de mi persona. No hay alambre de espino que lo flanquee, ni tampoco minas, pero es un foso, profundo y de suficiente anchura para que no sea franqueable por un caballo y su jinete, ni por un viejo T-34, ni por nadie. Hoy todo me molesta hasta tal punto que me molesto yo mismo. Por fin caigo.

Córdoba

El Observatorio de Tendencias Sociales y Empresariales de la Universidad Siglo 21 desarrolló un estudio de carácter nacional con el objetivo de indagar aspectos vinculados a la personalidad y otras características de los argentinos. Se trata de la segunda edición del Informe de Argentinidad 2017, en el que se encuestó a 1050 personas y se llegó a la con-





clusión que los argentinos son narcisistas (45%), obsesivos (38%), histriónicos (32%) y paranoicos (30%), y, por último, reseñar que los más histriónicos de todos, según este estudio, son los cordobeses. Y aquí estamos, en una tierra de histriónicos. Por fin, Córdoba. Sí, la Córdoba de la que habla Edmundo de Amicis en su novela Corazón. En uno de sus relatos: Marco, de los Apeninos a los Andes. La Córdoba donde nuestro jovencito Marco llega y no acaban sus problemas, pues al llegar a la casa del ingeniero Mequínez, para quien trabaja su madre, comprueba que, una vez más, se ha mudado marchando a Tucumán. Y Marco continuará con su obsesiva y heroica busca de su mamá.

Después de las incidencias relatadas de la noche anterior todo ha vuelto a su normalidad. He podido consumir mi descanso. Las camas, reclinables 180°, y la particularidad de estar separadas, como en una especie de cubículos a modo de confesionarios, han facilitado mi encuentro con el mundo de los sueños. Llegamos con un leve retraso a la ciudad de Córdoba. Todavía la ciudad despierta y el calor no aprieta. Nico espera pacientemente nuestra llegada en la estación central de autobuses. Gracias, de nuevo.

Me resulta extraño encontrarlo en este contexto y no en Zürich, que es donde a menudo nos encontramos. Pero este es otro tema. Ahora tomemos café antes de partir, aunque no sin antes tomar algunas fotografías de unos recolectores de propinas mientras re cuentan su botín. Pregunto, aceptan de buen grado y robo las segundas sonrisas del día. Ahora nos trasladamos hasta uno de los barrios residenciales de Córdoba donde habitualmente vive el padre de Nico. Allí nos esperan Tam y Flora. Una ducha y listos para callejear y visitar algunos lugares de interés de la ciudad, aunque tampoco muchos dada nuestra efímera visita. Fin de la jornada.

Valle Hermoso - Vaquerías.

Casi una hora es el tiempo que invertimos en llegar hasta este Valle tan hermoso. Supongo que de ahí su nombre. Acariciamos la cresta de





las sierras chicas y descendemos hasta el valle. Primera parada: una carnicería argentina. Nico ha organizado una parrillada criminal para celebrar su resurrección. De esta experiencia mística o milagrosa les hablaré más tarde. No quiere recibir a sus anfitriones con salchichas y tampoco hacerlo con Kebabs. Estamos en Argentina, Señores. Su apuesta es la de encargarse de un costillar, además de un surtido varietal de carnes y todo lo necesario para celebrar este fastuoso festejo. Llegaremos al lugar donde nos hospedaremos durante la próxima semana. Es la casa familiar de Nico, un lugar espacioso y que no pasa inadvertido por su belleza añeja y la frondosidad del lugar. Todavía recuerdo aquellas araucarias vigilando el lugar... Les recuerdo que estamos en Vaquerías (también llamada por su nombre aborigen: Lampatu Mayu), y que hoy es una reserva natural situada en Valle Hermoso. Lindo.

Antes de tomar posesión "temporal" de nuestra cómoda y espaciosa habitación nos dan la bienvenida Juan Carlos, el padre de Nico y su hermana Verónica. Todo cordialidad. No se puede pedir otra cosa. El resto de la jornada transcurrirá como quien dice: en familia.

Parapente. Un salto al vacío.

Lo que debía ser una excursión de mediodía por la sierra se convierte en una de jornada completa. Un "happy full time" albiceleste. Y es que eso es lo bonito de ser seducido por sus gentes y por la naturaleza del lugar. Estoy secuestrado por la felicidad. Y, por favor, no me traten de baboso, ni tampoco por un pelota rancio. Les hablo con total franqueza. Y en situaciones así acostumbra a ocurrir que otra de las variables que delinean nuestra existencia toma otros valores. Les hablo del tiempo, si es que existe. Este factor, en el día de hoy, se ha batido en una frenética espiral y en uno de esos pliegues y, coincidiendo con un punto en el espacio, aparecemos en el lugar indicado por Eolo, Dios de los vientos. El lugar: Cuchi Corral, un cerro desde donde se practica el parapente. Para aquellos lectores no versados en este tipo de deportes les pondré al tanto de algunos datos que quizás les ayuden





a entender este tipo de actividad al aire libre. Según puedo extraer de la Wikipedia, el parapente (del francés parapente, acrónimo de parachute, paracaídas y “pente”, pendiente), es un deporte nacido a fines del siglo XX por la inventiva de montañeros que querían bajar volando mediante un paracaídas desde las cimas que habían ascendido. No deja de ser curioso, verdad? Pero no se preocupen, que no continuaré lanzando más datos de orden técnico.

Pero subamos a la cima e invoquemos a Don Eolo. Tomemos posición donde se emprenden los vuelos, el lugar de iniciación y transformación de hombre a pájaro, del medio ser al ser infinito. Un paraje caracterizado por la espectacularidad de sus vistas. El emplazamiento para elevarse y bailar mientras soplen Céfiro, Bóreas, Noto o Euro, y, por ende, el dominio sagrado para cualquier piloto.

Apliquemos el viso más mundano al lugar y emplaceemos a los Dioses para el día de mi cumpleaños (27 de julio, por si Ustedes no se acordaban). El cerro del que les hablo, el trampolín que empuja a nuestros queridos hombres-pájaro a alcanzar la gloria eterna, es el lugar de cita obligada. Hasta me resulta familiar ya que representa, sin lugar a dudas, un punto declarado de encuentro, de chafarderío. Un trozo de tierra abocado a un precipicio desde donde poder charlar de la vida, de los unos y de los otros. Un punto donde crear fraternales amistades y, también, porqué no, feroces enemigos. Es todo un batiburrillo de situaciones y personajes los que allí arriba se juntan que, hoy, tengo el privilegio de observar y conocer.

Sigo aquí arriba, todavía en el cerro. No soy el primero ni el último. Nico y Tam hacen las presentaciones de rigor mientras algunos de los pilotos se santiguan e invocan a nuestros Dioses de los vientos. Yo me acerco a confesarme al bar que uno de los pilotos-barman ha decidido improvisar para la ocasión. Una neverita tipo camping que refrigera todo lo que haga falta. Desde un buen alijo de cervezas y algunas bebidas refrescantes de nombre impronunciable hasta bocatas hechos en casita. Una pena que descuidaran etiquetarlos con un "hecho a mano en la Argentina". Cuento hasta ocho bocadillos pero,





como luego nuestro piloto-barman-chef nos comentaría en petit comité, ese día en concreto se quedó corto.

La espera se eterniza hasta que el antojo de los vientos permita volar. Los primeros pilotos se alzan al cielo ejercitando la típica maniobra de despegue. Las primeras velas empiezan a dar colorido al cielo y al valle. Sus colores se entremezclan con los del paisaje. Uno, dos, tres y así hasta quince las velas que cuento. Han pasado ya un par de horas desde que hemos llegado y empiezo a sentirme un poco más relajado. Finjo tener vergüenza pero eso es algo que perdí hace mucho tiempo. Desenfundo mi cámara fotográfica y aprovecho para tomar algunas instantáneas, no de sus vuelos, sino de su propia rutina. Prefiero retratar el lugar donde discuten algunos aspectos técnicos del vuelo y ver como gesticulan. Enfocarlos mientras hablan de sus vidas o de fútbol, desnudarlos mientras se muestran ataviados con la indumentaria para volar esperando vientos más propensos, cazarlos mientras preparan en silencio su equipo... Se trata de la eterna y, por supuesto, afinada preparación de cada uno de los vuelos. Ahí van sus vidas, colgadas de un arnés y sustentadas por un par mosquetones. Por momentos aparto mi cámara y los escucho ejercitando como auténticos maestros del vuelo o como marujas despiadadas. Aquí es cuando aparto la cámara, sí. Se vuelven a repetir algunos de los temas: presiones atmosféricas poco fiables, humedades relativas desproporcionadas, calidad de los equipos del piloto, nubes lenticulares... El discurso del viento. Afortunadamente hoy no ha habido ningún percance grave y el atardecer anuncia que debemos retirarnos. Creo que he tomado demasiadas fotografías. Muchas para ser yo. La jornada ha sido larga, bonita y el ambiente propicio. Poco a poco el lugar va tomando el respiro que encontramos al llegar, sosegado y evocador.

Se acerca la hora del adiós, empieza a caer la tarde y debo conducir el Jeep que uno de los pilotos ha dejado allí. Seguiré a Nico por una tortuosa carretera hasta alcanzar la casa de Yeyé, otro de los pilotos, al que ya tuve la oportunidad de conocer en Zürich y al que, por supuesto, esta misma mañana visitábamos en su casa de camino a la cumbre.





Se reciben noticias de que un hombrepájaro (el dueño del Jeep que yo he tenido que conducir) tomará como referencia la casa de Yeyé para encontrarnos. Volvemos de nuevo a su acogedora y rústica morada. Allí han decidido darse cita con este piloto que, por alguna serie de razones que no me interesan, ha aterrizado en el culo del mundo. Pero me siento más aliviado cuando me doy por enterado que ya han contactado con él y que todo este quilombo tendrá un buen desenlace. Esperaremos su llegada, aunque no es angustiada ni tensa. Es solamente una paciente y grata espera en la que, de nuevo, vuelven a reproducirse las ya habituales charlas relatando cómo transcurrieron los vuelos de la jornada: corrientes térmicas, barloventos, aterrizajes, tipos de velas... Como era de esperar, aparece la cerveza casera en la mesa, algunas otras cosas más y el piloto perdido. Fin de fiesta y regresamos de nuevo, ya con la oscuridad como guía, a nuestro punto de partida: Valle Hermoso.

Apenas somos seis almas en todo este desmedido lugar. Cena a base de una picadita de embutidos caseros y una tortilla de patatas. Fin de otra jornada.

Amanece que no es poco.

Lindo despertar en Valle Hermoso. Continuando con nuestra habitual rutina y evitando cualquier descuadre en el protocolo familiar desayunaremos todos juntos como cada mañana. Al mismo tiempo, barajaremos algunas excursiones y daremos paso al azar. Esto significa que armaremos algún plan sin ser armado y dejaremos de la mano del destino su cumplimiento o no. Mientras estos desenlaces se producen me ofrezco a regar el jardín, a limpiar la piscina y, de paso, a zambullirme. Más tarde visionaré la nada embutido en una de las tumbonas que yacen en el virginal pasto que rodea todo el lugar. Es algo que acostumbro a manifestar cada vez con más frecuencia. Los fundamentos doctrinales de este tipo de propuestas, de ralentizar el paso del tiempo, se ajustan cada vez con mayor grado a mi idea de la vida. No perturbarse y dejar que el momento se escurra en el vacío.





Mi mirada se pierde en el infinito y mi rostro perfila una media sonrisa... Una especie de alucinación onírica que me conducirá hasta la tarde (con siesta incluida).

Nico de nuevo trata de volar. Hoy nos dirigimos a otro lugar cerquita de la ciudad de Córdoba, en las sierras chicas y, una vez más, me maravillo por la naturaleza que allí impera. Se vuelve a perder la vista. Se pierde y me vuelvo a perder... Las condiciones meteorológicas dictan que hoy no se vuela: mucho viento... Un coitus interruptus para muchos de los pilotos que habían puesto sus esperanzas en que disminuyera el viento. Mientras deciden si se vuela o no, me atrevo a recorrer, por propia iniciativa, el tramo que nos lleva desde el punto de despegue hasta al punto de reunión, situado a unos dos kilómetros. Allí me siento en unos bancos de madera robusta mientras arriba, en la cumbre, se ponen de acuerdo. Abajo es otro decorado. No tardo en entablar conversación con algunos de los pilotos que han decidido suspender sus vuelos. Me ofrecen cerveza, un sorbo y luego otro. Aquí se bebe de la botella y a morro. Son los Pilospunk, una especie en extinción... Esta es mi espera. Sufro de dolor comprobando que algunos de los pilotos no regresan. Son unos pocos, algunos yonquis del vuelo, que han tratado de invocar a Eolo y volar. Cuando regresen, después de haberlo intentado, me encontrarán fundido en aquella mesa grande y maciza, repleta de comida, bebida, con el resto de pilotos que decidieron frustrar su vuelo invocando a otro tipo de Dioses y acariciando -a nuestra particular manera- otro tipo de dimensiones. A pesar de los pesares deberé despedirme y partir: Valle Hermoso nos reclama. Ahora es el momento de sonreír al anochecer.

Parrillada criminal. Asadito argentino.

Ya desde las diez de la mañana empiezan los preparativos. Los prolegómenos son bárbaros, pura ceremonia gaucha. Nico celebra, desde hace un año y por estas fechas, su nueva vida o santa resurrección. Un aterrizaje forzoso, un accidente del que salió airoso que pudo haber tenido consecuencias desastrosas. Pueden imaginárselo... Pero





sigue vivo y coleando y eso es motivo de festejo y celebración. Un asadito argentino será la excusa para congregarse algunos amigos suyos, en su mayoría, pilotos de parapente. De nuevo las corrientes térmicas, los despegues y los aterrizajes toman la iniciativa en la mayoría de las conversaciones. El fuego prendido con horas de antelación marca el tiempo. Un trozo de carne, aunque me gustaría llamarlo por su nombre: Un costillar de casi ocho kilos, es custodiado por otros no sé cuántos kilos de morcillas, chorizos, choncho y yo que sé qué más cosas. Puro éxtasis gastronómico. Y vino. Dios líbrame de todos los pecados. El ritual se prolonga hasta bien entrada la tarde. Ahora las despedidas. Toca replegarse y decir adiós, o un hasta luego. Nunca se sabe. Otro día para no olvidar.

La cruz, paz y tranquilidad.

Hoy nos vamos de excursión. Tomaremos una colina coronada por una cruz. Casi una hora y media de ascenso. Un poco de movimiento no va mal. Tampoco acarrear con una botella de vino en la mochila ni con los restos de la parrillada del día anterior. No hay nada que se precie más que un picoteo en la cumbre. Ascenderemos y tomaremos la colina pero sin plantar la bandera como en Iwo Jima. Ya desde arriba se aprecian en el infinito las sierras cordobesas y abajo el valle, salpicado por algunas casonas de las que Nico nos cuenta sus historias y la relación con el valle. Casi todas edificadas a principios del pasado siglo XX. Otros tiempos en los que la prosperidad económica en la Argentina bendecía el lugar. Charlamos y miramos el mundo, luego descendemos. Lo hacemos ralentizando nuestros pasos. No hay prisa. Hoy tampoco hay prisa. Nuestro próximo cometido es pensar en la cena. Atardece, anochece y prendemos un fuego para dar vida a otra parrillada de carne. Clausuramos otra bonita velada.

Domingo día del señor y cabrito a la Parrilla.

Nono Chichín, templo culinario por excelencia de Valle Hermoso. De





nuevo parrillada... Otra patadita bien dada al colesterol. Al festín se unen Gonzalo, el hermano mayor de Nico y su mujer Carla. Siento como si los conociese desde hace muchísimo tiempo. Aparecen también Rulo y Coti, otros amigos de Nico, con los que compartiremos una velada rebosante de cordialidad, un encuentro noble alrededor de una mesa. El vino y un cabrito sacrificado para la ocasión amenizan nuestro encuentro. Quién da más? El resto del día se difumina, muy pausadamente hasta que llega un nuevo día. Gracias por existir.

Lunes, día de despedida. Adiós Valle Hermoso.

Otro día de tránsito. Volvamos a empaquetar! Aunque todavía quedan algunas horas para partir.

Día ligeramente soleado y sin rachas de viento. Tomamos el desayuno de rigor y, como desde hace casi una semana, lo hacemos en el mismo lugar: una pequeña salita. Un lugar atravesado por un pasillo que discurre de principio a fin de la casa y desde el que se vertebran la infinidad de habitaciones y estancias que conforman este espacioso lugar. Pero ahora me gustaría volver a "esa salita" de la cual les hablo.

Como es de rigor, volvemos a ser seis. Los mismos que durante toda esta semana nos hemos dispuesto, de una manera ordenada y meticulosa, en la mesa que preside el lugar. Aunque en un par de ocasiones han aparecido y desaparecido otros miembros de la familia de Nico como su hermano Gonzalo, Verónica, Carla y su sobrina. La ceremonia matutina que durante todos estos días hemos celebrado ha sido en ese agradable lugar: la salita. Y hoy se presta como testigo de nuestro último desayuno. Uno de tantos. Hoy me despido de "la salita", testigo mudo de un pasado plagado de cientos o de miles de historias que atesora para sí misma. Sigo en mi propio trip tratando de imaginar ese lugar en tiempos pretéritos e imaginarme esos cientos o miles de historias de las que les hablo, y, también, de aquellos momentos en los que irremediablemente permanece este lugar anclado.



De nuevo tengo la sensación de que las horas se arrastran, de que el tiempo toma otro pulso. Cae la tarde y la habitual liturgia del viaje se reproduce: el estar y el no estar. Ni aquí ni allí, pero en algún lugar. El inexorable paso del tiempo ordena la partida. De nuevo la hora de partir, de las despedidas y de los agradecimientos. Gracias Juan Carlos, gracias Nico, gracias Tamara y hasta pronto pequeña Flora. Nuestro autobús parte hacia Buenos Aires. Viajaremos durante toda la noche y al amanecer, como está previsto, llegaremos a un nuevo destino que nos dará la bienvenida.

Buenos Aires. Me siento como en casa.

Anuncian que en breve llegamos a la capital del sacro imperio Argentino.

Jornada primera. Afortunadamente tras la llegada con las primeras luces del alba no resulta un drama enfrentarse a una gran ciudad todavía adormecida, grogui. Son las 06:00 AM. Un taxi nos traslada hasta nuestro lindo hotel situado en el también lindo barrio de Palermo que nos da los buenos días con un marcado acento porteño. Un golpe o empujoncito de la suerte nos permite ya, a primera hora de la mañana, dejar nuestras mochilas y hacer el check-in. Todavía sigo medianamente vapuleado por el viaje y decido estirarme una horita antes de lanzarme al asalto de esta gran ciudad.

Atendamos ahora los prolegómenos de rigor: un plan fijado, pero no estático, dinero para gastar y despilfarrar y, como siempre, mucha ilusión y ganas. Ven como hay maneras de automotivarse y prescindir de un Personal Coach? Allá vamos!

Lo que sugiero en la totalidad de ocasiones en las que uno llegue a una ciudad es que tome un bus turístico, sí o sí. Luego existen otras variables como la del guía, amigo, padre, hermano y espíritu Santo que se decidan o que se animen, sin ningún ánimo de lucro, a mostrarnos la ciudad. Pero Buenos Aires no fue el caso. Me subí a mi



colorido autobús, y digo subir por no decir que cogí el autobús ya que aquí "coger" tiene otro tipo de connotación y el hecho de follarse a un autobús, para mi, no tiene ningún tipo de aliciente ni morbosidad, aunque nunca se sabe, uno se hace mayor y nuestros gustos toman otros derroteros. Pero creo que no ha llegado ese momento. Sigo. Llegados hasta aquí, relataré de una manera poco exhaustiva mis primeras impresiones de la ciudad: un sol de carallo y un calor del copón. Aprietan pero no ahogan. No me molestan. Sigo maravillado con el portento de esta ciudad y de sus gentes, bueno... de algunas.

Desde Palermo atravesaremos por la Plaza Italia, con Garibaldi a lomos de su caballo de bronce. Dejado de lado el caballo de bronce, recorreremos una gran avenida de cuyo nombre no quiero, ni puedo, acordarme. Muy cerquita de esta gran e inmensa avenida, algunos parques que lindan con el jardín botánico. De nuevo, otra gran avenida... Aquí todo es grande, como Diego. Pero de ésta si que consigo recordar su nombre: La avenida del Libertador y si la recorremos apareceremos en un barrio, clasista para más datos y al parecer distinguido: Recoleta o llamado también la París argentina... El teatro y noble espacio arquitectónico Colón, La casa rosada, las avenidas nueve de julio y Belgrano, San Telmo. Nuestra ruta continúa hacia el sur de la ciudad y, allí, el barrio de La Boca con su tesoro bien guardado: La Bombonera. Pero hoy no hablaré fútbol. Al ladito del estadio, un restaurantito popular. En él el destino hizo que pudiese vivir muy, muy de lejos su religión: el fútbol, tema que además puedo compartir con algunas personas del barrio en ese mismo restaurantito popular. Este fue otro de los agraciados momentos del viaje. De allí, otra vez, rumbo norte y reculando hasta la zona de Puerto Madero donde El Puente de la Mujer se presenta como uno de los emblemas de este moderno barrio. A lo lejos, las galerías Pacífico.

Ya de regreso al hotel y bien entrado en el barrio de Palermo otra casualidad, no tan casual, hizo que de entre mis manos floreciese un plano donde meticulosamente estaban indicados todos y cada uno de los locales donde poder tomar una cerveza artesana. Una elección difícil para tan nutrida oferta, aunque tomar decisiones de estas ca-





racterísticas no me supone ningún problema, como tampoco lo es decir que no a un happy hour. Mi degustación internacional de cervezas sigue engrosando la lista.

Hora de cenar. De nuevo otra diana certera. El restaurante Calén, al parecer, trufado de buenas críticas en el TripAdvisor y, por lo tanto, lleno hasta la bandera, petado. De nuevo la suerte hace acto de presencia y aparece, por arte de magia, una mesa para dos. Ya les aviso que, al día siguiente, repetimos de nuevo y volvimos a tomar asiento en el mismo local. Mis ganas por descubrir nuevos restaurantes aparece y desaparece, - también como por arte de magia-. Y es que cuando aparece un lugar tocado por la mano de Dios las estrellas Michelin se pierden en cualquier cielo.

Buenos Aires. Día dos.

Por extraño que parezca, hoy el autobús, mi autobús turístico, pone rumbo hacia el norte de la ciudad y aprovecho para bordear toda la costanera Norte. El chofer, un guía y un par de turistas abarrotamos el autobús. Nadie más a bordo. Lujazo bonaerense... De lejos el planetario, el club de pescadores, el parque de la memoria, y otro de aquellos lugares trágicos que, por supuesto, no podían faltar en nuestro particular trip del horror, para no perder la costumbre. Y del horror a la droga: El Estadio Antonio Vespucio Liberti, también conocido como el Estadio Monumental o Monumental de Núñez, para los no iniciados, como yo, el estadio de River. Proseguimos con nuestro cultural viaje subidos en el autobús y descubrimos el barrio de Belgrano, transformado de lo que fue a lo que es... A mi derecha el club de polo, ché... Caballos, lujos, desenfreno platense y supongo que a veces cocaína y yeguas de fácil doma. Apuestas, por supuesto. Deporte, deportistas y el pasto rasurado como fiel testigo de toda esta jerga.

Dejo atrás el lugar para tomar un transporte público que atravesase la ciudad y me lleve hasta el teatro Colón. Mi sorpresa aparece cuando el chofer me pide una tarjeta que, in situ, no puedo comprar, lo cual me impide viajar. Un viajero, amablemente, se ofrece a prestarme la suya y no aceptar un peso a cambio... Un gesto que me parte





el alma. Durante los próximos veinte minutos charlaremos de su vida acá, en la capital de la república.

Fin de la charla, fin del trayecto. Me despido clavando una mirada sincera de agradecimiento. El autobús arranca, agito mi mano y entrecruzamos una última mirada a través del cristal. Su figura se diluye, la pierdo en la distancia. Su grandeza no. Hasta pronto. Gracias. Ahora camino sin su compañía.

Tras algunas indicaciones llego al Teatro Colón, aunque no sin antes haberme dejado perder por algunas de sus calles aledañas. Y es qué es tan bonito dejarse perder! Tras mi voluntaria pérdida, consigo engrosar la cola de acceso, pasar por la taquilla y comprar mi ticket para visitar el teatro. No sumamos más de diez personas la visita, que se prolongará por una hora. Merece la pena haber llegado hasta aquí y haberlo visitado. De él, todavía, tengo algunos datos frescos que soy capaz de recordar: año de inauguración 1908, con Aída, de Verdi, como apertura. La sala de los bustos, donde podemos encontrar representadas figuras tales como: Beethoven, Verdi, Mozart, Wagner, Bellini... Así hasta ocho. Su acústica, considerada como una de las mejores del mundo. Los palcos de las viudas, que dan, y dieron, para muchas historias, allí abajo del todo. El tipo de palco francés, diferente al que por ejemplo podemos encontrar en la ópera de Viena. La historia siniestra del primer arquitecto, que no pudo ver finalizada su obra. Se la cuento: el arquitecto italiano Meano fue el elegido para sustituir a su predecesor y encargarse, de una manera paralela, de las labores de construcción del Palacio del Congreso de la Nación Argentina pero, dada su laboriosa existencia, descuidó a su mujer y esta encontró el cariño en su mayordomo. Una tarde, o mañana de no sé qué año, Meano los encontró en el lecho, derivándose de esta situación una encarnizada lucha que tuvo como consecuencia la muerte trágica del arquitecto. Como Ustedes ya podrán imaginar el Sr. Meano tampoco vería su obra finalizada...

De nuevo seguiré callejando hasta la zona cool de Puerto Madero. Como ya les anunciaba en la jornada anterior, un lugar cool





y modernete con edificaciones modernas adyacentes a un canal que contrastan con los viejos docks. Estos constituyen su principal patrimonio histórico arquitectónico. A toda esta pachanga pijorra debemos añadir los veleritos. Los hay de uno, de dos y de tres. Y si hay embarcaciones, hay establecimientos y locales modernos donde dar de comer a las tripulaciones y a los vecinos de la zona. Faltaría más! A toda esta colección de joyitas hype debemos de agregar la lista magna de torres que emperifollan el barrio: Torres El Faro, Torres River View, las Torres Le Parc Puerto Madero, las Torres Mulieris, la Torre Repsol-YPF, o las Torres Renoir.

Salgo corriendo del lugar. De nuevo a las andadas, nunca mejor dicho. Mis pies me conducen al barrio de Recoleta. Tengo hambre y decido llenar mi estómago en un bar de oficinistas argentinos. El típico menú. Hoy nada de remilgos y lo justo para poder seguir vagando. Llegaré hasta El Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (Malba) en otra de esas caminatas históricas. Es el momento de dejar perder mi cabeza consumiendo arte de todo tipo, porque aquí TODO vale: arte irracional, arte ilógico, arte transgresor, arte basura, arte descerebrado, arte comercial, arte experimental, antiarte. La coartada cultural es casi perfecta. Saciado ya de tanto arte, busco la cafetería donde pueda tomar un revulsivo y hacerme con unos gramos de Wi-Fi. El lugar se presenta como un espacio acogedor e impoluto, evocador. Su color blanco nieve resulta infalible para preservar a los consumidores de arte de cualquier agente maligno que pueda destruirlos. Me siento tan seguro aquí dentro... Desde la cápsula-cafetería del Museo consigo enviar algunos mensajes y corretear por algunas webs. Busco información relacionada con la ciudad pero acabo disuadiendo la idea de seguir enchufado. Desaparezco, necesito sentir el pulso de la calle y de la gente normal y corriente. Un lugar menos aséptico donde el pueblo llano espute contra Macri, Kirschner o Perón.... No lo encuentro. Encaro para mi barrio de fantasía: Palermo. Camino y camino y decido recurrir a mi mapa en el que tengo ubicadas las cervecerías en las que sirven cerveza artesanal y donde podré petrificarme en alguna de sus barras o en alguno de sus barriles de cerveza. Happy hour, pillo cerveza a mitad de precio. Una pinta,





dos pintas y dejo de asomarme al precipicio. Escribo, observo a la gente y aprovecho para encender un cigarrito y expulsar el humo haciendo que describa algunas piruetas. Después de una jornada movidita me encuentro de nuevo con Anita en uno de los locales cercanos a nuestro hotel. Desde allí, simularemos ser los dueños del mundo y emprenderemos la laboriosa misión de buscar un restaurante para cenar y vertebrar un plan para nuestra última jornada.

Buenos Aires. Punto y final. Punto y seguido...

Si suena el despertador me levanto y si no suena, no me levanto. Creo que ha sonado a las nueve en punto de la mañana y el sueño en el que estoy involucrado se derrumba. Aunque ya despierto sigo involucrado en el personaje que encarnaba durante el sueño y me cuesta abandonarlo. Mi papel como un perverso telepredicador zarandeado por cientos, por miles de acólitos se desvanece. La propia realidad desencaja la figura de un chalado y a toda una comitiva de enfermos en busca de fe. Dejo que el tiempo y algunos bostezos matutinos me vayan desperezando muy poquito a poco y pierdo, paulatinamente, al protagonista de mi sueño.

Me enfundo en mis pantalones de safari trekking y salgo a correr. No me queda más remedio si quiero mover mi esqueleto trotando. He sido bastante austero a la hora de elegir mi vestuario de viaje y mis pantaloncitos de jogging se quedaron en tierra. Aunque, como ya creo haberles comentado, la vergüenza es algo que perdí hace mucho tiempo.

Con media hora será suficiente, tampoco se trata de correr un Marathon antes de volar trece horitas. Verdad? Treinta minutos bastarán para desentumecer mis articulaciones. El jardín botánico y la mayoría de parques adyacentes serán testigos de mis pisadas. El resto transcurrirá con absoluta normalidad: taxi hasta el aeropuerto, facturación y a volar. El destino: Londres. Allí un cambio rutinario y de nuevo a casa. A mi otra casa, Zürich.





London. Londres. Un pequeño revés a nuestra voluntad.

Un vuelo de un porrón de horas desde el Cono Sur hasta la City. No he vuelto a pegar ojo en el avión. El haberme querido distanciar de la química dura para ayudarme a soñar con los angelitos ha sido un gran error. Aterriza el avión y se nos informa que el vuelo hasta Zürich ha sido cancelado y que, por favor, hagamos la cola de rigor para obtener más información. Cansancio e incertidumbre se funden en un estadio de desesperación. Me confronto a una inmensa masa humana que trata de conseguir un nuevo pasaje o alguna solución individualizada a tal incidente. Espero y me desespero, el alboroto y la masa crítica agotan mi ya escasa paciencia. Uno, dos, cincuenta y hasta doscientos vuelos cancelados por el fuerte temporal de frío y nieve proveniente de Siberia. «La bestia del Este», como así ha sido denominada, azota el Reino Unido desde hace un par de días y se ceba desarreglando a su antojo todo lo que se le pase por el forro. Y yo, sin dormir desde hace casi veinticuatro horas, con el desfase horario oportuno- aquí las 06:00 de la mañana- encastrado en una cola multitudinaria que ni avanza ni quiere avanzar. Clamo un gesto mesiánico, un haz de luz que desde algún lugar de Heathrow guíe mi camino. Creen Ustedes que la divina providencia ha tomado nota de mis deseos? Mi intuición me dice que deje la cola y salte al ruedo tratando de buscar una solución y allí está. Reluciente, a lo lejos, una mujer de piel morena y moviendo sus dedos con destreza sobre una Tablet. Pienso que puede ayudarme. Me acerco, la encaro y rastreo en su “placa identificatoria” el nombre: Srta. Morales. Trato de encajar mi cara desencajada y moldear una sonrisa sosegada. Please, could you help me? Su respuesta es inquisidora, lanzándome un Wait a minute! Me resulta desesperanzador, siento abatimiento.

A su alrededor se arremolina una masa deforme de gente. Hay tensión. Es una masa crítica. Es un indicativo de que aquí algo va mal. Es una reacción de la masa en “modus desesperación”. Intentan, a la desesperada, hacerse con los servicios del personal del aeropuerto. Aquí todo el mundo evita ser castigado por el latigazo de “La bestia del Este”.





La Srta. Morales atiende y todavía es capaz de guardar las formas de una azafata de tierra. Aguanto firmemente agrupado a la masa. Ahora no pueden desvanecer mis fuerzas pero el cansancio lanza sus primeros colmillazos. La espera es heroica, aunque finalmente nuestra Srta. Morales finaliza su turno de trabajo o desiste de seguir ejerciendo de sparring y aparece un tipo rechoncho que me recuerda a Benny Hill. Es el repuesto, el recambio para comerse todo el marronazo que hay aquí. Nuestra señorita se despoja de su gorrita y se funde entre la multitud. Ahora o nunca Santiago, corre, atrápala!

Srta. Morales, por favor, puede Usted ayudarme? Me dirijo en un perfecto spanish a sabiendas de que puede enviarme a tomar por el culo en un perfecto inglés. Decido quemar mi última nave en suelo británico. Y sorpresa... Su angelito bueno, el más bueno de todos, la ha convencido para que me preste una sonrisa y su inestimable colaboración. Su dedo vuelve a mostrarse, una y otra vez, como un rayo sobre la Tablet. Mi querida salvadora busca y busca... En su respuesta no hay titubeos y me tutea con descaro y complicidad: lo que tienes que hacer es olvidarte de todas esas largas colas, porque no hay vuelos a tu tierra, forget it... Hasta mañana no hay nada. No busques. Vete a esa ventanilla que no hay nadie (hay como unas cuatro o cinco personas), -algo ridículo en medio de los efectos de nuestra "Bestia del Este"- y allí pregunta por la documentación necesaria para que te trasladen a un hotel. Desde allí organiza otro viaje para mañana. Todo gratuito, pero mueve el culo ya. Y es así como en veinte minutos nos vemos esperando el autobús a las afueras del aeropuerto y con vestimenta de verano. Nuestros equipajes deben andar dando vueltas en alguna cinta o en alguna bodega de un avión. Al día siguiente trataré de recuperarlos. Apenas una chaqueta y un ligero fular sirven para desafiar la nieve que cae. A esto le llamo yo capear el temporal. Me siento un privilegiado enfundado en mi chaquetita, aunque muerto de frío, de sueño y hambre. La gran mayoría de turistas, viajeros o infortunados, que en su mayoría proceden de lugares exóticos y calenturientos, van con lo puesto. Toda tela o prenda vale. Hasta las fundas de cuero del iphone pueden ser transformadas en polainas. El panorama resulta dantesco. Me vienen a la memoria las imágenes del





6° Ejército de Paulus completamente destartado y muerto de frío en la desolada Stalingrado. Pero esto es la City, o casi.

Después una espera de veinte minutos, aparece el autobús que nos conducirá hasta la tierra prometida. Ya dentro, aunque apretujados como ganado, disfrutaremos del recorrido durante otros veinte minutos más, pero con la sustancial ventaja de hacerlo con la calefacción a full, disfrutando de las bellas vistas que ofrecen los suburbios de Heathrow. Finalmente llegamos a nuestro hotel, casi a pie de pistas, no precisamente de Ski. Como pueden Ustedes intuir, por el propio contexto de la historia, no estamos en St. Moritz.

Armado de moral, franqueo la puerta de entrada del hotel, amplificado de ilusión, imaginándome poder derretirme sobre un lecho caliente y regocijarme entre sábanas limpias. Por supuesto bordadas a mano con la bandera británica por Su mismísima Majestad. Quiero que escudos y banderas sean testigos de la posición fetal que adquiero durante el sueño y, como no, de mis resquebrados ronquidos. Dónde está mi cama? Pregunto. La respuesta será al unísono: en la cola. De nuevo cola, gente, nervios, varietés, plegarias por ser atendido lo antes posible o antes que el prójimo y descontrol. Parece la entrada a un after hours y empiezo a rematar, de una manera espontánea, mis primeras sonrisas de golfo. Magia potagia y habitación. Esta vez la espera no ha superado los diez minutos. Allí permanecemos casi 24 horas, encerrados y descansando entre sabanas blancas sin la Union Jack bordada por Su Majestad, la reina de Inglaterra, persona y figura real que no será testigo de mis posturitas indecorosas que adopto durante la noche. Tampoco, Su Majestad, dada la distancia que nos separa hasta Buckingham, podrá deleitarse con mis acostumbrados mantras marrulleros que durante mi fase del sueño, espontáneamente, emito. Una lástima. Pena, penita, pena. Como dice la canción.

La estancia en esta ratonera alcanza su final pactado y, sin querer, el exceso de virulencia de mi querida "Bestia del Este", me ha prestado el tiempo necesario para ejercitar la debida descompresión.





Después del descenso a las profundidades de mi propio yo durante estos dos meses, era necesario. Ahora permanezco envuelto en mis sábanas y en un esperanzador viaje que garabateo con mi disparatada imaginación. Este tiempo de espera despreciado desde el primer momento por la jodienda de estar varado en un lugar no deseado lo reinvento y destilo algunas de estas líneas que prometen alcanzar el final de este libro. Detengo el tiempo y lo mastico sin prisas y así, recludo como un monje cenobita, aunque proscrito y rebajado del celibato, sigo esperando para ser embarcado y regresar de nuevo al punto de partida.

Retomo estas líneas cuando anuncian por megafonía que tomaremos tierra en veinte minutos. Zürich, el punto de inicio y final. Mi peregrinación casi concluye. Es el momento del descenso y desgrano con templanza algunos de los pensamientos más enrevesados que aparecen en escena. Son algunos temores, muchas ilusiones y un entresijo de situaciones vividas durante el viaje y que se presentan en modo de ráfagas. El viaje se acaba y empiezo a comprender en ese instante que no es otra cosa que un cortejo fúnebre, en síntesis: un proceso metanoico.

Aterrizamos y no hay sacudida física. El piloto ha tocado tierra de una manera extremadamente delicada. Me santiguo, aunque no soy creyente. Es un gesto que reproduzco para abandonar mi propio flipping. Nos anuncian que podemos desabrochar nuestros cinturones, conectar de inmediato nuestros móviles y que nos pongamos a bailar una de las canciones más bailongas que la música pop ha dado (por la megafonía de la aeronave, sonando a toda pastilla "Y.M.C.A." de Village People). Hemos llegado, sanos y salvos. Me vuelvo a santiguar mientras los últimos compases de la canción resuenan en la cabina. Sonrío. Vuelvo a estar en otro lugar, creo que en casa. O en una de mis muchas casas. Descendemos y se nos obliga a meternos de lleno en el Shopping area. De inmediato surge la idea de quemar allí mis ropas para reforzar la idea de una "muerte mística". Desisto de montar una performance en ese lugar sagrado para el consumo descarnado. Trazo los últimos pasos hasta las cin-





Santiago Fernández

tas de recogida de equipajes. Aparece mi mochila azul y, también, la idea de seguir viajando. De una manera u otra seguiré viajando, aunque sea sin moverme del lugar. Hoy emprendo otro tipo de viaje: el de mi entierro celestial. Una alegoría para cerrar este capítulo de mi vida.

FINIS







